



EL TRIÁNGULO DE LA VIDA

UNA HISTORIA LLENA DE SUSPENSE,
MISTERIO Y SIMBOLOGÍA SAGRADA

FRANCISCO MIR

EL TRIÁNGULO DE LA VIDA

Francisco Mir

1ª edición

Copyright © 2020. Francisco José Mir Brusel

Información ampliada de esta obra y del autor en su página web:
www.franciscomir.es

Todos los derechos reservados.

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de ningún modo o por ningún medio, sea electrónico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso expreso del autor.

Diseño de portada y maquetación: aquitieneslasolucion.com

ISBN: 9798645667122

:

Depósito Legal: LR 390-2020

DEDICATORIA

A todos los que me han acompañado
en esta aventura
y, en especial,
a mi hijo Pablo,
presente en este camino.

ÍNDICE

Capítulo 1. El cuento	7
Capítulo 2. La historia familiar	35
Capítulo 3. La llegada al monasterio	40
Capítulo 4. El día a día en el monasterio	52
Capítulo 5. El hallazgo	63
Capítulo 6. La visita italiana	76
Capítulo 7. Mi hijo	85
Capítulo 8. El gran descubrimiento	90
Capítulo 9. El deseo	104
Capítulo 10. La noche	112
Capítulo 11. La huida	122
Capítulo 12. La mirada	131
Capítulo 13. El agua	140
Capítulo 14. La cueva	152
Capítulo 15. El aire	164
Capítulo 16. El cielo	175
Capítulo 17. El fuego	187
Capítulo 18. La catarsis	204
Capítulo 19. El regreso	210
Agradecimientos	214
Acerca del autor	217

CAPÍTULO 1

El cuento

20 de noviembre de 1961

—Me pregunto por qué los secretos se hallan en los sitios más oscuros —dijo el abuelo mientras intentaba en vano sacar una de sus zapatillas de debajo del sofá. Su voz sonó cansada por el esfuerzo de agacharse.

—¿Qué has dicho, abuelo? —le pregunté extrañado mientras me agachaba yo para ayudarlo. Saqué la zapatilla y se la di.

—Nada, Juan. Gracias, mi espalda ya no está para estas cosas.

—Abuelo, te he oído. ¿Qué tiene de secreta tu zapatilla?

—¿Mi zapatilla? Esconde un gran misterio: nadie sabe por qué es tan escurridiza —contestó muy serio, y luego se quedó pensando y dijo— Humm..., esa frase me ha venido a la cabeza de repente, y me ha recordado...

—¿El qué?

—Nada, una vieja historia. Algo que me contó muchas veces mi propio abuelo. Sobre un antepasado nuestro.

—¿Un antepasado? ¿Quién era? ¿Qué le pasó? ¿Por qué nunca nos la has contado?

—¡Tranquilo, pequeño!, solo es una vieja historia. No sé, a tu padre le aburría, así que...

—¡Es sábado, abuelo, tenemos toda la mañana. No te muevas del sofá, voy a llamar a mis hermanos!

—¡Pili, Eli, Carlos!, venid, el abuelo nos va a contar una historia de un misterioso secreto.

Rápidamente acudieron al salón, y nos situamos todos a su alrededor. Mi hermano pequeño, Carlos, que tenía cuatro añitos, y yo, que entonces tenía nueve, nos sentamos en la alfombra, a los pies del abuelo. Mis hermanas, Eli, de catorce, y Pili, de diecisiete, se sentaron cada una en un brazo del sillón; mi abuelo no podía sentirse más arropado y orgulloso de sus nietos.

—Bueno, bien, os la contaré —dijo mi abuelo afablemente—, pero recordad que esto le ocurrió de verdad a un antepasado nuestro: el abad del monasterio de Montserrat, que se llamaba Joan, o Juan en castellano, como todos los primogénitos de esta familia. A él le tocó protagonizar uno de los viajes más importantes de la historia, aunque casi nadie sabe de él.

—¿No aparece en los libros de texto? —preguntó mi hermana Pili, la mayor.

—Pues no, no aparece, por eso tenéis que aprenderlo bien, no puede caer en el olvido. Bueno, pues allá va, escuchad.

Hasta el pequeño Carlos se quedó en silencio a la espera de aquella historia.

—¡Imaginaos un carro tirado por cuatro caballos! Y ahora imaginad que el carro lo custodian cuatro soldados montados sobre otros cuatro caballos. Dos van delante y los otros dos detrás, y van armados con espadas. Por sus caras serias parecen dispuestos a usarlas en cualquier momento, y todo ello nos hace suponer que aquello que transportan es de suma importancia.

Esto nos lo contaba mi abuelo sin leerlo en ninguna parte, gesticulando y haciendo aspavientos con las manos, y así conseguía que cobrara mucha más vida. —Uno de los soldados que encabezaban la expedición, harto de viajar, nervioso por su responsabilidad, le preguntó al otro: «¿Tú sabes qué demonios estamos protegiendo?». Su compañero le contestó: «Creo que es el documento más importante después de la Biblia, por lo que le he oído decir al abad, pero sabes que tenemos prohibido preguntar, solo sé seguro que debemos proteger el baúl y su contenido con nuestra vida». —Viajaban desde la imprenta de Venecia hacia el monasterio de Yuso en San Millán de la Cogolla, que entonces pertenecía a Castilla y hoy a La Rioja.

—¿Cómo eran de grandes los caballos, abuelo? —preguntaba yo, con los ojos abiertos como platos.

—Muy grandes. Pensad que aquella gente no podía fallar en su cometido, tenían que recorrer más de mil quinientos kilómetros, por caminos de todas clases, y debían infundir respeto a cualquiera que pretendiera asaltarlos. ¡Carlitos, ponte de pie! Fijaos en vuestro hermano pequeño: pues los caballos eran como tres veces más altos que él.

Empecé a imaginar la altura de aquellos caballos..., y deduje que rebasaban el techo del salón.

—¿En qué idioma hablaban? —preguntó mi hermana mayor.

—Buena pregunta, hija. Aunque el padre Joan era catalán, a los italianos les hablaba en castellano, y ellos lo chapurreaban más o menos. Las tres lenguas eran entonces más similares que ahora y, con buena voluntad, siempre se terminaban entendiendo de una forma u otra.

—¡Atentos, chicos!, era el año 1482 cuando la carreta con su escolta atravesaba los pequeños municipios de un valle metido entre las montañas, asustando a los pocos vecinos que se cruzaban en su camino; como si hubieran visto al diablo, los hombres, mujeres y niños desaparecían hacia el interior de sus casas despavoridos, para observar por alguna rendija de las ventanas semiabiertas el paso del carruaje.

—¿Cuántas generaciones han pasado, abuelo? —interrumpió mi hermana la mayor.

—Mira, hija, si han transcurrido ya unos quinientos años, calcula unas veinte generaciones más o menos hasta nosotros, no sabría bien cómo tendríamos que llamar al padre Joan.

—¿Trastataratío, quizás?

—Creo que no, me parece que se dice, llegado a ese nivel, como en geometría, hexatío abuelo, heptatío abuelo y así hasta decatío abuelo, pero no me hagas mucho caso. Continuaré...

»Habían dejado atrás el pueblo de Nájera, tan solo les faltaba adentrarse en el valle de la Sierra de la Demanda y en unas horas estarían con los hermanos de la Real Congregación de San Benito, hoy conocidos como los hermanos benedictinos.

»Nuestro familiar, el abad del monasterio de Montserrat Joan de Peralta, viajaba junto a Giovanni Della Rovere, enviado de especial confianza del papa Sixto IV, custodiando los trece libros de Euclides, así como un manuscrito secreto de cuya existencia nadie sabía, salvo el papa y nuestros enviados, que se llamaba El Triángulo de la Vida.

—¿Qué había en ese manuscrito secreto, abuelo? —preguntó mi hermana Eli.

—Tenía nada más y nada menos que las claves para reconocer en la naturaleza lugares con un gran poder.

—¿Y qué es eso de los trece libros? —pregunté yo.

—Mira, Juan, Euclides fue un geómetra griego, responsable de la biblioteca de Alejandría, la más importante de todos los tiempos, que recopilaba todo el conocimiento de la época y que, según se dice, se quemó en un gran incendio y quedó totalmente destruida. Pero él recogió y plasmó en esos

trece libros los principios de toda la geometría que seguimos utilizando hoy en día. Y gracias a que esos libros se salvaron, hemos podido evolucionar y prosperar en todas las áreas tecnológicas, ¿entendéis?

Ni mi hermano Carlos ni yo habíamos entendido nada, pero asentíamos por no parar el ritmo de la historia.

—Continúo, y aguantad un poquito más, que, si no, no me va a dar tiempo de terminar antes de comer, ¿vale, chicos?

—¡Sííí! —dijimos todos a la vez.

—Habían pasado el pueblo de Badarán y aquella noche de verano se les echaba encima —continuó mi abuelo—, de modo que prendieron los faroles que colgaban de la carreta, y que a duras penas alumbraban la ruta que conducía hasta el monasterio. Dos soldados abrían paso a la carreta por el estrecho camino, que iba cerrándose a medida que se adentraban entre las frondosas ramas de las enormes hayas y encinas que cubrían el valle. Como ya he dicho, otros dos soldados vigilaban la retaguardia. Las raíces, que surgían del terreno como si formaran el sistema nervioso del bosque, conectándolo todo, atravesaban de lado a lado aquella senda y hacían que la carreta fuera dando brincos continuamente. Su estructura crujía, y el ruido resonaba como alaridos de auxilio en el solitario valle.

»Dentro del pequeño habitáculo de la carreta, compartían el espacio los dos encargados de custodiar el baúl: Giovanni Della Rovere, sobrino del papa, por si no os lo he dicho antes, y nuestro pariente el abad Joan. Viajaban sin comodidad alguna, tan solo acompañados del tacto de las grietas de las viejas maderas y del de las cadenas que sujetaban y fijaban el baúl, que sin cesar chocaba contra sus piernas encogidas y entumecidas. El resto de los enseres iban en la parte de arriba de la carreta en tres baúles tras el cochero.

—¡Hala, un sobrino del papa! —dijo mi hermana Pili.

—Sí, ya veréis porqué, esperad un poco.

—¿Era muy grande el baúl, abuelo? —le pregunté; no me podía imaginar aquellas dimensiones.

—Mira, hijo, las carretas no eran muy grandes, poco más que un coche, se sentaban enfrentados y, en medio, el baúl. ¡Vamos a imaginarlo! Vuestro hermano Carlitos será el baúl, hazte una pelota en el suelo..., y ahora vosotras dos —les dijo a Pili y a Eli— sentaos una enfrente de la otra, en medio vuestro hermano, con las rodillas pegadas a su cuerpo.

—Ja, ja, ja —Carlos empezó a reírse—. Me hacéis cosquillas con las rodillas.

Nos reímos todos.

—Pues esas cosquillas —dijo mi abuelo muy seriamente— eran todo lo contrario: solo sentían aspereza, dureza y dolor. —Se quedó callado mirando al frente como queriendo sentir ese momento como si él lo hubiera vivido. Todos enmudecimos—. Ascendían junto al río respirando la frescura del anochecer, cuando unas gotas de lluvia prendieron el intenso aroma de las hojas

mojadas. De ser unas gotas que perfumaran el valle, pronto pasaron a ser chorros de agua que se colaban entre las rendijas de la carreta, y un plácido instante se convirtió en una auténtica trampa para todo el grupo. « ¡Padre!», le gritó el cochero, «si la tormenta no amaina no sé si podremos continuar. El camino se está poniendo impracticable». A lo que el padre Joan respondió: «Tendríamos que buscar resguardo, pero dudo que encontremos alguno hasta el monasterio. ¡Me temo que la carreta es el único resguardo del que disponemos! Aminora la marcha para poder ver mejor el camino, no sea que nos encontremos con algún obstáculo inesperado.» Antes de que el cochero pudiera cumplir su orden, les salieron al paso... ¡tres, cocodrilos!

—¡Cocodrilos, abuelo! —exclamó mi hermana la Pili.

—¡Es verdad!, me he confundido. No podían ser cocodrilos, eran jabalís los que se cruzaron entre los primeros soldados y la carreta, y asustaron a los caballos que la arrastraban. Estos frenaron de inmediato levantando sus patas delanteras para defenderse de los animales. La carreta, con la inercia de la marcha, no pudo pararse en seco. Salió despedida por el lateral derecho y, ladeada sobre dos ruedas, se mantuvo un instante en equilibrio, pero se deslizó por el talud del camino, que la hizo saltar por los aires como si despegara de un tobogán. Se oyó un gran chasquido, se había roto la pieza articulada que une el eje de madera de sujeción de los caballos con la carreta. En su interior todo se movía y volaba, las cadenas que sujetaban el baúl se rompieron y se soltaron de sus fijaciones, y todo se les cayó encima. En el exterior, el cochero y los otros tres baúles en los que guardaban los enseres para tan larga travesía, volaban y chocaban contra el suelo, desparramándose las ropas, las cacerolas, la vajilla, la comida; todo se mezclaba entre los charcos y las hojas de aquel cerrado bosque. Y eso no es todo: por si fuera poco, el aceite de los faroles de la carreta, al chocar contra el suelo se derramó por toda la carreta, y esta empezó a arder.

—Menuda mala suerte abuelo, no les podían pasar más cosas, —dijo mi hermana Eli.

—Sí, hija, aquello era un autentico caos; en una noche ya oscura sin luna, lloviendo, la carreta incendiándose con los enviados dentro, los enseres por el suelo, los caballos luchando con los jabalís, que a su vez protegían a sus jebatos... Los únicos que se habían librado de todo aquello, eran los soldados.

—¡¿Y los caballos?! —gritó mi hermano—. ¡Se murieron! —añadió, y frunció el ceño a punto de llorar.

—Lucharon con sus patas —le explicaba mi abuelo con los gestos de las manos —coceando a la media docena de jabalís. Estos los rodearon y los atacaron ferozmente, cayeron al suelo sin poder soltarse de los atalajes o amarres que los mantenían unidos a la carreta, y así, quedaron más indefensos en el suelo, hasta que los soldados pudieron hacerse con la situación. Entre tanto, unos les mordían los muslos, otros corneaban con sus colmillos los vientres de los que habían caído al suelo. En un momento se desató una auténtica carnicería.

»Los soldados de delante tuvieron que alejarse un poco antes de descabalgarse, para que no se asustaran sus propios caballos, y acudieron corriendo a pie, con las espadas desenfundadas, dispuestos a batallar con aquella jauría de jabalís. Al ver a los de atrás acercarse con el mismo fin, uno de ellos les gritó en su lengua veneciana: «¡Nos ocupamos nosotros, atended a los

sacerdotes!» Luego se colocaron para atacar desde un lateral, de forma que los jabalís pudieran salir huyendo por el lado opuesto, y así los presionaron poco a poco a base de asestarles certeros espadazos en sus cabezas y en sus gruesos troncos. El griterío resultaba infernal, al relincho de los caballos coceando se sumaban los agudos chillidos de los jabalís heridos, que se revolvían sobre sí mismos buscando una salida para escapar de los afilados aceros de aquellos fornidos soldados.

»Una vez se hubieron marchado todos los jabalís, se calmaron los caballos, que estaban tumbados y muy mal heridos. Los soldados enfundaron sus ensangrentadas espadas y observaron el estado de los animales. «Tendremos que sacrificarlos aquí mismo», aseguró uno de ellos de pie entre tremendos charcos de sangre, que no cesaba de brotar del vientre de algunos caballos; otros tenían las patas rotas, no iban a poder andar. «Están sufriendo mucho y no tenemos medios ni conocimientos para curarlos».

—¿Los mataron de verdad, abuelo? —dijo mi hermano, de nuevo a punto de llorar.

—Sí, hijo, no tuvieron más remedio. Volvieron a desenfundar sus espadas y les hicieron un corte rápido y limpio en el cuello, era la mejor forma de que no se prolongara su agonía. Acallados los animales, fueron a socorrer a sus compañeros que atendían al desastre que había unos cuantos metros atrás, fuera del camino, con la carreta en llamas, sus ocupantes dentro y los enseres por el suelo del bosque.

Mi hermano Carlos rompió a llorar, salió del salón y se fue en busca de mamá, sin querer saber nada más de la historia. Los demás hermanos seguíamos atentos con el corazón encogido, esperando alguna buena noticia en tan mala sucesión de acontecimientos.

»El cochero había salido despedido por los aires y había aterrizado de espaldas sobre un gran charco, que amortiguó su caída, de modo que pudo reponerse rápidamente y auxiliar a los pasajeros. Intentó con dificultad sofocar las llamas, que se avivaban gracias a las maderas rotas y se propagaban a las telas y otros enseres desparramados alrededor del carruaje.

Tomó un trapo, se lo colocó sobre la cara sujetándolo con una mano para no respirar el humo, y se adentró en el habitáculo gritando: “¿Qué tal, padre?, ¿se encuentra bien? ¿Giovanni...?”

»Nadie contestó, estaban inconscientes. Los otros dos soldados se dieron cuenta de la gravedad de la situación, apartaron al cochero y se organizaron entre ellos para, primero, terminar de apagar las llamas de la carreta, y además comprobar que se encontraban vivos el enviado especial y el padre Joan, a los que hallaron atrapados bajo el baúl, con las cadenas rotas enroscadas sobre sus piernas y brazos. Al soltarse el baúl, este les había propinado fuertes golpes, no sin que antes las propias cadenas hicieran de pesados látigos, que los golpearon y les machacaron todo el cuerpo.

—¿Se habían quemado? —pregunto mi hermana Eli

—No. Gracias a Dios, los soldados fueron muy rápidos dominando el fuego. Se puede decir que algo les salió bien dentro de todo ese desastre.

»Los soldados, tras retirar el baúl y las cadenas, sacaron primero a Giovanni cogiéndolo uno por los pies y otro por los hombros, como si de un muñeco se tratara, y lo mismo hicieron con el abad. Los llevaron a una zona segura, apartados de la carreta, o de lo que quedaba de ella y, sobre la

hojarasca del suelo, los reclinaron contra un árbol y comprobaron que ambos tenían pulso y respiraban. Dejaron que fueran despertándose poco a poco de su aturdimiento, lo cual alivió al cochero, que no paraba de dar patadas contra los arbustos del suelo embarrado, descargando toda su rabia por no haber sido capaz de llegar sin percance alguno a su destino.

»Una vez aseguradas las personas y el baúl, lejos de los rescoldos de las llamas, los soldados acabaron de apagar el fuego para evitar que se extendiera por el bosque, a pesar de que la lluvia no cesaba. Después recogieron los utensilios, las ropas y los víveres esparcidos que no se habían quemado para aprovechar todo aquello que aún pudiera servir.

»Primero empezó a moverse el abad. Abrió los ojos, llevándose las manos a la cabeza, y se palpó el cuerpo como quien trata de reconocerse a sí mismo para ver que no le falte nada. Al ver que todo estaba bien, se giró hacia la izquierda sintiendo un fuerte dolor en las costillas, y vio que Giovanni yacía inconsciente junto a él.

«¿Qué ha pasado? —preguntó el abad.

«Un ataque de unos jabalís ha dado al traste con la carreta —dijo el cochero.

»El abad se giró sobre su compañero, le dio unas palmadas en las mejillas y, zarandeándolo, le gritó: “¡Giovanni!”, lo que surtió efecto, y el italiano se despertó súbitamente.

«“¿Y el baúl?”, quiso gritar Giovanni, recuperando la voz a medida que se palpaba también el cuerpo con las manos como si buscara algo.

«“¡Tranquilo, padre! Todo está bien, solo unos rasguños en la madera”, respondió uno de los soldados. “¡No!... ¡No se ha abierto!”

«“¡Gracias a Dios!”, respondió Giovanni, soltando un grito de dolor al apoyarse en su pierna derecha para reclinarsse un poco más sobre el árbol. Unos instantes después, tras acomodarse y sentir un poco de alivio, preguntó: “Bueno, pero, ¿qué ha pasado?”

«“La carreta está destrozada y medio quemada, tendremos que pensar en llegar a pie”, dijo el cochero. “Debemos de estar a unos cinco o seis kilómetros”.

«“Creo que tengo el tobillo dislocado, exclamó Giovanni intentando mover el pie con cara de sufrimiento.

«“Tendremos que hacer unas camillas con los palos y cinchas de la carreta que hayan quedado en buen estado, para engancharlas a los caballos de los soldados y así transportar los libros y todo lo que podamos llevarnos, y en los otros dos caballos podemos ir Giovanni y yo”, dijo el padre Joan.

«“Pero eso nos llevará mucho tiempo”, dijo uno de los soldados.

»Giovanni, plenamente consciente de la situación, saltó como un resorte y les gritó: “«¿El baúl no puede quedarse aquí bajo ningún concepto! No podemos separarnos de él hasta que no lleguemos a nuestro destino, ¿no es así, padre?”, preguntó mirándolo fijamente.

«“Así es”, confirmó él con un gesto de dolor al tocarse el costado izquierdo, “lo que contiene es un conocimiento único en el mundo, no podemos permitir que le ocurra nada. No vamos a rendirnos ante la adversidad, tenemos que llegar al monasterio con el baúl cueste lo que cueste”.

»Los cuatro soldados se miraron entre sí con cara de desconcierto, se dieron cuenta de que era a ellos a quienes les correspondía resolver aquella situación para transportar el misterioso baúl, del que solo sabían que contenía libros muy importantes, impresos en la imprenta de Venecia.

«“¡Manos a la obra!”, gritó el soldado de mayor rango, entre el tintineo de las gruesas gotas de agua que caían sobre su brillante armadura.

—¡Bueno, empiezan arreglarse las cosas, ¿no?! —dijo mi hermana Pili.

—Como no paraba de llover, ni siquiera pudieron hacer un pequeño fuego para calentarse e iluminarse, así que trabajaron casi a oscuras y a duras penas consiguieron montar una camilla para transportar lo más imprescindible.

Los soldados dejaron a los caballos muertos en el camino, pues tenían que regresar a retirarlos con más ayuda y recogieron todo aquello que podían llevarse.

—¿Cuánto les quedaba para llegar andando, abuelo?

—Pues una hora y media, casi dos, todo jugaba en su contra; bajo la lluvia, a oscuras, heridos y muy debilitados por todo el esfuerzo realizado, el ritmo sería muy lento.

—Pero llegaron al monasterio, ¿no? —pregunté yo.

—¡Atentos, chicos, que ya se ponen en camino!

»El capitán de los soldados encabezaba la marcha a caballo, portando una antorcha que se habían fabricado entre los soldados, la cual se apagaba continuamente y no llegaba a iluminar el camino como hubieran deseado en la noche cerrada. Después, a pie, el cochero junto a los baúles con otro de los soldados, que tiraba de las riendas del caballo que portaba la camilla anclada a los estribos, cuyos palos, por el otro extremo, se hundían en el barro como un arado dibujando una estela de líneas paralelas. Cerrando el grupo, el padre Joan y Giovanni montaban sobre los otros dos caballos de los soldados, quienes a pie tiraban de las riendas.

»Dos horas más tarde, bajo la intensa lluvia de verano y calados hasta los huesos, divisaron una pequeña construcción rectangular junto al río, hecha a base de piedra y barro. Era la ermita de Santa Potamia, del siglo VI, la más antigua de La Rioja y la prueba de que ya estaban acercándose al pueblo de San Millán. Pasaron de largo las construcciones aisladas del pueblo hasta llegar al monasterio, un poco más alejado e inmerso en el solitario valle del río Cárdenas.

»Se encontraban ante el monasterio de Yuso, y unas pequeñas luces anunciaban vida en su interior. El padre Joan y Giovanni, cabalgando lentamente en sus caballos, reconocieron la fisonomía del conjunto arquitectónico que allí se encontraba. Una gran plaza los acogió al entrar por el este y, al

girar a la izquierda del primer edificio, (con su torre no cabía duda que se trataba de la nave de la iglesia), llegaron a una segunda plazoleta. Allí se alzaba la entrada al monasterio, junto al pórtico de entrada de la iglesia.

—¡Por fin han llegado! —dijo mi hermana Pili, soltando un profundo suspiro.

—Si, hija, no se daban por vencidos tan fácilmente, eran gente muy dura y persistente.

—Ya, pero ¿qué hora era? —insistió mi hermana.

—Pues debía de ser muy tarde, si el accidente tuvo lugar cuando anochece, y serían sobre las nueve, luego un par de horas hasta que lo organizaron todo y pudieron reanudar la marcha, más otra hora y pico o dos andando, es posible que fuese la una o las dos de la madrugada.

—¿Y estaban levantados en el monasterio? —pregunté yo.

—¡Atended, que ahora os lo cuento!

—¡Vale! —asentimos todos con la cabeza y nos quedamos en silencio.

»El cochero los ayudó a bajarse de los caballos y se encargó de los animales. Los cuatro soldados cargaron con los baúles, apoyando los palos de las camillas sobre sus hombros, y siguieron a Giovanni y al padre Joan, que avanzaban muy poco a poco, uno cojeando y el otro con fuertes dolores en el costado. Giovanni golpeó la puerta del monasterio con la aldaba, haciendo saber que habían llegado. Nadie atendía a aquellos golpes, y él volvía a repicar una y otra vez sobre la robusta madera, dejando que su eco se introdujera en el interior del edificio.

Cuando ya estaban desesperados, pensando que tendrían que pasar la noche en los establos, que estaban abiertos un poco más allá de la puerta del monasterio rodeando el edificio, se oyeron llegar los pasos de un monje, y una lejana y adormilada voz dijo:

—¿Quién va?

A lo que Giovanni respondió:

—Venimos desde Venecia, nos envía nuestro papa, Sixto IV.

—¿Cómo os llamáis, de dónde sois?

Y esta vez respondió nuestro familiar:

—Soy el hermano Joan de Peralta, abad del monasterio de Montserrat, y venimos con un encargo de Su Santidad el papa.

—¿Y por qué llegáis a estas horas?

—Hemos sufrido un accidente con la carreta a unos seis kilómetros de aquí y hemos tenido que terminar el viaje a pie. Estamos malheridos y muy cansados, ¡os ruego que nos abráis, por el amor de Dios!

El somnoliento padre, con la duda de que fueran unos bandidos todavía les hizo una nueva pregunta.

—¿Y cuál es el encargo que traéis de nuestro santo padre?

—Son los libros de Euclides impresos en Venecia, creedme, abrid la puerta, tened piedad..., ¡os lo ordeno! —se le oyó decir al padre Joan sin ánimo de seguir dando más explicaciones.

La puerta empezó a abrirse, muy despacio, pues el monje aún no las tenía todas consigo. Asomó la cabeza y observó por fin a todo el grupo que se postraba en el dintel de la puerta con los cuerpos empapados y los rostros desencajados.

—Perdonad, perdonad —dijo el monje una y otra vez ante el abad, apresurándose para que pasaran al interior—, sed bienvenidos, ruego disculpéis mi desconfianza, pero hemos de asegurarnos bien de a quién abrimos la puerta, no estamos acostumbrados a recibir visitas a estas horas de la noche. Por favor, pasad.

El padre benedictino avisó de inmediato con una campanilla para que acudieran más padres que los pudieran atender. Entre tanto, pasaron al interior del monasterio, y el monje ayudó a Giovanni, que parecía el más debilitado, y les dijo a los otros monjes que entraran los baúles, pero Giovanni se negó rotundamente, ordenó de inmediato a los soldados que portaran la camilla de nuevo sobre sus hombros y que lo siguieran mientras el cochero esperó con los caballos en la puerta a que le indicaran dónde tenía que guardarlos.

En tanto cruzaban un largo pasillo en la penumbra de la noche en dirección al suroeste del edificio, el padre benedictino no paraba de hacerles preguntas sobre su desgraciado accidente, hasta que llegaron al sitio más cálido del monasterio, la cocina. Un hogar central con una gran cúpula para la salida de humos la presidía, y delimitándola en sus cuatro lados, había unos palos anclados a cuatro columnas a la altura de la cabeza sobre los que colgaban todo tipo de cacerolas y utensilios de cobre.

—Entonces..., ¿estaban durmiendo? —insistía yo a mi abuelo.

—Pues serían más de las dos de la madrugada, lo que ocurre es que la vida de los monjes en el monasterio es muy ajetreada; entre los quehaceres propios de ellos, los rezos y los descansos en sus celdas, es una continua rutina que no cesa.

—Estarían rezando —mis hermanas se rieron de mi preocupación.

—Puede ser—dijo mi abuelo, y prosiguió con el relato.

—Empezaron a llegar más monjes El primero, el padre prior, un hombre afable de gruesa corpulencia y cara ancha, llenó de preguntas a nuestro desafortunado grupo.

»“Soy el prior de este humilde monasterio, me llamo Pedro Sánchez del Castillo” —se presentó—. “Os estábamos esperando, pero no a estas horas.

»“Permítame que nos presentemos, yo soy Giovanni Della Rovere, enviado de nuestro papa Sixto

IV, y me acompañan el padre Joan de Peralta, abad del monasterio de Montserrat, el cochero que nos ha traído en su carreta, la cual ha quedado totalmente destrozada, y estos cuatro fornidos y expertos soldados venecianos, que han sabido protegernos durante todo el trayecto, y han resuelto a la perfección el percance sufrido al final de esta larga travesía.

»¿Qué les ha pasado? ¡Cuéntenme!

»«Hemos perdido la carreta cerca de aquí, en un fortuito accidente con unos jabalís que nos salieron al paso» —contestó Giovanni.

»«¿Seguro que están todos bien?» —preguntó el prior de San Millán, el padre Pedro.

»«Nada de importancia, tan solo me he hecho un esguince, y el padre Joan se ha lastimado en un costado, quizás tenga alguna costilla rota.»

»«Lo siento mucho. Tomad asiento, por favor, entrad en calor y luego os visitará el médico del convento, han ido a llamarlo» —dijo el padre Pedro.

Los soldados pasaron a sentarse en un lado de la mesa sobre el banco corrido de espaldas a la chimenea, de forma que Giovanni, el padre Joan y el cochero, que había llegado justo a tiempo para las presentaciones, se sentaron frente a ellos. Entre tanto, apareció otro monje muy alto y espigado. De rasgos agudos y tez negra y sombría, se podría decir que de cara muy apagada, curiosamente tenía el cometido de prender las antorchas que iluminaban la cocina y las de todo el monasterio, y también ayudó a prender el fuego de la chimenea para calentar una sopa sobrante de la cena. A esta labor se le unió un monje muy bajito (parecía una pelota andante), pero muy resuelto, que entre sus manos llevaba una gran cacerola. En tanto colocó la sopa en el fuego, desapareció para, en un momento, reaparecer con unas jarras de vino. Lo sirvió a los recién llegados en unos vasos de barro, para que fueran recuperando el ánimo. Por último, llegó un extraño monje de barba larga y afilada, con movimientos muy medidos y cuidados. Llevaba sobre sus manos, como en una bandeja, una pila de trapos blancos que distribuyó uno por uno a cada miembro del grupo para que se secaran la cara, los brazos y todo el cuerpo empapado.

—Abuelo, ¿por qué le asignan a cada monje una función contraria a su forma de ser? —pregunto mi hermana Pili.

—Esa es una pregunta muy inteligente, hija —dijo mi abuelo, que se quedó pensándolo un poco y prosiguió diciendo—: El prior es una persona muy hábil e inteligente, y sabe manejar bien a sus monjes. En este caso, procura a cada uno el trabajo ideal para desarrollar la cualidad que les falta, y así conseguir una mayor perfección en la comunidad y en esta vida terrenal.

—Qué listos eran —asintió mi hermana Pilar.

—Ya lo creo, hija. Una vez fueron entrando en calor, el padre Pedro, prior del monasterio, volvió a preguntar por el accidentado viaje.

»«Entonces, la documentación que transportaban desde Venecia, ¿está íntegra o ha sufrido algún percance?»

»«Está todo en orden padre, gracias a Dios el baúl no ha sufrido en absoluto, pues es el único que no se ha abierto en el choque, tampoco se ha quemado como la carreta, ni se ha mojado el contenido con el diluvio de verano; parece todo un milagro» —dijo Giovanni.

»«Cuánto me alegro —dijo el padre prior—. Y exactamente, ¿qué documentos han traído al monasterio?»

»«Me trasladé de Roma a Venecia para recoger de la imprenta la primera copia impresa en latín de Los Elementos, luego se incorporó en el monasterio de Montserrat el padre Joan.»

»«Sí, sabía que iban a traer los libros de Euclides, pero nada sabíamos de la llegada del padre Joan; no obstante, sea bienvenido igualmente.»

»Giovanni, con el rostro muy serio y remarcando el motivo de su gran viaje, insistió. “Traemos los trece libros de Los Elementos de Euclides, a fin de que realicéis las ilustraciones que faltan, pues sabemos que en este monasterio domináis dicho arte, y para que así queden terminados por completo textos y dibujos.”

—Esto lo decía Giovanni, en tanto señalaba el baúl que habían dejado en el centro de la cocina sin perderlo de vista —aclaró el abuelo.

»«Bueno, eso esperamos, que nuestra labor sea del agrado de nuestro padre. ¿Contaremos con vuestra ayuda?» —preguntó el prior.

»«Por supuesto, el padre Joan y yo nos quedaremos para ayudaros en ese cometido. El conjunto de la información que contienen estos trece libros no se ha visto jamás, proceden del bibliotecario de Alejandría llamado Euclides, un erudito que vivió hacia el año 325 antes de Cristo” —añadió Giovanni. Y acto seguido intervino el cochero—: “Ahora entiendo por qué no se nos ha permitido separarnos del baúl”.

»«Los trece libros que traemos” —prosiguió Giovanni—, “son la primera y única versión en latín, traducida por el capellán del papa Urbano IV, Campano de Novara, de fuentes árabes, en el año 1255. Es el mayor conocimiento geométrico y matemático atesorado hasta ahora que existe en el mundo”.

»Los soldados, reconfortados por su esfuerzo, sentados a la mesa desatendían las explicaciones bebiendo sus jarras de vino y, cuchicheando entre ellos con su habla veneciana, especulaban sobre las nuevas órdenes que esperaban recibir. Sin embargo, el resto de los que se encontraban en la enorme cocina seguían expectantes ante las aclaraciones de Giovanni.

»«Su conocimiento y entendimiento” —proseguía el italiano—, “sobra decir que hará a quien lo posea un ser más cercano a Dios, pues en ellos se habla de las fórmulas para diseñar el mundo”.

»Asombrados, los presentes enmudecieron por unos instantes ante aquellas palabras. Sonaron con notoriedad y solemnidad entre las cuatro paredes de la cocina que los acogía, elevando aquel instante a un gran momento que poder recordar. Y, en efecto, a pesar de las dificultades sufridas a lo largo del camino, podían darse por satisfechos de que tan valiosa información hubiera llegado a su destino.

»A partir de entonces serían los monjes de la Real Orden de San Benito del monasterio de Yuso, anclado en medio de aquel húmedo y frondoso valle, quienes ilustrarían los volúmenes con las claves para el diseño del mundo.

—¡Id terminando, chicos, vamos a comer enseguida y hay que poner la mesa! —nos gritó mi madre desde la cocina.

—¡Espera un poco, mamá, no se ha terminado! —le dijo mi hermana Eli—, ¿verdad, abuelo?

—No, hija, el cochero y los soldados partieron semanas más tarde de vuelta a Venecia, una vez que el prior les facilitó una nueva carreta para poder regresar, aprovechando los cuatro caballos que les quedaron. Pero nuestro antepasado el padre Joan de Peralta y Giovanni permanecieron en el monasterio porque en realidad el verdadero encargo del papa Sixto IV no era que colaborasen en los dibujos de los libros de Euclides. El motivo oculto de su viaje no lo confesaron al padre prior hasta más adelante.

—¡Corre, abuelo, cuéntanos qué le dicen! —insistió mi hermana Eli.

—Tras la marcha de los soldados con el cochero y la vuelta a las rutinas, el monasterio recuperó su paz natural y volvió a estar presidido por el gran silencio de los monjes, en medio de la naturaleza del valle. A las estancias de trabajo llegaba la luz necesaria para iluminar las diversas mesas en las que descansaban los trece volúmenes de Los Elementos de Euclides, que los monjes empezaron a decorar a partir de los gráficos que aparecían en unos manuscritos anexos a los citados volúmenes, siguiendo las indicaciones de Giovanni, gran matemático y conocedor de los elementos, y del padre Joan, un magnífico experto en geometría. Ambos estaban ya recuperados de sus lesiones.

»En aquellos días, el monasterio de San Millán disfrutaba de un gran reconocimiento en todo el mundo occidental por su dominio de las ilustraciones y grafías realizadas a mano sobre los textos impresos, pues en 1482, poco después de que Gutenberg inventara la imprenta, no se sabía aún imprimir textos y gráficos a la vez.

»Habían transcurrido un par de meses cuando Giovanni y Joan solicitaron una reunión al padre Pedro. Ya los tres sentados en su despacho y sin la presencia de nadie más que pudiera oírlos, el prior preguntó: “Ustedes dirán, ¿qué asunto les urge tratar?”

»Giovanni, sin más dilación contestó: “El papa Sixto IV está organizando la biblioteca Vaticana, una de las mayores conocidas hasta la fecha, después de la fallida de Alejandría, con volúmenes que contienen grandes secretos. El Vaticano es el centro de muchas miradas y por ello de guerras entre las familias más poderosas de Roma. Los Medici, por poner un ejemplo, dado su poder económico, son de los más interesados en conseguir muchos de estos documentos ocultos al resto del mundo.”

»“Pero Los Elementos no se quieren ocultar, ¿no?”

»“No, se trata de este pequeño manuscrito escrito en griego que tengo aquí —se lo sacó de su sotana—, se titula: «τὸ τρίγωνον τῆς ζωῆς», que significa El Triángulo de la Vida.

—Pero, ¿dónde lo tenía guardado? —pregunto mi hermana Pili.

—Creo que Giovanni siempre lo llevó encima desde su salida de Roma, y que nunca estuvo con los libros en el baúl —contestó mi abuelo.

»“¿Se puede saber de qué habla ese documento?”, exclamó el padre Pedro.

»“Habla de una ciencia que permite descubrir lugares de un territorio con las mejores condiciones para vivir, tierras sagradas en las que nada faltará, lugares donde poder invertir cualquier esfuerzo y en los que este sea siempre recompensado. Se basa en la geometría sagrada, así como en cuestiones numerológicas y divinas.

»“¡Vaya! Y... ¿qué quiere que hagamos con él?”

»“El padre Joan y yo estamos autorizados para comprobar en este territorio si es verdad su potencial.”

»“¿Intentarán descubrir triángulos sagrados?”

»“Así es, el padre Joan me ayudará a contrastar la veracidad de este documento, tiene grandes conocimientos de geometría, como ya ha demostrado durante las últimas semanas.”

»“Estoy expectante por investigar con este manuscrito sobre el terreno” dijo el padre Joan.”

»“Una vez sepamos si todo esto es cierto —dijo Giovanni—, debe esconderse en este monasterio, son las órdenes de nuestro santo padre.”

»“O sea que... ¿no se quiere dar a conocer al mundo?”

»“Exacto, hasta que las sociedades no estén más preparadas, pues dicha ciencia parece contener un poder más allá de lo humano, y nunca se sabe qué uso podría llegar a dársele.”

»“¿Y me pueden explicar en qué consiste todo esto?”

»“Pues mire, padre, es un texto en lengua griega que combina los cinco poliedros regulares o elementos platónicos, descritos por Platón en el Timeo (el cubo representa la tierra, el tetraedro equivale al fuego, el octaedro simboliza el viento, el icosaedro el agua y el dodecaedro el cielo) como esencia de los cuerpos básicos de la creación de la Tierra. Bien, pues ahora imagine que tres de ellos se sitúan en los vértices de un triángulo, que se corresponden con tres lugares de la naturaleza, y en el centro de ese triángulo, un cuarto poliedro que marca el centro de una circunferencia con un radio resultante de un proceso geométrico especial. Y aquí viene la cuestión numerológica: si ese radio o distancia coincide con uno de los números bíblicos, toda esa zona se transformará en un círculo sagrado. Y la cuestión divina: lo más sorprendente y trascendente es que dentro de ese espacio se hará presente el quinto elemento platónico que falta, ya sea el cielo, la tierra, el fuego, el agua o el viento. Aparecerá de manera infinita y generosa para siempre, todo el espacio de ese círculo será una zona próspera para la naturaleza potenciada con las propiedades de ese quinto elemento.”

»«¿Fascinante, Giovanni! ¿Sabe entonces dónde localizar esos lugares?»

»«Lamento defraudarlo, padre Pedro, solo conozco la teoría, se necesita de una sensibilidad especial para llevarla a la práctica e identificar esos lugares de la naturaleza con los sólidos platónicos, para lo cual espero que el padre Joan me sea de gran ayuda.»

—Perdona, abuelo, pero no me he enterado de nada de todo esto, y mis hermanos supongo que menos todavía —dijo mi hermana la mayor.

—Lo entiendo, hijos, os lo explicaré de un modo más sencillo. Corre Juan, tráeme tu estuche del cole.

Me apresuré a traer todo lo que tenía en mi mochila.

—Bien, pues ahora dame tres pinturas distintas.

—Toma —dije yo.

Y mi abuelo construyó un triángulo con lápices de distintos colores y longitudes sobre la alfombra.

—Ahora dame tres objetos cualesquiera: una goma, un sacapuntas, el celo, y esa chincheta que estoy viendo, ¡ah, y búscame una cuerdecita!

Una vez tuvo todo lo que había pedido, empezó a colocar cada uno de los objetos en los vértices del triángulo formado. Luego tomó el cordón de mi zapato, lo pinchó con la chincheta en el centro del triángulo y se dispuso a marcar un círculo que abarcaba todos los elementos y un poco más.

—Pues, ¿veis? Todos estos elementos, la goma, el sacapuntas, el celo, si están colocados conforme a las reglas geométricas y divinas según la geometría sagrada, crean un círculo como el que os estoy mostrando, en el que todo el espacio interior será un lugar mágico.

—¡Ohhh! —dije yo—, ¿pero mágico como qué?

—Eso mismo le preguntó el padre Pedro a nuestro familiar.

—¡Chicas, venid y poned la mesa! —gritó mi abuela, reclamando la ayuda de mis hermanas, que se ocupaban de algunas labores de la casa, por ser los chicos todavía un poco pequeños, ya que éramos ocho a comer, a cenar y a dormir, toda una multitud en un pequeño piso.

—¡Ya vamos! ¡Ya está terminando el cuento, le falta el final! —gritaron mis hermanas desde el salón para que se oyera en la cocina—. ¿Verdad, abuelo, que ya casi está?

—Sí, hijos, atended que ya termino. El prior del monasterio de San Millán le preguntó a nuestro pariente: “Pero ¿acaso el conocimiento de Los Elementos no es también peligroso, padre Joan?”

»«¡No!, por supuesto que no, padre, claramente nuestro papa Sixto IV dice que los trece libros son el conocimiento racional, matemático y geométrico que el hombre necesita para avanzar en el mundo, pero las cuestiones que se relacionen con el Creador solo Él las conoce, aunque hay construcciones muy cercanas a Dios que podemos ver en la propia naturaleza.»

»«Pues no se hable más, pueden estar tranquilos, que yo me ocuparé de todo. Pondré a buen recaudo este documento una vez hayamos sacado algo en claro. Nuestro santo padre sabrá cuál es el momento preciso para que salga a la luz», dijo el prior.

»Y allí se quedó escondido —dijo mi abuelo—, en algún recoveco de su biblioteca, o quizás en alguna zona secreta del antiguo edificio románico antes de que se echara abajo en el 1504 y se levantara el actual; ese fue uno de los momentos más complicados en que nadie sabe qué pasó con la biblioteca de San Millán y sus secretos.»

—Entonces..., ¿se perdieron todos los secretos y misterios? —pregunto mi hermana Eli.

—Quién sabe.

—¿Y consiguieron descubrir algún triángulo, abuelo?

—Solo sé que Giovanni regresó a Roma con los trece libros una vez se terminaron de ilustrar, pasado algo más de un año, y Joan se quedó allí y continuó investigando el triángulo de la vida, e incluso participó en la reconstrucción de la nueva iglesia en los años del 1504 al 1540, nunca más volvió al monasterio de Montserrat, debió de pedir su traslado.

—¿Es posible que consiguiera encontrar algún triángulo de esos, abuelo? —pregunté yo.

—Nada se sabe, llegaron años muy convulsos, se daban continuos enfrentamientos por ostentar el poder del monasterio en los que influían los señores feudales, y además estaban las luchas internas entre monasterios.

—Vaya, que no se sabe nada más —comenté.

—Quién sabe si descubrió algo nuestro familiar Joan y lo ocultó al mundo. Se vivieron tiempos difíciles tras la reconstrucción de la iglesia en el 1504, la desamortización de Mendizábal en el 1836 y la desamortización de Madoz hasta el 1924. Pero lo que sí es seguro es que nuestro antepasado Joan participó en todos estos acontecimientos históricos de tanta relevancia para el mundo de los que hoy nos podemos sentir muy orgullosos.

—¡¡¡Bien!!! —Aunque no entendimos las últimas explicaciones del abuelo, que terminó de hablar como pensando en voz alta, sí comprendimos lo esencial, y aplaudimos todos, contentos, felices y satisfechos de ser partícipes de un momento histórico tan importante relacionado con nuestra familia.

CAPÍTULO 2

la historia familiar

2 de febrero del 2007

En los años posteriores siempre le pedí a mi abuelo que me contara esa historia de nuevo. Cuando lo hacía con tiempo, añadía detalles que la primera vez no incluyó, por ejemplo, el miedo que tuvieron durante todo el camino a ser asaltados por bandoleros, desde que partieron de Venecia. Pese a seguir las rutas comerciales medievales, evitaban los caminos más transitados, también atravesar las grandes ciudades, y se alojaron siempre en paradas de postas, en ventas y en granjas, y procuraban, por orden expresa del papa, evitar las iglesias y monasterios, para no despertar interés por el motivo del viaje y para no dar lugar a rumores entre el clero. Pasaron por Verona, Bolonia, Pavía y Turín en la parte italiana, luego en la francesa llegaron hasta Lion, en el interior, y bajaron hacia la costa por Avignon y Montpellier. Tras atravesar Narbona, ya junto al mar, entraron en la Península Ibérica, llegaron hasta Barcelona, y finalmente pasaron por Huesca y Pamplona hasta alcanzar, ya en tierras riojanas, San Millán de la Cogolla.

Mi abuelo me marcó mucho en mi infancia y generó en mi fantasía infantil deseos de buscar secretos. Cuando era pequeño siempre pensaba que la gente ocultaba algo cuando hablaba, que era normal que se guardaran cosas para contarlas o desvelarlas en un momento mejor. Esto se me fue olvidando según fui creciendo, al comprobar que vivía en un tiempo donde ya no cabía esconder nada, donde todo estaba descubierto, pues estábamos en el siglo xx y no en el xv, lleno de misterios. Y poco a poco se me fue olvidando aquella historia.

Mi abuelo Juan murió en el siglo pasado. Yo era un adolescente y lloré mucho su pérdida, no sabía

bien qué representaba la muerte pero lo supe muchos años más tarde, en febrero del 2007, cuando se nos fue mi padre después de una gran agonía silenciosa. Y lo hizo tal como era él, tranquilo, sin molestar ni hacer ruido. Se marchó en un bonito amanecer, seguro que era su resplandor, o al menos así lo interpreté yo y así resplandece en mi interior.

Una tarde, ordenando con mi madre los papeles de mi padre, en unas bolsas de fotografías que hacía muchos años que no se habían tocado, entre estas había una carta plegada con una cinta y con un sello lacrado.

—¿Qué es esto, mamá?

—¡No sé! Eran cosas de tu abuelo, creo que se las guardó tu padre cuando murió, pero no les hizo mucho caso, las cogió todas, las puso ahí, y ahí siguen.

—Bien, pues... ¿me dejas echarles un vistazo?

—Todo tuyo, hijo, haz lo que quieras con esas cartas —me dijo mi madre.

Con sumo cuidado, desdoblé el papel y me puse a leer, pues el sello ya estaba abierto. No entendía nada, enseguida me di cuenta de que estaba escrito en latín, así que me apresuré a recordar el latín que aprendí en el bachillerato, pues si algo había reconocido era la firma de un tal Sixto IV, sellada y lacrada, como en las películas, con un sello en lacre rojo que contenía las llaves de san Pedro. De inmediato me vinieron a la cabeza las historias que nos contaba mi abuelo, y despertó de nuevo mi curiosidad infantil.

Pasé algunos días descifrando el contenido de la carta con la ayuda de algunos libros y diccionarios de latín que había por casa. Quería asegurarme de entender todo lo que allí se decía. No lo comenté con nadie, pues temía que pudiera ser un documento falso, una broma pesada, así que decidí mandar a Roma una fotocopia, directamente al Vaticano, con la ilusión de que su contenido fuera cierto. En principio, lo que explicaba era lo que mi abuelo me había contado, pero, ¿habría algo de cierto en aquello, o no sería nada más que una leyenda, fruto de la superstición o de los delirios de algún monje iluminado? La carta decía algo así:

Mediante la presente, encargo al padre prior de la abadía de Montserrat fray Joan de Peralta, que junto con Giovanni Della Rovere custodien el manuscrito El Triángulo de la Vida y comprueben su veracidad, tras lo cual deberá ser entregado al prior del monasterio de San Millán, quien tendrá a bien guardarlo en su biblioteca, bajo la custodia de los monjes benedictinos, hasta que llegue un tiempo mejor para revelar su contenido.

La respuesta se hizo esperar, era el mes de abril cuando la recibí, ya pensaba que mi carta se había perdido o que no habría llegado al destinatario adecuado.

Fue en la etapa del papa Benedicto XVI; eso sí, no fue de su puño y letra, debió de escribirla algún ayudante de gabinete, y era un texto lleno de ambigüedades. Me agradecían el envío de la

carta, reconocían que era auténtica, pero me dijeron que me olvidara de su contenido. Sobre lo de mantenerla en secreto, me explicaron que era una cuestión pasada ya superada que no tenía ningún interés, que no debía preocuparme por ella y que, no obstante, no convenía difundirla.

Esta última sugerencia despertó aún más mi interés: si no tenía importancia, ¿por qué no convenía difundirla? Parecía que el abuelo estaba en lo cierto, pero yo me quería cerciorar del parentesco, así que hice una segunda consulta, les pregunté si el padre prior Joan de Peralta del monasterio de Montserrat estaba emparentado con nuestra familia. Les facilité todos los apellidos que pude, y me contestaron a las pocas semanas diciendo que, efectivamente, el padre Joan de Peralta fue un antecesor nuestro, y me adjuntaron el árbol genealógico completo. No en vano la Iglesia es el mejor lugar para encontrar todos los registros de nacimientos y fallecimientos de todas las gentes cristianas, pues todas pasan por sus manos.

Utilicé mi condición de funcionario, como profesor de dibujo, y propuse al Gobierno de La Rioja la posibilidad de hacer unos trabajos sobre los libros de Euclides en el monasterio de San Millán de la Cogolla aprovechando los meses de verano. No solo accedieron, sino que además me concedieron una beca para los tres meses de trabajo que les propuse. Como justificación, tuve que presentar la documentación del proyecto, y también les aseguré que mi latín era suficientemente bueno como para poder llevar a cabo la investigación, lo cual no era del todo cierto.

Nada más terminar el curso en el mes de junio con mis alumnos, preparé las cosas imprescindibles para ingresar en el monasterio durante todo el verano, que supuse que sería suficiente para descubrir, si es que se encontraba allí, el misterioso y poderoso documento de El Triángulo de la Vida. Yo no tenía un conocimiento místico profundo, pero tenía suficientes conocimientos geométricos y platónicos para indagar en todo aquello.

CAPÍTULO 3

LA LLEGADA AL MONASTERIO

5 de julio del 2007

Era principios de julio, temprano por la mañana, cuando atravesamos el pueblo de Berceo en el coche de mi cuñado Jesús, el marido de mi hermana, que se prestó amablemente a llevarme desde mi casa en Logroño hasta el monasterio de Yuso en San Millán. Nadie conocía el verdadero motivo por el que me llevaba allí, tan solo imaginaban una investigación relacionada con mi afición a la geometría. Conforme nos aproximábamos a San Millán, me entusiasmaba la idea de disponer de los tres meses siguientes, cumpliendo con un viejo sueño de tener el suficiente tiempo para mí y mis estudios.

De repente, el magistral edificio se dejó ver con sus cuatro plantas y su enorme torre octogonal, que se elevaba sobre todo lo demás, aspirando a alcanzar el cielo. Sobre el campanario de la torre se apoyaba una pirámide muy afilada de base octogonal, y en su vértice, con perfecto equilibrio, se situaba una esfera. Y más arriba, por si no bastara, remataba la construcción una veleta con el símbolo de la cruz. ¡Cuánta geometría empezaba a ver sin poner un pie en el suelo!

Me emocionaba poder contemplar tantos elementos simbólicos, sentía deseos de investigar todo lo relacionado con ellos, sin perder de vista la búsqueda del gran secreto de la familia. Para eso, era consciente de que debía mimetizarme con el espacio del monasterio, tenía que aprender a pensar como los monjes, debía ser capaz de meterme en su contexto, solo así podría conseguir mi verdadero objetivo, o al menos eso pensé.

Lo cierto era que un sueño se podía hacer realidad, estábamos en el 2007, y tras más de quinientos años desde su llegada a este monasterio, podía trabajar con los códigos originales guardados en su biblioteca.

Jesús aparcó el coche y lo invité a un café en la misma cafetería de la hostería. De algún modo tenía que compensarle el amable gesto de haberme llevado hasta allí. Cuando regresamos a coger las maletas me preguntó:

—Entonces..., ¿vengo a buscarte dentro de tres meses?

—¡Sí, tranquilo! Aquí estaré bien, no te preocupes. ¡La hostería es un hotel de cuatro estrellas!

—Tú mismo —soltó con una leve sonrisa, aceptando lo que le parecía una auténtica locura. Él no concebía estar tanto tiempo separado de la familia.

—No te preocupes, estoy seguro de que voy a disfrutar como nunca.

Mi familia estará bien, mis hijos andan de aquí para allá todo el verano con los amigos.

—Y la parienta, ¿qué dice?

—Con Mar nos vamos a dar un tiempo muerto, seguro que nos vendrá bien a los dos. Son muchos años de estar juntos para lo bueno y para lo malo, y lo cierto es que ahora las cosas no van muy bien.

—Sí, eso me dijo a mí también el cura cuando me case: para lo bueno y para lo malo —dijo Jesús con ironía. Estaba claro que no le gustaba nada que pasara tres meses separado de mi mujer. Pese a que no era su hermana se preocupaba por ella, era muy estrecha la relación que manteníamos dentro de toda la familia.

—Creo que a mis cincuenta y cinco años y con tres hijos con la adolescencia ya pasada, es hora de dedicarme a mí mismo, e ir en busca de mi sueño.

Tras despedirme de él y darle las gracias por todo, entré con mis maletas en la recepción de la hostería y me acerqué al mostrador, donde me atendió una joven recepcionista. Iba vestida con un traje chaqueta azul marino y una camisa blanca sobre la que destacaba su rubia melena.

—Buenos días, ¿va a alojarse aquí? —me preguntó amablemente.

—Sí, soy Juan Estruch y vengo con una beca de investigación de la Universidad de La Rioja. Nos veremos por aquí en los próximos tres meses, o eso espero —dije con una sonrisa, sin ocultar mi gran satisfacción.

—Sí, señor Juan, aquí está su reserva y su habitación es la número 12 —me contestó devolviéndome la sonrisa.

—¿De veras, señorita... Noelia? —pregunté tras fijarme en el nombre que mostraba su placa—. ¿No será una broma?

—¿Por qué lo dice? —respondió cambiando su gesto por completo, ahora más serio.

—Bueno, ese número, el 12, no sé si sabe lo que significó en otro tiempo. Como estamos junto al monasterio, pensé que dominaría sus secretos —dijo con una sonrisa.

—Pues no, no tengo ni idea. Cuéntemelo por favor, me está dejando muy intrigada.

—Parece una premonición, pues antiguamente fue el número de los elegidos, como en el caso de los doce apóstoles, o las doce tribus de Israel. ¿Entiende ahora mi sorpresa?

—Ja, ja, ja, perdone que me ría —dijo recuperando el gesto amable—, pero ¿elegido para qué? Y disculpe si estoy siendo indiscreta.

—Bueno, tiene razón, Noelia, ¿quién sabe para qué habremos sido elegidos cada uno de nosotros? Eso solo el tiempo lo dirá. Pero yo creo que todos tenemos alguna misión en esta vida. —Me salí por la tangente para no desvelar mis verdaderas intenciones—. ¿Le gusta la numerología bíblica?

—No sabía que existía.

—Pues ya le iré contando, nos tendremos que seguir viendo.

—Será fenomenal, a veces estoy muy aburrida.

—Lo dicho: continuaremos esta conversación. Ahora, ¿me dice, por favor, dónde se encuentra mi habitación?

—Sí, señor Juan, por este pasillo, al fondo a la derecha. ¿Necesita que le lleven algún equipaje?

—No, tranquila, solo traigo esta maleta. Gracias, muy amable, pero tuteémonos, por favor.

—De acuerdo —respondió ella con una sonrisa.

—¡Una cosa, sí! Esto..., ¿sabes con quién debo contactar para presentarme y dar conocimiento de mi llegada?

—¡Sí, claro! Con el padre prior, no te preocupes, yo lo avisaré y él te hará saber el momento en que debes encontrarte con él. —Me sorprendió el cambio en el rostro de Noelia al mencionar al padre prior, pese a que quiso disimularlo.

—Gracias, Noelia, ¿va todo bien?

—Claro —dijo, y se despidió con una relajada sonrisa.

Y yo me alejé pensando: «Qué misterio, esto del padre prior». Supuse que él tendría muchas obligaciones que atender, y que quizás pensaba que yo era tan solo un interesado más en meter las narices en las preciadas joyas del monasterio, y que daría más preocupaciones que otra cosa, pues los códices hay que manipularlos con extrema delicadeza, y no pueden permitir que un tesoro de hace más de quinientos años lo malogre el primero que pase. Por lo tanto, asumí que nunca me dejarían solo, y que seguramente me asignarían algún hermano de la orden para que me

acompañara y supervisara todos mis movimientos.

Una vez en mi habitación, convertida en mi nuevo hogar, procuré ordenar de la mejor manera la ropa, los libros, los apuntes y mis pensamientos. Deseaba sumergirme en el presente, en un tipo de vida enfocado al estudio, a la reflexión, a la contemplación, y tal vez hasta me enganchara a la oración; no lo descartaba. El resto sería banal, no tendría que preocuparme ni por la vestimenta ni tampoco por la comida, que esperaba que fuera la justa y necesaria para unas jornadas que serían de intenso trabajo intelectual. Eso iba a venirme muy bien para eliminar algunos kilos de más que había ganado en los últimos años.

Una vez hube vaciado la maleta y dejado en orden mi nuevo cuarto, me apetecía contemplar el exterior del monasterio con más calma. Y como quien se lanza al mar para enfrascarse en una larga travesía, quería coger la última bocanada de aire fresco del exterior. Necesitaba tomar notas de la piel que envolvía aquel formidable edificio, algo transformado en sus reconstrucciones a lo largo del tiempo. Así que, después de saber que tenía un sitio y una misión, me cambié de ropa: el vaquero por otro pantalón de tela negro más fresco, la camisa por una camiseta de algodón gris y los zapatos por unas zapatillas de tela también grises muy cómodas, y me sentí fresco y ligero, así que me fui a pasear por el recinto como un peregrino, buscando captar las sensaciones que muchos otros experimentaron antes que yo al llegar a ese lugar.

Regresé a los muros exteriores, no me quería perder ningún detalle de aquellas construcciones que querían hablar sobre todo lo que allí se planteaba. A mi izquierda cerraba la planicie un gran muro contra el edificio de cuatro plantas, y en su coronación se levantaban unas figuras de piedra simulando bustos humanos. Me dediqué a contar por divertimento cuántas había, y no salía de mi asombro: doce... doce... Contaba una y otra vez, y pensaba: «Claro, es normal, se ha utilizado el lenguaje de la numerología bíblica, como en todas las construcciones cristianas; no obstante, aquí se hallarán muchos más secretos entre sus muros».

Continué hasta llegar al pórtico de entrada. El sol del mediodía me cegaba, y se apreciaba un intenso contraluz sobre las piedras que presidían la parte superior del pórtico. Este tenía forma de tejadillo, es decir, dos planos inclinados acabados en un vértice, y sobre dicho vértice se anclaba una cruz en piedra elevándose sobre el resto, y a ambos lados descendían por la coronación de los muros inclinados cuatro pináculos o pirámides afiladas a modo de triángulos puntiagudos.

Entonces entendí que quizás simbolizaba el fuego que purifica a quien atraviesa sus muros. Pero, analizado según la numerología bíblica, también podía interpretarse como el juego simbólico del «cuatro y cuatro», dado que el cuatro representa lo terrenal, los cuatro puntos cardinales (norte, sur, este y oeste), del mismo modo que en el mundo celestial también rigen los cuatro puntos cardinales. Y en este caso, entre el cielo y la tierra, presidiendo el vértice del muro, se encuentra la cruz, fijando la idea de Jesucristo como el interlocutor entre ambos mundos.

Me pareció evidente y sencilla la explicación de lo que tenía ante mí, era simple geometría sagrada, numerología aplicada a la simbología religiosa, y todavía no había cruzado el pórtico de acceso al interior del monasterio.

Crucé a través de un arco de medio punto adornado mediante nervios y volutas. ¡En aquellos muros se encontraba la codiciada proporción áurea!

«Siempre se cumple», pensé. La proporción áurea resulta de la división de un segmento en dos partes distintas, de tal modo que la longitud total del segmento mantiene con la mayor de las dos partes la misma proporción que esta mantiene con la menor de ellas. En un brazo humano, empezando por la punta de los dedos, si sumas lo que miden las dos primeras falanges obtienes la medida de la siguiente. Esta proporción se cumple en toda la longitud del brazo, y también en la pierna partiendo de los huesos del pie. Al dividir la medida de un hueso por la del hueso inmediatamente menor, el resultado es el llamado número áureo, o Phi, cuyo valor es 1,6180339..., y esta progresión se conoce como Sucesión de Fibonacci, y es una constante que la naturaleza conoce bien, sea un dibujo, una escultura, un edificio o simplemente un árbol: sin que sepamos por qué, resulta ser una creación perfecta, llena de armonía y belleza. Igualmente ocurre con los rostros humanos, en las proporciones de nuestras falanges de los dedos de pies y manos, en nuestros brazos y piernas, y hasta en el ritmo de la frecuencia cardiaca siempre aparece esta proporción áurea. La verdad es que todo nuestro cuerpo cumple con esta relación, ya lo dibujó Leonardo da Vinci en su famosa interpretación del hombre de Vitruvio.

Caminaba sonriendo desde el paso del arco hacia el interior, sintiéndome satisfecho de poder ir leyendo sobre la piel del edificio las geometrías que venía a investigar en los códices de su interior. Pero, una vez bajo el porche, sentí el empedrado del suelo sobre las plantas de mis pies y, bajando la mirada, descubrí toda una inmensidad de círculos tangentes unos con otros, los guijarros de piedra que los formaban se ordenaban según unos centros que no se dejaban ver.

Todo quería decirme algo sin mediar una sola palabra. Continué interpretando para mis adentros: «Una de las mejores definiciones de Dios en geometría se explica mediante el círculo, dado que Dios sería el centro que todo lo ordena, estando equidistante de los infinitos puntos que somos los seres humanos. Por tanto, Dios será el centro de los infinitos círculos que están en todas partes pero que nunca se ven».

«No debía olvidar que estaba en un monasterio. Por tanto, tenía que pensar en el modo de vida de quienes lo habitan y, sobre todo, en la finalidad para la cual esa maravilla arquitectónica se había construido. No tenía una justificación más directa que llegar a lo divino a través de lo humano, mediante la contemplación, la oración, y la reflexión. Además, el lugar que habitamos ha de facilitarnos el estado emocional que nos sitúe en el camino adecuado, de modo que todas las construcciones del monasterio estarán pensadas y diseñadas para encontrar el estado más favorable en nuestro interior. Para lograrlo, la configuración de la planta del edificio, con sus volúmenes y superficies de suelos, paredes y techos, debe hacer que nos sintamos en un lugar más allá de este mundo. Todo ha de poder leerse, o bien por su forma clara y precisa, o bien por su simbolismo. Una continua contemplación de los elementos y reflexionar sobre ellos nos conducirá al encuentro de aquello que estamos buscando, convertirán nuestra rutina diaria en un libro abierto que revisaremos cada día, en el intento de entender mejor el misterio que este monasterio esconde».

Estaba ensimismado en mis conjeturas filosóficas y geométricas cuando una sombra alargada apareció deslizándose sobre el suelo. Por un momento no supe distinguir en qué realidad me encontraba: ¿en la de mis pensamientos, o en la de este mundo?

Una mano me tocó el hombro.

—¡Juan! Eres Juan Estruch, ¿no es así? —dijo una voz grave detrás de mí—. El profesor de Geometría que viene a investigar a nuestro monasterio.

Me giré rápidamente.

—Claro, perdone, padre, estaba pensando en mis cosas y no le he oído llegar.

—Pues sé bienvenido.

—Gracias, es un honor que me haya acogido y que acceda a dejarme compartir su maravillosa biblioteca —contesté, deduciendo que hablaba con el prior del monasterio. Me sorprendieron su altura y seriedad, no sé si por su hábito oscuro o por su semblante y sus gafas a juego con su pelo rizado negro como un tizón.

—Si le parece, puede compartir mesa con todos los monjes en nuestro comedor, se acerca la hora de la comida. Además, es tradición, cuando viene un forastero, recibirlo y arroparlo en todo aquello que podamos, así que, si le parece bien, será nuestro invitado.

—Me parece todo un honor. Perfecto, allí nos vemos y así le contaré mi proyecto.

—Pues dentro de media hora en el refectorio de la abadía, no se confunda con el restaurante de la hostería, no es lo mismo.

—Gracias, padre...

—¡José!, perdone, no le he dicho mi nombre.

—No se preocupe, padre José, sabré llegar.

Una vez se marchó el prior me fui rápidamente en busca de la recepcionista, seguro que ella me indicaría la ubicación del comedor.

—Veo que todavía estás por aquí.

—Sí, aquí estaré todo el día, no libro hasta el fin de semana. ¿En qué lo puedo ayudar?

—Ejem..., habíamos quedado en que nos tuteábamos, ¿no?

—Sí, claro, por supuesto —dijo ella.

—Ni se te ocurra llamarme de usted, me hace más viejo.

—Ja, ja, ja, ¡cómo puedes decir eso, si eres muy joven!

—Noelia, lo tuyo sí que es juventud, lo mío será que tengo el espíritu sin envejecer.

—Bueno, no nos liemos, ¿qué necesitas?

—Pues me ha invitado el padre prior a comer con ellos en el refectorio y no sé dónde está.

—O sea que ya has conocido al padre prior, ¿qué te ha parecido?

—Bueno, en principio una persona muy seria, pero correcta, no ha dado tiempo nada más que a las presentaciones de rigor.

—Perfecto, mira, el comedor siempre está en la zona opuesta a la iglesia. Si quieres te acompaño hasta allí, pero por el camino me hablas de otro número bíblico.

—Veo que no pierdes el tiempo, me parece un 7.

—¿Cómo dices?

—El 7 es la perfección divina, me parece perfecto quería decir, ya sabes... Dios hizo el mundo en siete días.

—Ja, ja, ja, genial, ya me sé otro más, todavía me quedan muchos, ¿no?

—Sí, claro, pero poco a poco. Por cierto, ¿siempre estuvo aquí el comedor con su cocina?

—Creo que no, creo que los edificios medievales originales se fueron sustituyendo por los actuales.

—Qué pena, quería imaginar que iría a la cocina que me describía mi abuelo.

—¿Qué historia es esa?

—Nada, Noelia, una historia muy larga, algún día espero contártela.

—Vale, pues mira, ya hemos llegado, están a punto de entrar a comer, así que te dejo, Juan, ¡buen provecho!

—Adiós, nos vemos.

Su delgada figura y su rubia melena destacaban en aquella sala exenta de elementos femeninos, por lo que ella misma se encargó de desaparecer discretamente como si nunca hubiera estado.

CAPÍTULO 4

EL DÍA A DÍA

28 de julio del 2007

En el scriptorium de la biblioteca me sentía un ser verdaderamente privilegiado, por poder estar en el lugar que un día vio nacer nuestra lengua española. Me encontraba en su espacio, bajo su luz, tocando su madera de nogal, sintiendo su tacto veteado suavizado por el tiempo. Si pudiera hablar... Era toda una inspiración trabajar en aquella estancia rectangular, no muy grande, de unos doscientos metros cuadrados, rodeado por sus diez mil volúmenes. Sus estanterías, con su delicado estilo veneciano a doble altura, perimetaban las paredes con una galería a la que se podía acceder. Este estilo revelaba las características propias de las bibliotecas europeas de finales del siglo xviii. En el centro de la sala se distribuían cuatro mesas de madera para la tarea de los monjes, coincidiendo con los ventanales. Ahora tan solo estaba algún estudioso como yo, que disponía de autorización para investigar sobre algún tema escondido en alguno de aquellos libros. No obstante, el lugar seguía siendo muy reservado, solamente para unos pocos elegidos, de modo que nunca estábamos más de cuatro o seis personas a la vez.

La biblioteca se halla en la primera planta junto a las habitaciones monacales, por lo que resultaba muy cómodo el acceso. Los cinco ventanales de su fachada, orientada al este, ofrecían toda la luz que se requería, ya que se necesitaba de la cálida luz de la mañana para trabajar con una buena iluminación sin dejar entrar el calor del mediodía ni de la tarde.

Tras el ofrecimiento del padre prior de hacer vida con ellos, me acomodaron en una de las celdas que les quedaban libres. No era tan lujosa como la de la hostería, pero de este modo tenía la

ocasión de conocer la vida monacal de verdad, que era uno de mis objetivos.

Estaba haciéndome a la rutina de mis nuevos quehaceres cotidianos, los maitines de la mañana, las completas de la noche. Mi mente exploraba los días llenos de una continua repetición gestual, pero a la vez me encontraba inmerso en un intenso trabajo intelectual y espiritual.

Nunca dejaba de lado el objetivo de mi estancia allí, que consistía en el estudio de los elementos geométricos, sobre todo de los poliedros regulares, el cubo o hexaedro, el tetraedro (la pirámide de base triangular), el octaedro (las dos pirámides cuadrangulares juntas por su base), el icosaedro (con sus veinte caras triangulares formando casi una esfera) y el dodecaedro, (de doce caras pentagonales). Pero lo más importante de todo era hallar el manuscrito.

Eran muchos los volúmenes, códices y demás libros que previamente había repasado e investigado, empezando por Pitágoras, estudioso pionero de estos cuerpos, y comprobé que él estaba fascinado por el cubo, el tetraedro y el dodecaedro. Después deduje que fue Platón quien les dio el máximo esplendor, pues nada se entendía sin ellos; de hecho, hoy en día se denominan «los sólidos platónicos».

Para ello tuve que releer el Timeo de Platón, donde explica la asociación de cada uno de los elementos geométricos a un estado de la naturaleza, y Platón lo razona como la máxima verdad. Para él, el cubo representa la tierra, el elemento más pesado y difícil de mover. Al tetraedro o pirámide triangular lo equipara al fuego, pues tiene esa forma alargada que asciende y desaparece como una llama. Al octaedro, en cambio, el de las dos pirámides unidas por su base cuadrada, como asciende y desciende con sus puntas arriba y abajo, lo relaciona con el viento por su gran movimiento. Sobre el icosaedro —el de las veinte caras triangulares—, dado que su forma es muy redondeada, dice que, si dejáramos caer una gota de agua sobre él, resbalaría fácilmente, por lo que lo identificó con el agua. Por último, está el más enigmático de todos, el dodecaedro, el que contiene todos los elementos, así como las constelaciones que envuelven la Tierra con los doce signos zodiacales. Lo forman doce caras pentagonales, por eso pensó que era un elemento especial. Platón, que estaba fascinado por todo lo pitagórico, consideraba este poliedro como la quintaesencia, el quinto elemento, la sustancia de los cuerpos celestiales, el símbolo místico del cosmos. En la era cristiana y medieval lo asociaban a la figura de Dios, pues era el elemento que lo contenía todo, y, por lo tanto, este poliedro se convirtió en «el Innombrable». Si nos remitimos al Antiguo Testamento, existen multitud de nombres para referirse a Dios; Adonai significa «mi gran Señor»; esta palabra —que deriva de Adon, «Señor»—, se empleaba para sustituir el término «YHWH», que se consideraba demasiado sagrado para pronunciarlo, y así hasta más de veinte vocablos para referirse a Dios padre.

El fundamento de los cinco elementos era una parte esencial para comprender todo lo que ansiaba descubrir. Y estaba totalmente metido en mi búsqueda geométrica, explorando a nuestros maestros los griegos tratando de entender todo aquello que, pese a que ya lo conocía de pequeñas referencias, nunca había tenido la tranquilidad de leer de las fuentes originales, cuando vino a saludarme el asistente que me habían asignado para los trabajos en la biblioteca. En realidad, era el bibliotecario responsable del archivo, un joven monje polaco llamado Kristof Miroslaw Kwiecien, lleno de vida y juventud. Irradiaba felicidad por todos los poros de la piel y, con su sonrisa dulce, siempre estaba dispuesto a solucionar cualquier problema. Su alegría y buena voluntad hacían sencilla cualquier cuestión que se nos interpusiera en el día a día.

—Kristof, por favor, necesitaría los libros apócrifos XIV y XV de Los Elementos. ¿Sabes si también se guardan aquí?

—¿Se puede saber qué buscas? —me soltó a bocajarro—. ¡Si ya has revisado medio archivo!

—Tienes razón. Lo he mirado casi todo, lo que los comunes de los mortales han visto ya y de algún modo es conocido. Se puede decir que lo he ratificado de primera mano y que me he puesto al día.

—Ya, ¿y qué más esperas encontrar?

—Mira, Kristof, no te voy a engañar, pero creo que lo que busco no está en estos libros. Sé que está en este monasterio, pero no sé dónde. Te seré sincero, hace mucho tiempo un antepasado mío trajo aquí un documento junto con Los Elementos de Euclides, debía de ser un manuscrito escrito en otra lengua diferente al latín, no tiene que estar lejos de estos libros.

—Ya, amigo —me dijo Kristof—, veo que es importante lo que buscas, pero no me suena de nada, quizás no pueda ayudarte.

—Pues, antes de comentar nada a nadie, te lo agradecería muchísimo si dieras con él, Kristof, créeme que puede ser muy importante. De momento intentemos hojear los libros apócrifos XIV y XV de Los Elementos, y por hoy me daría por satisfecho.

—No te preocupes, Juan, haré todo lo posible para dar con ese manuscrito, lo buscaré.

—Te contaré algo más, para que sepas de qué estoy hablando: hubo un tiempo, ya en la era cristiana, en el que se decía que había una magia divina, la ciencia de Dios, que se manifestaba a través de la ciencia del hombre y que servía para encontrar en la naturaleza los mejores lugares donde vivir, ¿la conoces?

—No. ¿Una magia divina, dices? —Kristof me miraba con gran asombro.

—Actualmente se llama «geometría sagrada», consiste en el conjunto de leyes geométricas por las cuales se rige la naturaleza. También nuestro cuerpo obedece esos parámetros. En definitiva, la vida, y por todo ello se entendía que procedía de la mano de Dios.

—¡Pues sí que es interesante!

—Se compone de los elementos o sólidos platónicos, la proporción divina o proporción áurea, el ángulo divino, la sucesión de Fibonacci como método de crecimiento de la naturaleza, y todo eso gracias al conocimiento pitagórico por el que se pudo estudiar la numerología oculta en los textos bíblicos.

—¡Vaya! —exclamó Kristof—. Eso es apasionante, me tienes que contar cómo funcionan esas cosas.

—No te preocupes, estaré encantado. Tenemos mucho tiempo, pero poco a poco.

—Qué bien, Juan. De momento te sacaré los dos volúmenes apócrifos, que además hablan exclusivamente de tus poliedros.

—¡Genial, Kristof! Veo que tú también sabes algo de esto. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Son ya siete años por España, pero bueno, no siempre he estado aquí. En Polonia estudié dos carreras, ingeniería informática y publicidad, y luego me vine a España.

—¡Claro, ahora comprendo por qué entiendes mis tecnicismos!

—Sí, aprendí un poco el español y después viajé por toda Europa. En el 2000, hice el Camino de Santiago. Después estuve en varias congregaciones cristianas y al final, hace ya casi dos años, solicité internarme aquí.

—Vaya, vaya, sí que te has dado prisa en hacer cosas. ¡Te cunde la vida!

—Sí, estoy muy contento en este lugar. Aproveché la vacante por fallecimiento del anterior responsable del archivo. Como ya estaba aquí, me pareció el mejor sitio para seguir aprendiendo.

—¡Qué bueno! O sea que también conociste al antiguo responsable del archivo.

—Sí, claro, el padre Pedro. Conviví con él el primer año, desde que llegué.

—Perdona, Kristof, quizás estoy preguntando o pidiendo demasiado, no quiero que pienses que pretendo aprovecharme de tu cargo aquí.

—Tranquilo, amigo Juan, me caes bien y me gusta cómo tratas de encontrar respuestas. Yo también me pasé mucho tiempo buscando respuestas, pero eran de otro tipo.

—Claro, te entiendo. ¿Quién no ha tenido una crisis existencial o de pareja que lo haya obligado a buscar más allá, a hacer algo diferente?

—Sí, para mí fue muy importante y transformador hacer el Camino de Santiago. Parece un mito, pero hasta que no lo haces no puedes entender todas las maravillas que se sienten en el día a día durante todo el viaje.

—Te creo y no lo dudo. Yo tengo la suerte de vivir al pie del Camino y admiro a los peregrinos que pasan por delante de mi casa, pero no tengo la valentía ni la voluntad para dejarlo todo y pasar un mes sin hacer nada más que caminar.

—Entonces, ¿qué haces aquí metido?

—Tienes razón, esto ha sido una oportunidad para profundizar en la geometría. Ahora que lo dices, podría haber hecho tres caminos, ja, ja, ja.

—Esa fuerza interior —me decía Kristof, ahora con el gesto serio, como escuchando una voz superior—, esa llamada que a veces escuchamos por dentro, es la que mueve las grandes historias, la que nos ayuda a salir de nuestro mundo de confort y a encontrar nuestro verdadero destino.

—Estoy de acuerdo, Kristof. Además, estoy seguro de que tú ya conoces el simbolismo del número 40 en la Biblia.

—Conozco el significado de muchos otros, pero el de este, no —dijo con cara de mucho interés.

—Representa el cambio de un periodo a otro, los años de una generación a otra. La transformación de una persona puede darse en cuarenta días, como la de Jesús cuando ayunó, pues cambia su vida privada por su vida pública; o el diluvio universal, que dura cuarenta días y cuarenta noches y representa el cambio hacia una nueva humanidad. Hay muchos ejemplos sobre esto.

—Ya entiendo —dijo Kristof—, como cuando Moisés sacó del desierto a los esclavos judíos y vagó por el desierto durante cuarenta años antes de llegar a Canaán.

—¡Exacto! Dios quiere que la generación que entre en la Tierra Prometida no haya sido nunca esclava sino libre.

—Ahora me doy cuenta, claro, es muy evidente el simbolismo del número 40, ja, ja, ja —rio Kristof.

—Es fantástico. Estas cosas son fundamentales para poder entender las historias que siempre nos han contado, aunque casi nunca hemos comprendido su mensaje interno, ¿verdad?

—¡Tienes razón! Si te fijas, el Camino de Santiago desde Saint-Jean-Pied-de-Port te lleva casi cuarenta días, siempre que se haga respetando las etapas y se llegue hasta el fin de la tierra, o Finisterre.

—Nunca lo había pensado así, ya me está apeteciendo hacer el Camino.

—No tengas prisa, estando aquí tanto tiempo como vas a estar, seguro que algo en ti cambiará, ya lo verás.

—¿Tú crees? Entonces los estudiosos y los investigadores son seres más perfectos, por estar siempre tanto tiempo metidos en sus cosas.

—No, no te equivoques. No solo es el estar aislado del ruido, se tiene que dar el despertar de los sentidos para conectarse con el todo, y para eso se necesita predisposición y mucha disciplina, debemos ir al ritmo de la vida, llevar el paso del día. ¿Me sigues, Juan?

—Sí, sí, estoy encantado con todo lo que me dices. Ahora entiendo un poco mejor la teoría de la regla de san Benito, en lo que atañe a los diferentes ritmos del día.

—Bueno, nosotros los monjes actuales pertenecemos a la Orden Agustiniiana, somos agustinos recoletos, se hicieron cargo de este monasterio desde 1878, varios años después de la desamortización de Mendizábal, pero el monasterio es originariamente de la Orden de San Benito o benedictino, como se dice ahora.

—Sí, lo sé, me inquieta todo el conocimiento del mundo benedictino.

—Y tienes razón, es apasionante; san Benito, además de ser un anacoreta, decía que era preferible ir al ritmo de la vida, estar a favor del sol, de la noche, de la naturaleza, vivir del regalo del esfuerzo de nuestras manos. Según san Benito, ese es el mejor camino para conectar con lo divino.

Un toque de campana nos sacó de la animada charla, que hasta entonces nunca había sido tan profunda y personal. Nos avisaba de que era hora de cenar.

—Me alegro mucho de haber hablado contigo, Kristof. Mañana me buscas esos libros y ya te contaré si encuentro algo interesante.

Había transcurrido casi un mes y los días seguían pasando uno tras otro con la cadencia de las rutinas. La plácida estancia y la ausencia de noticias que alterasen el ánimo transformaban cada minuto en un tiempo especial.

La luz, tan presente, se colaba y se convertía en la protagonista de toda aquella existencia, era muy sencillo pararse a reflexionar, en cualquiera de las estancias; la paz se respiraba por todos sus rincones. Cautivado por el descubrimiento de esta filosofía de vida, pensé en cómo llevar mi nueva experiencia a la vida cotidiana. Entonces creí firmemente que podría aplicarla al día a día cuando me encontrara al otro lado de esos muros.

«¡Claro! —me decía—, en estos lugares pensados para llegar a Dios, te das cuenta de que la primera transformación consiste en llegar a uno mismo.»

Resulta ser la alegoría del pozo y el ciprés del patio del claustro, a los que tantas vueltas había dado en mis habituales paseos. Primero nos dedicamos a mirar en el pozo y a contemplar cómo está el agua. Esta es una mirada hacia nuestro interior. El milagro sucede cuando notamos que empezamos a percibir el agua limpia y fresca del fondo. Ese es un momento fantástico de transformación, ya que dejamos atrás las aguas turbias, calentadas por los prejuicios y los miedos. Nuestro cuerpo empieza a regenerarse, la mente adquiere una claridad nunca experimentada, y una sensación de infinitud inunda nuestro interior conectándolo a todo, pues nos sentimos capaces de cualquier cosa. Cuando notamos esa fuerza interior del agua limpia y fresca que alimenta la vida y los pensamientos, es el momento de mirar el ciprés; solo entonces cobra sentido esa mirada y entendemos cómo podemos crecer hacia la conexión con todos los demás elementos. Por tanto, cuando miramos al árbol, debemos observarlo desde su base, apreciar su tronco, valorar su crecimiento, podarlo, cuidarlo y mimarlo para que no se desvíe ni un ápice de su rectitud, pues en su naturaleza está crecer hacia lo más alto. Para ello necesita de los cinco elementos: la tierra para sujetarse, el agua para alimentarse, el fuego del sol para calentarse, el viento para respirar y el éter, o el cielo, para saber hacia dónde tiene que mirar.

Aquel pequeño pero revelador espacio del claustro constituía para mí un gran universo en el que podía alcanzar las reflexiones más profundas con tan solo estar allí.

CAPÍTULO 5

EL HALLAZGO

22 de agosto del 2007

Se estaba acabando el mes de agosto y Kristof no era capaz de encontrarme aquellos libros apócrifos. Me consiguió todas las obras que le pedí pero, así como normalmente me las traía de algún estante de los muchos que estaban a la vista en aquella habitación repleta de volúmenes, en dos o tres ocasiones me dijo que no podía buscármelos en ese momento pero que me prometía mostrármelos al día siguiente. Y siempre cumplió su palabra. Sin embargo, en esos casos por un instante su eterna sonrisa se nublaba, aunque la recuperaba pronto tras soltar alguna broma, alejarse de mi mesa y ponerse a trabajar en algo como si fuera muy urgente. Aquello me resultó extraño y me llevó a preguntarme si tal vez para sacar ciertos libros debía pedir permiso al prior. Lo que yo no sabía era que ni siquiera estaban allí, que los traía de otro lugar, hasta que un día me dijo que no encontraba los volúmenes apócrifos que le había solicitado.

—Perdona, Juan, ya no sé dónde mirar, no consigo dar con esos volúmenes que me pediste.

—Le pregunté al padre prior y me respondió que quizás, tras las dos desamortizaciones que ha sufrido este monasterio, se hayan extraviado, como pasó con muchos bienes de la Iglesia en España.

—Sí, claro, ahora caigo: la venta de los bienes de la Iglesia a la burguesía, durante la desamortización de Godoy en 1798 y durante la de Mendizábal en 1836.

—Exacto, pero además ocurrió que este monasterio se abandonó, se produjeron muchos saqueos, se llevaban hasta los sillares de piedra para hacer nuevas construcciones de casas.

—Pues ni me imagino lo que pudo pasar en la biblioteca, ¡madre mía!

—Muchos volúmenes desaparecieron. Todavía hoy parece un milagro disfrutar de los libros que nos quedaron, solo gracias a los vecinos del pueblo que guardaron los que pudieron en sus casas.

—Menudo disgusto me acabas de dar, Kristof.

De todo esto charlábamos sobre la mesa que se encontraba al fondo de la biblioteca, sin nadie más que nos pudiera escuchar, y en el otro extremo se observaba un decorado pintado bajo la galería que contenía el escudo de la Santa Inquisición.

—Ven conmigo, te enseñaré un lugar secreto donde deberían estar esos volúmenes.

—¿En serio?! ¿Puedo acompañarte? No te meteré en ningún lío, ¿verdad?

—No, aquí solo estamos tú y yo. Dada la hora que es, nadie más vendrá.

—¿Adónde me llevas?

—¡Al infiernillo!

—¿Dónde está eso?

—¡Tranquilo! Está aquí mismo, ¿ves ese escudo de la Inquisición?

—¡Sí, claro!

—Pues es una puerta falsa, tras ella está el cuarto secreto donde se escondían algunos libros cuando venía la Inquisición a revisar los volúmenes de la biblioteca, no le comentes nada de esto al padre prior.

—Tranquilo, esto se queda aquí entre tú y yo.

Abrió la puerta disimulada sobre la carpintería con la decoración justamente del símbolo de la Inquisición. Era un óvalo verde, una cruz con una corona al fondo, alegoría de la divinidad; delante, una rama de laurel, representando la justicia, y, en primer plano, una espada para impartirla. No había duda de que se trataba de una de las instituciones que más miedo habían infundido en la historia, hasta los propios monjes se protegían de ella.

—No te separes de mí, no hay apenas luz —me dijo Kristof.

Nos adentramos en el pequeño cuarto que quedaba justo debajo de la galería y, tras quitar unos cuantos volúmenes de una de las estanterías, apareció una nueva trampilla por la que nos metimos con mayor dificultad, y un nuevo universo oculto se presentó ante mis ojos.

Nos internamos en una segunda estancia repleta de códices de piel con sus gruesas tapas oscuras,

sin más luz que la que entraba por la puerta y la trampilla entreabiertas; no había ventanas, ni sistemas eléctricos, ni nada que pudiera afectar a los libros. La luz se desvanecía según íbamos avanzando por el único pasillo central, los volúmenes cubrían los estantes a derecha e izquierda a una altura un poco superior a la nuestra. La tela marrón del hábito de Kristof se mimetizaba con el color oscuro de las repletas estanterías; a duras penas podía seguirle el rastro, me guiaba por el contraste de su corto pelo rubio un poco rizado y la blanca piel de su nuca. De repente, Kristof se dio cuenta de que no había cogido una linterna, dio media vuelta y se marchó a por ella. Me dejó solo sumido en la más absoluta oscuridad, tenía la certeza de estar rodeado de un montón de secretos, pero ninguno se dejaba ver, qué ironía más grande. Y me acordé de la frase de mi abuelo, que me arrancó una sonrisa: “¿Por qué los secretos se hallan en los sitios más oscuros? ¡Qué razón tenía!

Retrocedí andando como un sonámbulo, con los brazos estirados procurando no chocar con los estantes. Hasta donde llegaba la suave luz de la entrada, me puse a mirar las solapas de varios libros, a cuál más interesante.

Extraje con sumo cuidado un volumen al azar del que podía leer sobre su solapa “Biblia A. T. Hebreo. Hamisâ humsê Torâ” (los cinco libros de la Torá), contenía a los profetas anteriores a Cristo y cuatro profetas posteriores, estaba fechado en Venecia en 1518. Qué maravilla, pensé, lo devoraría y seguro que me descubriría muchos datos que muy pocos saben. Lo guardé y extraje otro libro. Biblia en griego, edición original de 1545 en Basilea. “Vaya”, pensé, “están próximos a mi manuscrito, por aquello del griego, y las fechas no muy lejanas al año 1482”. Estaba fascinado comprobando cuánto conocimiento se hallaba entre aquella penumbra, continué con otro libro al azar y no dejaba de sorprenderme. Bulario, o Bullarium, conjunto de bulas o normas papales sobre todo tipo de cuestiones, fechado en el siglo XIII y relacionado con el monasterio de San Millán. Con el ansia de empezar a leer todo lo que allí se encontraba saqué otro libro que se hallaba junto a este con la intención de leer solo su solapa. Era un diccionario de símbolos sagrados de la literatura religiosa, particularmente de la Biblia y también de documentos profanos. También procedía de Venecia, del 1591 y de un tal Antonio Ricardi. Este sí que tenía que leerlo, lo dejé aparte y anoté mentalmente de dónde lo había extraído, tenía que informar a Kristof de su ubicación en la estantería.

Aquel silencio oscuro no sé cuánto tiempo duró, pero yo estaba totalmente absorto en su espacio, flotando en su universo lleno de conocimiento como un astronauta, desplazando mi cuerpo y mis manos, que se posaban de volumen en volumen, rebotando de un códice a otro como en un paseo lunar, era un momento único, mágico e irreplicable. Un pequeño librito con tapas de piel sobresalía del estante inferior, mi mano se deslizó para sacarlo con cuidado y no di crédito a lo que vieron mis ojos: «τὸ τρίγωνον τῆς ζωῆς». Estaba escrito en griego, lo reconocí porque en la carta de mi antepasado aparecía ese mismo título, pero no entendía nada de lo que decían el resto de las hojas.

Mi corazón estallaba de emoción, no sabía muy bien qué hacer con aquel manuscrito, el tiempo se iluminó y se transformó, empezó a correr como una bola de fuego, dejando ver todo lo que allí sucedía, y... ¿qué le iba a contar a Kristof, que estaría a punto de llegar? ¿Le daría a conocer el hallazgo, o intentaría investigar primero por mi cuenta? Me decanté por esta última opción, así que oculté el manuscrito entre mis ropas con las manos temblorosas, solo le contaría el descubrimiento del diccionario de la simbología religiosa. Ya encontraría el momento de

compartir con él mi verdadero hallazgo. Entonces un potente resplandor anunció la llegada de Kristof, que se acercaba con una linterna.

Andaba en mi cuarto intentando descifrar aquel manuscrito de unas quince hojas cuando un golpeo en la puerta me sacó de mi silencio. Lo oculté rápidamente tras de mí, sujetándolo con las dos manos a la espalda y mirando sorprendido hacia la puerta. No daba crédito a que abrieran la puerta sin esperar a que fuera yo quien lo hiciese.

—Buenos días, Juan.

—¡Noelia, qué alegría verte! ¿Qué sucede? Qué extraño que vengas a mi cuarto.

—Perdona, pero el padre prior te reclama con urgencia. ¿Qué tal te va? Ya no te veo apenas, como te viniste a esta zona de los monjes...

—Sí, ya lo siento, tengo que pasar un rato a hacerte una visita y charlar un poco, tengo más números de los que hablarte —dije, aunque no era el momento de enrollarme, estando en esa postura que evidenciaba que algo estaba ocultando.

—¡Será genial! —me dijo con una corta sonrisa, notando mi incomodidad—. Ah, te espera en la biblioteca, no tardes. Adiós, Juan, y perdona por ser tan impulsiva.

—Vale, gracias, estás perdonada. Nos vemos —contesté, y resoplé aliviado de que no me hubiera descubierto.

Me apresuré para llegar lo antes posible a la biblioteca, temía la regañina por haber estado en el infiernillo y dudaba que el padre prior pudiera saber algo más. Este me esperaba sentado en una de las mesas de la sala rectangular, casualmente junto a la puerta del infiernillo. Era primera hora de la mañana y estábamos solos.

—No me andaré con rodeos, Juan —me dijo el prior, ajustándose sus gafas negras—. Sabemos quién eres y el verdadero motivo por el que estás aquí.

Todo el universo empezó a pesarme como si me lo fueran dejando caer a la espalda, me sentí atrapado.

—Bueno, puedo explicárselo todo, padre.

—No es necesario, cuando tú mandaste la carta de tu familiar al Vaticano, de inmediato se activó la búsqueda del manuscrito que vino junto a Los Elementos de Euclides, llamaron para preguntar por su existencia; lo denominaron El Triángulo de la Vida, pero nada sabemos de él, en el periodo de la desamortización y saqueo del monasterio se debió de perder o quizás lo robaron.

—Qué pena, tenía muchas ganas de poder desvelar aquel misterio.

—Bueno, puede que todavía estés a tiempo de ayudarnos con otro misterio que creo que tiene

relación con ese dichoso documento.

—Pues usted dirá qué puedo hacer, padre. —le contesté sonriente, observando que había comenzado a tutearme, así que, empecé a respirar con mayor tranquilidad.

—Esta tarde, al anochecer, nos vemos aquí de nuevo; te voy a mostrar unos pergaminos que se encuentran en un área restringida del monasterio. Creo que son de tu antepasado, el prior de Montserrat.

—¿En serio?

—No bromeo con estas cosas, Juan, y te advierto que tendrás que seguir todas mis instrucciones. Lo comprendes, ¿no?

—Claro, padre, haré exactamente lo que usted me diga.

El día se me hizo eterno, continuaba intentando descifrar aquel manuscrito del que no entendía nada y mi cabeza estaba puesta en lo que podría mostrarme el padre prior, así que decidí ir a pasear por el claustro antes de la caída del sol, seguro que me relajaba un poco.

Llegué puntual como un amanecer al sitio acordado, apareció el padre prior y nos adentramos por estancias por las que jamás había pasado. No estaban cerradas con llave, no era necesario ya que el camino era un auténtico desconcierto. No sabía decir si nos encontrábamos en el bajo cubierta o en la segunda planta, y tampoco en qué punto cardinal, pues el continuo paso por estancias sin luz ni ventanas me desorientó por completo, como si estuviera en el laberinto de un jardín secreto.

No lo pregunté, pero tenía claro que la ubicación de la sala estaba estudiada concienzudamente con el firme propósito de protegerla. Y, efectivamente, esos vericuetos para llegar hasta ella eran la mejor cerradura que podían tener.

Llegamos a un punto donde el padre prior me pidió que me vendara los ojos, pues estábamos a punto de llegar y solo él podía conocer la forma de acceder. Tras haber girado varias veces a derecha e izquierda, no podía imaginar dónde me encontraba. Pasados unos minutos eternos con los ojos vendados y ya dentro de la estancia, me mandó quitarme la venda de los ojos, me explicó que era de suma importancia el mantenimiento de la temperatura y de la humedad para conseguir la ausencia de agentes bacteriológicos, para que no se desarrollase ningún tipo de hongo que pudiera destruir o corromper con el paso del tiempo las pieles y hojas tan delicadas allí guardadas.

Me quedé asombrado, la sala tenía forma rectangular, de unos seis o siete pasos de fondo por cuatro de ancho, sus cuatro paredes se encontraban ocultas por las estanterías de madera formando cajones abiertos que se anclaban desde el suelo hasta el techo a unos tres metros de altura o quizás más. No quedaba ni un solo hueco sin ocupar, todo eran pergaminos colocados sobre estantes de su misma profundidad, por lo que supuse tendría unos sesenta o setenta centímetros de fondo, quizás algo más si disponía de algún sistema de ventilación trasero. Una robusta mesa de madera servía de apoyo en el centro de la sala para colocar los documentos y realizar las consultas, no había ni sillas, ni ventanas, ni bombillas, solo una suave luz que entraba desde el pasillo al interior de la sala. La puerta de madera se situaba en el centro de la pared más estrecha y se veía

que tenía unas rejillas por la parte inferior y superior, que imaginé que serían para mantener una continua ventilación de la estancia. En este monasterio eran verdaderos expertos en la conservación de los libros y pinturas, que se basaba en los sistemas de aireación, así como en el cuidado de la orientación de cada una de las estancias en función de su uso, pero lo que más llamó mi atención fue el suelo de baldosas cuadradas de alabastro, era uno de los mejores secretos para mantener la humedad de la sala, y ese mismo suelo estaba en la sacristía, donde se mantienen los frescos pintados en sus techos como el primer día.

En tanto terminé de reconocer la sala, el padre prior ya había sacado los dos pergaminos no sé bien de qué estante y los estaba extendiendo sobre la mesa central con sumo cuidado. En el primero de ellos se veían cuatro poliedros en la parte superior y, en su parte central, un triángulo con un gran círculo que lo envolvía.

—¿Esto te dice algo, Juan?

—No sabría decirle, pero tiene buena pinta, está claro que tiene relación con El Triángulo de la Vida.

—Pues sería de gran interés para nosotros si supieras desvelarnos qué significa ese triángulo con el círculo que lo envuelve.

Me puse a mirarlos detenidamente con la poca luz que arrojaba aquella desgastada bombilla desde el pasillo.

—Estas anotaciones no están completas —dije. Y añadí—: Fíjese, el centro de la circunferencia parece ser el incentro del triángulo; es decir, el que resulta de hacer las bisectrices entre los lados. Pero luego no se sabe cómo se obtiene el radio del círculo.

—En el segundo pergamino continúan los gráficos y parece que con más detalle —dijo el padre prior.

—¡Sí, es verdad! Aquí parece que el esquema es mayor y se ve más claro. Por lo visto, prolonga los lados del triángulo desde cada vértice hasta la circunferencia por ambos extremos, pero la cuestión es saber cuánto los prolonga, no hay ninguna indicación clara.

—Hasta la fecha —dijo el padre prior—, nadie ha sabido descifrarlo, y no eres tú el primero que lo estudia.

—Deme tiempo —me adelanté, pues parecía un simple ejercicio de geometría plana similar a los que estudiaba yo con mis alumnos de bachillerato, con procesos geométricos a veces verdaderamente ingeniosos y complejos.

—El que tú quieras, Juan —dijo muy seriamente el padre prior.

—¿Sí? ¿De verdad? —Miré de reojo su semblante, no había un ápice de entusiasmo, y entonces me di cuenta de que no me mostraría nada más si no era capaz de explicarle algo de lo que allí se intuía. Su silencio nubló mi emoción, que se desplomó en un instante, pues cuando empezaba a disfrutar del verdadero descubrimiento de los secretos mejor guardados, me daba la sensación de

que no se me permitiría avanzar. El prior no dijo nada más al respecto.

Tuve que ponerme de nuevo la venda en los ojos para salir de la sala, y llevarla hasta que el prior lo consideró oportuno.

La noche estaba entrada y me tocaba recogerme en mi cuarto para el descanso nocturno, así que no me quedó tiempo para comentar con Kristof todo lo que había sucedido. No pude dormir, los triángulos se me venían uno por uno a la cabeza, repasaba en mi mente todas las posibilidades que recordaba para sus construcciones.

También tenía en mi poder el manuscrito donde se apreciaban las mismas figuras que habíamos visto, supuse que debía tratarse de las anotaciones de mi pariente Joan de Peralta, que habría estado estudiando algún triángulo sagrado junto con Giovanni no muy lejos de allí.

Al día siguiente me apresuré a ir a la biblioteca, pedí a Kristof que me sacara los libros I y II de Los Elementos de Euclides, referentes a las relaciones entre triángulos y cuadrados, así como el libro III, que habla de los círculos.

—¿Qué tal ayer, Juan?, ¿estuviste con el prior? —me preguntó Kristof con aquella sonrisa suya.

—Vaya, bien, sí, pero..., creo que el padre prior me ocultó cosas.

—¿Por qué dices eso?

—Me pareció muy poco lo que me mostró, solo dos pergaminos, que tenían relación con el manuscrito de El Triángulo de la Vida. Y..., en vista de que no supe contestar a su pregunta sobre aquella construcción geométrica, los guardó.

—Yo solo te puedo contar que... —bajó el tono de voz para que nadie nos oyera— en el tiempo en que mi antecesor, el padre Pedro, estuvo postrado en la cama y delirando antes de dejarnos, yo lo acompañaba, desde la hora nona hasta las vísperas.

—O sea, desde las cuatro a las seis.

—Exacto, muy bien, veo que te estás aprendiendo nuestro lenguaje.

—Perdona, no nos despistemos, Kristof, continúa.

—Pues, en los momentos en que no deliraba, me hablaba de grandes secretos escondidos.

—¿De veras?

—Recuerdo ahora que en relación a Los Elementos también me dijo algo.

—Por favor, dímelo, seguro que servirá.

—Pues me dijo: «Algunos pergaminos junto a los volúmenes de Euclides contienen un gran secreto, sin desvelar».

—Fantástico, Kristof, no te das cuenta de lo que me acabas de decir.

—Sí, que existe un secreto.

—Veo que este no te lo sabes...

—¿Cómo? —me dijo Kristof con cara de gran asombro.

—El padre Pedro hablaba utilizando el significado de la numerología bíblica.

—¿A qué número se estaba refiriendo? —preguntó Kristof.

—Al significado del 5, en la Biblia.

—¡No! Ese no me lo sé.

—¡Pues eso! Ahí está la clave: el 5 significa «algunos», unos cuantos, una cantidad indefinida. Como hizo Jesús en la multiplicación de los panes y los peces, pues cuando tomó algunos panes, tomó cinco.

—Entonces, quieres decir que, si el prior te mostró dos hojas, escondió tres más, y que en esas tres está la continuación del secreto.

—Muy bien Kristof, veo que lo vas pillando.

—Pero no puedo ir a la estancia, yo tampoco conozco el camino.

—Lo sé, me conformaré con que me saques los libros que te he pedido, a ver si consigo ganarme su confianza descifrando esa dichosa construcción.

CAPÍTULO 6

LA VISITA ITALIANA

17 de septiembre del 2007

Paseaba por el claustro aprovechando su inspiradora luz, en busca de la solución al gran problema del triángulo que se me había presentado. Tenía el convencimiento de que, si lo resolvía, seguramente el padre prior accedería a dejarme ver la siguiente clave, era evidente que un gran secreto se me estaba ocultando.

Al alzar la vista, me di cuenta de que tras los cristales del despacho del prior había mucho movimiento de personas. En todo el verano nunca había habido tal revuelo de gente.

No paso mucho tiempo hasta que apareció la joven y simpática Noelia para avisarme de que debía presentarme de inmediato en el despacho del padre prior. Me sobresalté de inmediato, primero por su presencia nada habitual en el claustro y segundo porque no imaginaba qué podría suceder.

—¿Qué tal, Juan? ¿Avanzas en tus investigaciones? —me preguntó Noelia.

—Bueno, parece que algo nuevo tenemos, pero siento no poder contarte nada.

—No te preocupes, sabes que entre tú y yo solo hay números.

—Pues entonces tienes un 10, recuérdalo.

—¿Cómo?

—Sí, el 10 significa recordar, son los diez dedos de la mano, por eso fueron diez los Mandamientos.

—Claro, ja, ja, ja, tiene mucha lógica —dijo Noelia.

—Por supuesto, los números son muy claros, antaño eran un segundo lenguaje que utilizaban para fijar ideas o conceptos bien en las construcciones o en los escritos.

Deseando haberme quedado de charla, me apresuré a ir lo antes posible al despacho del padre prior.

Golpeé con los nudillos la puerta de madera tallada, un poco antes de que el latido de mi corazón en el pecho empujara la puerta. La incertidumbre me desbordaba.

—Adelante, Juan. Pasa, por favor.

—¡Buenos días! —dije, y paseé la vista por todos los allí presentes.

—Siéntate, ponte cómodo, Juan. Tenemos una importante visita desde Roma, del Servicio de Conservación del Patrimonio Italiano.

Debió de notarse mi cara de asombro, pues quién iba a esperar algo así.

—Gemma Bellini, experta documentalista, del Servicio de Conservación; y sus acompañantes, Benedetto y Nicola.

Me levanté para saludarlos y estrecharle la mano a cada uno. A mi derecha se encontraban los dos apuestos hombretones, que no podían disimular su aspecto de guardaespaldas: cuerpos atléticos, trajes y zapatos todo de color negro, camisa blanca, y pelo muy corto al estilo militar con las gafas de sol en la solapa de la americana. Como salidos de una película de Matrix. Al tomar contacto con sus duras manos me di cuenta de que, más que a escribir, debían de estar acostumbradas a repartir mamporros si se terciaba la ocasión.

Cuando llegó el turno de saludar a la única mujer de mi misma edad que veía desde hacía un par de meses, me pareció toda una aparición. Iba elegantemente vestida con un traje chaqueta oscuro con la falda por encima de las rodillas, medias negras y zapatos de tacón moderado, también de color negro, y el traje marcaba claramente su figura de anchas caderas y su pecho, nada disimulado. Su altura era similar a la mía, de uno setenta con los tacones. Sentía su feminidad, pero no sabía dónde residía, si en su pelo negro rizado, brillante como una noche de luna llena, o en su piel morena, como la de quien ha pasado el verano tomando baños de sol junto al mar. Sus ojos negros grandes y atentos a cada uno de mis movimientos me hicieron sentir observado, y me ruboricé.

—¡Encantado, Gemma! Es un placer.

—¡Igualmente! —dijo en un correcto español.

En la simple equidistancia de un suave apretón de manos, pude oler su delicado perfume, discreto pero íntimo como el de toda una dama. Me hizo recordar por un momento todo el mundo femenino y sus bondades, las cuales tenía ya muy olvidadas.

—Pues ustedes me dirán, ¿en qué puedo servirles? —pregunté una vez finalizadas las presentaciones.

—La señorita Bellini, como le decía —explicó el padre prior— ha venido desde Italia para llevarse El Triángulo de la Vida, manuscrito secreto cuya custodia una vez nos fue encomendada. Ahora nos piden que lo devolvamos, así que le he contado que usted también estaba buscándolo, y he pensado que igual quería colaborar con ellos.

—¿Yo? —exclamé asombrado—. ¿En qué?

—Sabemos que junto a Los Elementos de Euclides llegó un manuscrito escrito en lengua griega titulado El Triángulo de la Vida. El documento se trajo desde Venecia en 1482, y en él había anotaciones clave para localizar lugares con un gran poder divino —disparó Gemma a bocajarro para ver si me sorprendía.

Mi corazón volvió a latir más deprisa, mi cabeza no daba abasto para realizar conjeturas sobre cuál iba a ser la respuesta más adecuada.

—Bueno, lo único que hemos encontrado son unos pergaminos sueltos en los que se hace referencia al triángulo de la vida, pero no aclaran gran cosa —dije mirando interrogativamente al padre prior.

—Bien —prosiguió el prior—, creo que mañana iremos los tres a revisar aquellos pergaminos que le enseñé, Juan, es todo lo que tenemos de momento. Veremos si podemos sacar alguna nueva conclusión. Si a usted, señorita Bellini le parece bien.

—Me parece perfecto, mañana a la hora tercia entonces.

—Conforme, a las diez —remarcó el padre prior. Pensó que yo no sabría cuál era.

Una vez que Gemma y yo salimos del despacho empezamos a charlar. Eran muchas las coincidencias que allí nos reunían. Mientras, sus guardaespaldas cuchicheaban entre ellos y se mantenían a una distancia prudencial para dejarnos conversar.

—¿Cuánto tiempo lleva por aquí, señor Juan?

—Trátame de tú, por favor.

—Me parece bien, aunque no estoy acostumbrada. Veo que aquí en España enseguida se tutean.

—Bueno, solo cuando se intuye que confluyen factores de cercanía, compañerismo, empatía, y sobre todo cuando nadie está por encima de nadie, ni por edad ni por cargo. —Nunca había dado tantas explicaciones, pero me sentía un poco intimidado.

—Vale, o sea que eres más joven que yo. —Ahora me sorprendió ella a mí con una ligera sonrisa.

—Pues no creo: ¿cómo voy a insinuar la edad de una dama? ¡Faltaría más! —contesté sonriendo también yo.

—Claro, claro, los españoles sois unos caballeros.

—Pues mira, eso sí que es cierto, te tomo la palabra, creo que esta conversación debe continuar, a la hora del almuerzo en el comedor de la hostería. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Mientras tanto, iré con Benedetto y Nicola a ver la habitación.

—¿Estáis los tres en una? —me arriesgué a insinuarle, necesitaba saber hasta dónde llegaba su sentido del humor.

Se volvió hacia mí con una mirada inquisidora, y al ver que me estaba asustando relajó el gesto y me dijo:

—Soy una señorita, y Nicola y Benedetto son dos excelentes agentes de protección para la seguridad de los documentos que debemos llevarnos. También me protegen a mí. Ya te habrás dado cuenta de que si alguien pretendiera atacarme, no lo permitirían.

—Sí, sí, algo así me estaba imaginando. Pues si te fías de mí, a la una en el comedor sin guardaespaldas; seré yo tu Kevin Costner.

Gemma me miró con cara de sorprendida. Le costó responder, pareció no haber entendido la broma.

—Conforme —me dijo ella sonriendo poco a poco—, nos vemos a la una en el comedor, ciao, ciao.

—Adiós. —Me despedí con una sonrisa.

Esa visita, aunque imprevista y peligrosa, por lo que me pudieran arrebatar, me resultaba un regalo, una oportunidad de contactar con gente mucho más experta que yo, y quién sabía lo que me depararía.

A la una menos cinco, conforme entraba en el comedor de la hostería sentí que ya llegaba tarde, pues una suave fragancia inundaba toda la sala, y era sin duda por la presencia de Gemma. Me sorprendió la agudeza de mi sentido del olfato, y caí en que en los dos meses de internamiento que llevaba en el monasterio, tan solo había percibido los aromas de las flores y frutos en el huerto, así como los de los platos en el comedor: las sopas, los cocidos, los asados...

—Hola, Gemma. —Se encontraba sentada en una mesita junto a la ventana.

—Ciao, Juan! ¿Dónde nos ponemos? —Hizo ademán de levantarse de la mesita.

—No te muevas, por favor, quédate ahí donde estás. Junto a la ventana con esta magnífica luz que entra me parece el sitio perfecto.

—Tienes razón, es un sitio precioso y muy agradable, pero me sorprende que no haya nadie.

—Claro, es lunes, es el día de descanso, no funciona nada en este valle los lunes. No hay visitas guiadas ni actividad alguna, tan solo están los huéspedes de la hostería y algún turista despistado.

—Bien, pues esto va a parecer una cita romántica.

—Ja, ja, ja, no me hagas reír, Gemma, soy un hombre casado y con tres hijos.

—Oh, mama mía! ¡Pareces muy joven!

—Bueno, yo ya tengo mis años, ya paso de los cincuenta.

—Nadie lo diría, yo estoy muy cerca, pero hoy en día nos cuidamos más —se apresuró a decir Gemma como disculpándose de su coquetería.

Un joven camarero me mostró la botella de vino que le había solicitado. Le di el consentimiento para servirnos una vez descorchada la botella y tras realizar el ritual previo para comprobar si se encontraba en buen estado, aunque no hubiera hecho falta probarlo, pues ver su color y sentir su aroma bastaba para ratificar que era una verdadera maravilla.

—Pruébalo, Gemma, es un Rioja del 2001, un reserva especial de Benito Urbina, un vino maestro, como nosotros, seguro que te sorprenderá.

Gemma tomó la copa y se dispuso a brindar con una bella sonrisa.

—A estas alturas no vamos a sonrojarnos por compartir mesa y mantel, dos personas adultas a quienes ha unido una bella pasión por la geometría, así que brindo por Euclides y por nosotros, por que seamos capaces de obtener un poquito de su sabiduría.

—Por los descubrimientos y por esta agradable estancia —dijo Gemma, y, tras dar cada uno un sorbo a su copa, añadió:

—Tengo entendido que aquí se come y se bebe muy bien. Yo no suelo beber, así que si digo tonterías me avisas, ¿vale?

—¡Ah, perfecto! Entonces me apresuraré a sonsacarte todo lo que sabes, que seguro que es más de lo que yo sé.

—¡Qué malo eres! —Me escrutó con una expresión de riña encantadora.

—Bueno, es un decir, recuerda que soy un caballero.

—¡Sí, ya...! Con tres niños y una esposa.

Saboreando el primer sorbo, Gemma se sorprendió.

—¡Qué maravilla de vino!, ¿de dónde procede? Me parece espléndido.

—Pues, si te digo la verdad, no lo sé, lo tengo que mirar... Sí, aquí lo pone, es de Cuzcurrita de Río Tirón, nunca me había fijado, creo que está por la zona de La Rioja Alta, nunca he estado.

La comida pasó lentamente como si el tiempo y la luz que entraba por los ventanales se hubieran detenido. No comentamos nada de vital importancia para la investigación, y nos dedicamos más bien al tanteo sobre nuestras vidas personales y profesionales. Todo resultó ser muy relajado y distendido, y la animada charla se prolongó en aquel rincón del comedor bañado por la cálida luz del atardecer de verano, que apuramos, como las copas de vino, hasta su final.

CAPÍTULO 7

MI HIJO

17 de septiembre del 2007

Acababa de acompañar a Gemma a su habitación tras la larga sobremesa, después de que sonaran las campanas a vísperas, es decir, a las seis de la tarde, cuando al pasar por la recepción me avisaron que acudiera al despacho del prior. Suponiendo que sería por algún tema referente a la visita de la delegación italiana, llegué sin ningún tipo de ansiedad.

—Buenas tardes, Juan. Mira qué nueva visita tan grata tienes hoy.

Miré rápidamente a mi derecha, pues no me había percatado de que hubiera nadie más en el despacho.

—¡Pablo, hijo! Pero ¿qué haces aquí, mi pequeño? —Era una forma de hablar, pues con su metro ochenta y seis me pasaba una cabeza de alto, pero siempre sería el pequeño de mis tres hijos.

—¡Hola, papá! He venido a pasar una semana por aquí.

Me apresuré a darle un fuerte abrazo y un par de besos.

—Me parece estupendo, Pablo, pero, ¡qué fuerte te estás poniendo! —Con su pantalón corto y su camiseta de manga corta ceñida al cuerpo marcaba una esculpida figura grande y fuerte.

—Es la halterofilia, papá, me he apuntado este verano y me encanta.

—Cómo me alegro de que te enganche el deporte.

—Y yo, y como estamos en fiestas de San Mateo, quiero aprovecharlas disfrutando de la naturaleza.

—¡Claro, hijo! Estamos ya en septiembre, se me había pasado por completo que eran fiestas de San Mateo.

—No quería pasármelo durmiendo y bebiendo con los amigos.

—Vaya, qué responsable te estás volviendo, me sorprendes, Pablo.

—He estado entrenando este verano muy duro y no me apetece perder todo el trabajo.

—Me parece estupendo, ya se te nota. Pues estás en un lugar maravilloso, yo te lo enseñaré. Padre prior, podré salir con mi hijo al exterior, ¿verdad? —miré con una sonrisa cómplice al prior.

—Por supuesto —dijo con el rostro serio y extrañado—. Juan, usted no tiene ninguna obligación con la orden, pero eso sí, acuérdesse de la reunión de mañana.

—¡Claro! Eso no se me olvidará, no me ha traído aquí otro fin que estudiar esos documentos.

—Entonces, ¿el chico se alojará en la hostería?

—Sí, ahora me encargo yo de todo, gracias padre.

—Pues bienvenido a este lugar, Pablo —le dijo sonriendo el prior—, que disfrutes de la estancia y también de tu padre; seguro que tiene muchas cosas que contarte.

—Gracias— dijo Pablo tímidamente con una sonrisa.

Salimos del despacho y nos fuimos charlando para que me pusiera rápidamente al día de cómo estaban las cosas por casa.

—¡Qué alegría, Pablo, esto sí que es una sorpresa! ¿Y qué te apetece hacer por aquí?

—Había pensado en salir a dar paseos por el monte.

—Me parece perfecto, pero yo no voy a poder acompañarte a todas horas.

—Vaya... Pensaba que podrías venir conmigo, no conozco esta zona.

—En fin, sí... Alguna excursión haremos, pero mira, te cuento lo que está pasando aquí. No te lo vas a creer.

—¡Ah, pero ¿aquí puede pasar algo?! Si están todos callados, no se oye una mosca, no hacen nada más que rezar y estudiar, ¿no?

—Se podría decir que sí..., pero..., sobre lo que vine a investigar, ¿te acuerdas de que os hablé de los libros de Euclides?, ¿aquello sobre la primera copia en latín que trajeron a España?

—Sí, algo me suena, pero realmente no tengo ni idea de todo eso.

—Bueno, pues hoy mismo acaba de llegar una delegación del Servicio Italiano de Conservación del Patrimonio, intentando descubrir un secreto que supuestamente se encuentra en un manuscrito llamado El Triángulo de la Vida, y que llegó junto con los libros de Euclides. Y resulta que sobre ese secreto, yo ya he empezado a saber alguna cosa.

—Anda, parece esto la película de Tom Hanks, El código Da Vinci.

—Pues espero que no llegue la sangre al río, solo faltaría, pero mañana tengo que ir a ver de nuevo unos pergaminos en un lugar del monasterio donde esconden todavía documentos que no quieren que nadie vea.

—¿Por qué?, ¿dónde están?

—Pues ya estuve allí el otro día, es un lugar escondido, tienes que hacer un recorrido en que terminas desorientándote por completo, y en el último tramo te vendan los ojos.

—¡Anda, qué pasada! ¿Y quién conoce el recorrido?

—Solo el padre prior.

—¿Y no puedes memorizarlo?

—Imposible. Traté de hacer un esquema cuando regresé, pero no hubo manera, está todo pensado para que nadie sepa dónde está.

—¡Qué bueno!, ya me gustaría hacer la prueba.

—Es imposible que me acompañes.

—Bien, entonces mañana, ¿cómo sé cuándo estarás disponible?

—Ya te avisaré yo.

—No, no hagas como siempre —empezó a subir el tono de voz—, que dices que vienes y luego apareces a las mil.

—Bueno, no te pongas así, Pablo, tengo muchas ganas de enseñarte todo esto y pasear por los alrededores.

—Toma, papá, tu teléfono —lo sacó Pablo de su mochila y estuvo manipulándolo hasta ponerlo en funcionamiento—. ¿Sabes que mamá se enfadó mucho cuando no quisiste llevarte tu móvil?

—Ya le expliqué que no podemos tener teléfonos aquí dentro.

—¿Pero qué más da! Tú no eres ningún monje.

—No, claro que no.

—Pues me llamas cuando termines o me avisas de lo que vas a tardar.

—Tienes razón, Pablo, espero que dé igual. —Y, solo por no empezar a discutir, cogí el móvil y me lo introduje en el bolsillo del pantalón.

—Vamos a recepción, buscaremos una bonita habitación en la hostería, y conocerás a Noelia, es una joven recepcionista un poco mayor que tú, pero seguro que os lleváis bien, es muy guapa.

—Vaya, si tú lo dices... —dijo Pablo con incredulidad.

CAPÍTULO 8

EL GRAN DESCUBRIMIENTO

18 de septiembre del 2007

La noche transcurrió a duermevela, demasiadas emociones vividas. Mi mente no paraba de hacer cábalas y suposiciones sobre lo que podría suceder a primera hora de la mañana.

Cuando sonaba la última campana en el despacho del prior, coincidimos con Gemma y sus guardaespaldas en la puerta de entrada. Últimamente ese lugar se había convertido en un sitio de visita diaria.

—Buongiorno —dijo Gemma.

—Buenos días —dije yo—. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien, esto es muy tranquilo.

—Pues sí, aquí no hay ruidos más allá del viento, los pájaros y la naturaleza cuando quiere hacerse presente.

—Qué poético estás por la mañana, ¿no, Juan?

—Vaya —me sorprendió el piropo—, gracias Gemma —dije.

En estas, apareció el padre prior con paso firme y decidido, abrió la puerta del despacho, se llegó hasta su mesa y empezó hablar.

—Buenos días a todos, pasen y siéntense, por favor. —Sentándose él al mismo tiempo, prosiguió—: Ya sabe, señorita Bellini, que sus acompañantes no pueden venir con nosotros a ver los documentos, y tampoco pueden tener ningún teléfono ni dispositivo electrónico.

—No hay problema, padre, Benedetto y Nicola me esperarán aquí. Ayer ya nos advirtieron de la prohibición sobre tener dispositivos móviles dentro de las estancias monacales.

—Bien, pues entonces, si todo está claro, vayamos a revisar esos documentos.

Empezamos por un laberinto de habitaciones por el que hubiera jurado que no pasé la vez anterior, y supuse que sería parte de otra estrategia para desorientarnos.

Llegados a un punto, el padre nos vendó los ojos como había hecho conmigo la otra vez, para recorrer el último tramo hasta la sala de los secretos, como yo la llamaba.

Gemma no dejaba de excusarse ante la posibilidad de chocarse con cualquiera de nosotros, se sentía totalmente desorientada. Yo me reía, ya que parecía que estábamos jugando a la gallinita ciega tropezándonos continuamente el uno con el otro. En uno de esos tropiezos, Gemma, que estaba tras de mí, perdió el equilibrio y cayó hacia delante. Instintivamente, tras su pequeño grito yo me giré y terminamos los dos en el suelo abrazados, protegiéndonos mutuamente como para evitar un golpe mayor, con las vendas en los ojos y sintiendo nuestros cuerpos abrazados el uno al otro, y sin prisa alguna mantuvimos aquella situación tan inesperada dejando que se prolongara en el tiempo. Gemma y yo nos susurramos al oído si estábamos bien, sin que lo oyera el prior, la presión entre nuestros cuerpos no disminuía. Mientras tanto, el prior no sabía qué hacer, se disculpaba por tener que andar de esa manera, y nos preguntaba si nos habíamos hecho daño. Finalmente nos ayudó a ponernos en pie, primero a Gemma y luego a mí, y supongo que comprobó que las vendas de los ojos estuvieran en su sitio. Pasado ese momento tan embarazoso pero dulce a la vez, dejé que Gemma fuera delante de mí.

Tras pasar por unas cuantas estancias más, el padre prior dijo:

—Pueden quitarse ya las vendas.

Nada más quitarnos los vendajes de los ojos nuestras miradas se buscaron, estábamos completamente excitados. Reconocí el lugar en el que nos hallábamos, era la misma estancia a la que ya me había llevado el prior, eso era seguro; solo quedaba saber qué documentos nos enseñaría.

Buscó en los estantes repletos de rollos de pergamino, escogió unos y estuve atento para ver a qué estantería pertenecían, a qué altura se encontraban. Tras llevarlos al centro de la mesa, desenrolló dos de ellos con sumo cuidado y nos los mostró. Eran los mismos que yo ya había visto.

Explicué a Gemma lo que allí se mostraba. El primer pergamino parecía toda una introducción a El Triángulo de la Vida, pues se veía dibujado un triángulo con un círculo que lo envolvía, poliedros alrededor y muchos textos en griego por todas partes. En el segundo pergamino se

detallaba un dibujo más concreto con el triángulo y el círculo, y le pregunté si sabía algo sobre ello.

—No puedo decirte cómo se consigue todo esto, pero sí lo que representa.

—¿De verdad? —pregunté haciéndome el despistado.

—Sabemos que el triángulo representa tres lugares singulares de la naturaleza, y cada uno de sus vértices corresponde a un sitio concreto de un lugar, donde seguro se podrá identificar ese espacio con algún elemento platónico, y en el centro geométrico de ese triángulo existirá otro lugar con alguna característica también muy especial, pues cada uno de esos lugares de la naturaleza estará asociado a un elemento de los sólidos platónicos.

—Eso es, en cada vértice del triángulo podrá estar representada la esencia de la tierra, el fuego, el agua, el viento o el cielo. Tal como presenta Platón los cinco poliedros: el cubo es la tierra, el tetraedro o pirámide, el fuego; el octaedro, el viento; el icosaedro, el agua; y el dodecaedro, el universo, el que lo contiene todo.

—Muy bien, Juan, así es —respondió Gemma—, sabemos que son tres lugares identificados en la naturaleza del mismo modo en que lo haría Platón con sus sólidos. Pueden estar muy cerca o muy lejos unos de otros, pero delimitan un área marcada por el círculo, y todo lo que se encuentre allí dentro tendrá las propiedades del quinto elemento, el que falta.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué aparecerá dentro de ese círculo?

—Depende del elemento que no se haya usado en ninguno de los tres vértices ni en el centro del círculo.

—Entonces el quinto elemento será el que se mostrará por toda la extensión que define el área del círculo.

—Exacto, Juan, así es.

—Pero yo no veo más dibujos que nos aclaren nada.

—Claro, no te lo van a poner todo en bandeja. Hay que leer.

—¡Ya! Pero está en griego.

—Claro, y para eso soy documentalista. Déjame que lea estos dos pergaminos, si encuentro algo significativo te lo cuento.

—Vale, perfecto.

Me sentí un tanto inútil por no saber todavía nada de griego, y pensé en el documento que había hallado de El Triángulo de la Vida, era un texto completamente escrito en griego.

—¡Mira, Juan! —exclamó Gemma, con gran entusiasmo.

—¡Dime! ¿Qué pasa?, ¿qué dice?

—A ver, mira, aquí junto al esquema del triángulo dice: “Se prolongarán los lados del triángulo hasta chocar con la circunferencia, la distancia que se extiende o se añade desde ese vértice es la misma a la del lado opuesto a ese vértice. ¿Te dice esto algo, Juan?

—Tiene buena pinta, continúa. —De reojo, yo observaba cómo el padre prior seguía las explicaciones de Gemma; parecía entender mucho más de lo que aparentaba, no dejaba de rizarse el pelo con los dedos como si tuviera un tic nervioso.

—Así, tendremos seis vértices de la prolongación de los lados del triángulo, dos por cada vértice del triángulo, de forma que por esos seis puntos pasará una circunferencia.

—¡Por fin! Apareció la forma de conseguir el centro de la circunferencia, ¡bravo, Gemma!
—exclamó el padre prior.

—Esperad, que todavía hay más cosas aquí. Si el radio de esa circunferencia coincidiera con alguno de los números bíblicos, y especialmente con el doce, ese espacio del círculo se podrá convertir en un lugar sagrado, casi divino, se podrá activar para potenciar el quinto elemento ausente hasta ahora, que se hará presente en toda el área.

—Vaya, tiene sentido, el área elegida. Lo comprobaré en cuanto salgamos de aquí, pero nunca se me habría ocurrido esta manera de buscar los seis puntos. —Estaba ya ansioso por realizar la comprobación geométrica sobre el papel.

—Pues esto es todo en estos dos pergaminos —concluyó el padre prior.

Gemma lo miró con cara de interrogación...

—¿De verdad no tenemos otro documento que nos revele algo más?

—Me temo que no, es todo lo que hay. Juan, ya lo viste tú el otro día, ¿verdad?

—Sí, esto fue lo que vimos. Yo hice la misma pregunta. —Y me mordí la lengua para no contar nada del manuscrito que había cogido en el infiernillo de la biblioteca.

Estuve atento de nuevo para ver dónde guardaba los pergaminos entre tantos documentos, y comprobé que era el mismo sitio de donde los había cogido.

Nada más regresar al despacho del padre prior, le pedí si me podía conseguir una hoja en blanco, una regla, un compás y un lapicero. Me sorprendió la rapidez con que me entregó todo lo que le pedí, pero, sobre todo, me pregunté: ¿Cómo es que el prior de un monasterio tiene todas las herramientas para el dibujo técnico, y además en tan buen estado? Ya no eran tiempos de hacer dibujos en los manuscritos.

—Adelante, siéntate en mi mesa y compruébalo tranquilamente —me dijo el padre prior.

Me senté en la silla del despacho del padre prior custodiado por Gemma, de pie a mi derecha, y por el

padre a mi izquierda. Una ligera incertidumbre sobrevolaba la sala, pero me acomodé, puse la regla encima del folio en blanco y empecé a trazar tres líneas iguales definiendo un triángulo equilátero cualquiera, dejando que sus lados se prolongaran un poco más, con la emoción de un caso nuevo por resolver. Tomé el compás rápidamente, (y advertí con agrado que tenía una mina perfectamente afilada en bisel, como mandan los cánones del buen geómetra), pinché en uno de los vértices del triángulo, abrí el compás hasta el vértice opuesto para tomar con total exactitud la dimensión de uno de sus lados, y trasladé esta medida para prolongar los lados del triángulo por el vértice opuesto al lado que acababa de medir.

Gemma me miró sonriente.

—Bravo, Juan, así es, continúa de la misma forma dos veces más y verás como lo tienes.

Así lo hice, y en un momento había conseguido dibujar los seis puntos de la circunferencia. Ahora debía hallar su centro. Para ello uní dos a dos los nuevos puntos que había obtenido con el compás, y así formé tres segmentos. Tomé de nuevo el compás, y tracé las mediatrices de estos segmentos. Pinchando en un extremo hice un arco amplio que cruzaba por encima y por debajo de la recta, y, con igual amplitud, desde el otro extremo del segmento realicé la misma operación. De esta manera los arcos se cortaron en dos puntos, uno por arriba y otro por debajo del segmento, que me facilitó la recta mediatriz que uní con la regla. Esto tenía que repetirlo dos veces más, y tras hacerlo, las tres mediatrices coincidieron con total precisión en un mismo punto.

—¡Perfecto! —dijo el padre prior.

—¡Bien! —gritó Gemma, satisfecha también por aquel proceso geométrico sobre el papel.

—Esperad, porque ahora viene la prueba definitiva —dije yo—, tengo que hacer la circunferencia para comprobar si pasa por los seis puntos, y pinché con la aguja del compás en el punto exacto del corte de aquellas tres mediatrices, y situé el canto de aquella mina tan bien afilada sobre uno de los seis vértices prolongados, y lentamente empecé a hacer girar el compás...

—¡Impresionante, es cierto! Pasa exactamente por los seis puntos prolongados, pero qué fácil, cómo no se me había ocurrido —dije yo, lleno de satisfacción.

—¡Bravo, Juan, funciona! —exclamó el padre prior.

—No, bravo quien haya deducido esto, pues no puede haber sido Euclides.

—Es cierto. Este pergamino ha pasado por muchas manos en el tiempo —dijo Gemma—, no sé si os fijasteis, pero había tipos de letra diferentes en el texto y en los márgenes del pergamino, y eso quiere decir que se ha estado trabajando sobre él en periodos muy distintos.

—Bueno, y entonces, ¿ahora qué?, ¿ya está? —pregunté—. ¿Esto es todo lo que hay de El Triángulo de la Vida?

—No —respondió Gemma—, tenemos que encontrar el manuscrito original, es un documento de varias hojas, como un librito, y en él encontraremos más información sobre lo que representa esta construcción, y especialmente sobre cómo se puede conseguir la activación de estos lugares. Estos

pergaminos más bien parecen apuntes tomados durante el estudio del manuscrito que nos interesa.

—Vaya..., sí que sería interesante tenerlo, porque esto que acabamos de ver no forma parte del manuscrito, ¿no, Gemma? —La miré y se me escapó una sonrisa que no sé si me delató.

—Creo que, más bien, esos pergaminos parecen ser un intento de interpretar el contenido del manuscrito de El Triángulo de la Vida para configurar un mapa. Sí, diría que tenemos el principio de un mapa.

—Estoy contigo, Gemma, y seguro que el manuscrito no se encuentra muy lejos de aquí.

—Eso es, tiene que estar cerca. —Ahora me miró ella interrogándome con la mirada, sin que el padre prior se diera cuenta.

—Les aseguro —dijo el padre prior muy seriamente—, que lo hemos estado buscando muy concienzudamente por todo el monasterio durante mucho tiempo, y creo que debió desaparecer con los saqueos, en tiempos de la desamortización de Mendizábal.

De repente me sentí acorralado y aproveché para escapar.

—Tienen razón. Gemma, padre prior, si me disculpan, tengo a mi hijo que me está esperando para que le enseñe estos lugares. Estaremos en contacto, ¿no? —dije para salir de aquella situación, pues tenía miedo de hablar demasiado.

—Sí, Juan, nosotros nos quedaremos unos días más para terminar de comprobar algunas cosas más en la biblioteca y hablar con el padre prior. Estamos en contacto.

Salí de la estancia, ya tan familiar para mí, con el corazón a mil por hora, y con unas ganas enormes de contárselo todo a mi hijo. Fui a su habitación pero no estaba, así que pasé por la recepción de la hostería y pregunté a mi amiga Noelia, quien me dijo que había salido a dar una vuelta. Ante la angustia de andar buscándolo por los alrededores, me vino a la cabeza que ahora tenía conmigo mi teléfono móvil, de modo que rebusqué en mis bolsillos y lo llamé.

—Buen día, Pablo, ¿por dónde andas?

—Estoy por el pueblo de San Millán, buscando una tienda para comprarme algo y prepararme un bocata.

—Vale, te espero en la plaza de la entrada al monasterio.

—Ok, voy enseguida.

La espera me pareció eterna, tenía que compartir lo que acababa de ver y escuchar.

—Buenas, papá. ¿Qué tal? ¿Cómo ha ido? —dijo Pablo, con un sabroso bocadillo entre las manos— ¿Te apetece un poco?

—No, gracias hijo, estoy con el estomago encogido de tanta emoción.

—Vale, pues cuéntame mientras me lo voy comiendo aquí mismo.

—Mira, me he enterado de cómo funcionan el triángulo y el círculo.

—Ah, pues si solo me dices eso, creo que lo estudié en la ESO —contestó socarronamente Pablo, con la boca llena.

—Perdona, hijo, tienes razón, se trata de que tres puntos singulares definen un triángulo cualquiera, y este a su vez crea un círculo que señala un área o extensión de terreno con un gran poder.

—Vaya, ya estás flipando con tus cosas.

—¡Que no! ¡Que eso no lo he dicho yo! Eso nos lo ha contado la experta italiana, que sabe de estas cosas. Además, en los infiernos de la biblioteca me encontré por casualidad el manuscrito de El Triángulo de la Vida, todo tiene relación, el problema está en que es un tratado completo escrito en griego y no entiendo ni una palabra.

—¿Dónde dices?, ¿en los infiernos?

—Sí, bueno, un cuarto secreto, lo llaman el infiernillo.

—Y entonces, ¿qué más va a pasar?

—Pues nada más... Pero espera, ahora que lo dices, con Kristof, el bibliotecario, (nos hemos hecho muy amigos, ya te lo presentaré), llegamos a la conclusión de que tenía que haber cinco pergaminos y no solo los dos que nos ha enseñado el padre prior. Debe de tratarse de un mapa de algún lugar cerca de aquí.

—Pues, ¿por qué no buscas esos tres pergaminos?

—Estás loco, no sé cómo se llega a esa habitación —dije yo.

—Ja, ja, ja.

—Pero ¿qué pasa, qué he dicho ahora?

—Dame tu móvil.

—Toma, todo tuyo.

—¿Ves esta aplicación que tiene el móvil? Es un grabador de rutas, te dice el recorrido, el tiempo, el desnivel, todo.

—Ya, ¿y qué tiene que ver con todo esto?

—Pues que te dejé enchufada la aplicación y ahora la tienes aquí, puedes ver todo el recorrido que has hecho desde ayer. Este punto fijo al que has regresado marca la ruta.

—¡Claro! Desde el despacho del prior hasta este punto en que para, el lugar donde se encuentran los secretos del monasterio, y aquí regresamos al despacho del prior —dije yo gratamente sorprendido.

—Luego se ve cómo has llegado hasta aquí en la plaza —dijo Pablo.

—Entonces acabamos de descubrir otro gran secreto.

—Dos por uno. ¿Pues a qué esperas para ir a ver lo que falta, papi?

—¡Estás loco!, ¿cómo voy a ir?, ¿y si me pillan?

—Pues llevar más de dos meses aquí metido y volver a casa con un triángulo, un círculo y un mapa que te he resuelto yo nada más llegar, no sé cómo lo ves.

—Eres un cabrito, hijo. Visto así... Bueno, vamos a dar un paseo. Ya habrá tiempo de pensar más tranquilamente. Subiremos al monasterio de Suso, donde se dice que vivió san Millán. Ya verás, el paseo es muy chulo, hay que subir por un pequeño bosque entre pinos, robles y hayas.

—Perfecto, eso es lo que me apetece, subir montes, y después podemos ir a comer, ¿no?, el bocadillo me ha sabido a poco.

—¡Claro, hijo, faltaría más! Estás con unas hambres que no tienen fin.

—Necesito tres mil quinientas calorías al día para estar bien alimentado y poder transformarlo con el entrenamiento.

—Ya veo, pues tranquilo, que comeremos bien.

Estuvimos paseando por la zona y recorriendo las rutas de los paseos de San Millán, así que fuimos desde el monasterio de Suso hasta el pueblo de Berceo por la ribera, y paramos en el bar restaurante que se encuentra junto al río.

Mientras comíamos un apetitoso menú, mi hijo me soltó una pregunta a bocajarro que me obligó a pensar.

—Papá, ¿cuál ha sido el trabajo más importante que has tenido?

—¿Cómo? ¿A qué te refieres? ¿A dinero, a satisfacción o a relevancia?

—No sé, tú sabrás.

—Creo que lo más importante debe ser el presente; del pasado, ¿quién se acuerda? El ahora es lo mejor que me está sucediendo. Estás tú, estamos comiendo tranquilamente disfrutando de este hermoso día y estamos conversando. Esto es inmejorable.

—Ya, pero ¿no sabes decirme algo más concreto?

—Me haces pensar mucho, pero creo que lo que estoy investigando ahora podría ser lo más

importante que jamás se ha cruzado en mi camino.

—Entonces, ¿por qué no te atreves a buscar lo que falta?

—¡Qué cabrito!, sabes cómo picarme, buena encerrona, Pablo.

—No tienes nada que perder.

—No te creas, podría perder la beca que me mantiene aquí y podría pasar a ser persona non grata, con la consiguiente tachadura para el resto de mi vida. No sé si podría soportarlo.

—Siempre te quedas a medias, nunca terminas las cosas como prometes.

—Vaya, ese reproche sí que me ha llegado. Pensé que no me lo tenías en cuenta.

—No, si a mí me da igual, pero no digas que vas a hacer cosas que luego no terminas.

—Dime, Pablo, ¿el qué no termino?

—Dijiste que venías aquí para hacer algo importante, o cuando nos dijisteis que iríamos a Disney World de los Estados Unidos y solo fuimos a París.

—Vaya, pero eso fue hace mucho y a todos nos gusta hacernos ilusiones pensando que podremos conseguir todo aquello que decimos. Eres joven, ya te tocará tener desengaños en la vida.

Tomamos otro café, terminamos la sobremesa y regresamos al monasterio. La tarde era soleada con una temperatura muy buena para pasear.

Pablo y yo no habíamos tenido ocasión de hablar mucho, así que la vuelta se la pasó contándome cuáles eran sus objetivos para el nuevo curso. Me habló sobre todo de sus expectativas deportivas, estaba dispuesto a sacrificarse por conseguir el sueño de mejorar sus marcas en el levantamiento de pesas, en la cargada y en la arrancada (así lo dijo él), deseaba mejorar su técnica en esos movimientos, y me dio un sinfín de detalles sobre la halterofilia, su nuevo deporte. El paseo resultaba muy agradable, no solo por la charla sincera, que también, sino, sobre todo, por tener cerca a quien desea estar a tu lado, lo cual resulta muy grato, especialmente si se trata de un hijo. ¿Qué más podía pedir?

CAPÍTULO 9

EL DESEO

18 de septiembre del 2007

Llegamos a la recepción de la hostería. Una muchacha rubia con un vestido corto de tirantes color naranja sobre su piel morena, llamaba la atención en aquel pequeño espacio.

—¡Hola! ¡Qué alegría veros a los dos de nuevo! —dijo ella.

—Sí, no te había reconocido. ¡Noelia, estás preciosa! La verdad es que yo ya me retiraba a mi cuarto, necesito echar una siesta —dije.

—Gracias, Juan, me parece perfecto. Tú, Pablo, ¿qué haces? —le preguntó ella con una dulce sonrisa, observándolo de arriba abajo.

—Pues no sé muy bien dónde ir —dijo mirándola con cara de interrogación.

—Vente conmigo, voy a dar un paseo, es mi día libre.

—¿De verdad? Es que voy con ropa de deporte, ¿no haré el ridículo?

—Estás estupendo, Pablo, no necesitas nada más —aseguró Noelia.

—¡Vale, pues genial! —dijo sonriendo.

—Bien, pues cuídame, Noelia. Nos vemos luego, Pablo, a las ocho y media aquí mismo.

Me sentía muy feliz por la compañía de mi hijo, pero me agradaba todavía más la idea de que Pablo tuviera nuevas amistades con quien disfrutar.

Todo lo que pasó a continuación me lo contó Pablo tiempo después de que toda esta aventura terminara, y gracias a ello pude atar todos los cabos.

—¿Adónde vamos, Noelia? —preguntó Pablo mientras caminaban hacia el oeste del valle.

—A un lugar cerca de aquí.

—Veo que te gusta la naturaleza —le dijo Pablo.

—¡Claro! ¿A quién no?

—Mis amigos prefieren las fiestas y emborracharse a estar por aquí.

—Lo entiendo, cuando estaba estudiando a mis amigas les pasaba lo mismo, nunca querían perderse las fiestas de sus pueblos.

—Pues a mí me está gustando mucho este valle —murmuró Pablo.

Caminaban juntos dejando atrás los muros del monasterio, paseando lentamente siguiendo el riachuelo aguas arriba hasta perderse por la arboleda.

—Ya casi estamos —dijo Noelia con el aliento agitado después de subir la que parecía la última loma hasta situarse debajo aquel inmenso roble.

—Vaya sitio, Noelia, ¡qué chulo! Está un poco escondido, ¿no?

—Sí, este es mi sitio preferido, siempre vengo sola, ahora eres tú el único que conoce este lugar aparte de mí, así que será nuestro secreto.

—Claro, te lo guardaré, es un sitio ideal para ver el atardecer.

—Siéntate aquí sobre estas hojas secas del suelo, no hagas nada, solo cierra los ojos, respira profundamente y siente los últimos rayos del sol. —le dijo Noelia, colocándolo en el mejor sitio de aquel rincón.

—¡No sé hacer yoga!

—No te preocupes, solo ponte cómodo y relájate, fíjate en cómo lo hago yo.

—Vale, te miraré, seguro que no me voy a cansar —dijo Pablo sonriendo, haciendo que Noelia abriera un ojo y le lanzara una sonrisa, dejándole ver que le había oído.

Cuando el sol cayó tras las montañas, Noelia salió de su letargo susurrándole al oído que ya podía abrir los ojos, y comprobó que Pablo había conseguido relajarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó despertando de un sueño, con una grata sonrisa de bienestar.

—¿Qué te ha parecido? Veo que lo has logrado.

—Creo que sí, he conseguido desconectar y sentir los rayos del sol de este atardecer.

—Es un saludo al sol, un agradecimiento antes de que se termine el día.

—¡Vaya! Esto está muy bien, no se me habría ocurrido pensarlo así. —Pablo no dejaba de sorprenderse de las costumbres de su nueva amiga.

—Pero, realmente, ¿qué has sentido? —le preguntó ella.

—No sé, he escuchado muchas cosas: el murmullo del bosque, el sonido del riachuelo... Hasta he oído tu respiración.

—Bien, has escuchado muchas cosas, pero se trata de aprender a sentir —le decía Noelia con el convencimiento de la maestra que pretende enseñar lo más profundo.

—Pues te aseguro que me he sentido en un trocito del Edén.

—¡Qué me dices!, me vas a poner colorada.

—Ja, ja, ja, es que este lugar es una pasada, se está genial, es como si el mundo se parará, ¿no crees?

—¿De verdad quieres que se pare?

—Pues la verdad es que sí, no me importaría, seríamos Adán y Eva —se rio Pablo.

Noelia era mayor que él y le imponía un poco.

—Pero no tenemos la manzana con la que pecar —continuó el juego Noelia, quería saber hasta dónde podía llegar Pablo.

—Pues te propongo un juego —dijo Pablo—. Mira, extendemos las palmas de las manos, la mía en la tuya y la tuya en la mía, casi tocándonos las palmas, la mano que está abajo tiene que tocar a la que está arriba, quien toque el primero tendrá derecho a hacer una pregunta al otro.

—¡Me gusta! Pero te advierto que tengo muy buenos reflejos, ¿eh? —le dijo Noelia, colocándose frente a él.

—¡Vaya brazos que tienes, Pablo! Estás muy musculado.

—Gracias, es lo que tiene machacarse en el gimnasio.

—¿Te estás poniendo colorado?

—Cuando quieras empezamos —le dijo él, sin dar importancia al piropo para mantener la atención.

Dejó de hablar y le sacó la lengua con expresión burlona, haciéndola reír, y con ello consiguió darle un manotazo.

—¡Te he tocado!

—No, no, eso es trampa, ¡eso no vale! —le regañó Noelia.

—Bueno, de acuerdo.

Estaban los dos totalmente concentrados el uno frente al otro, expectantes ante cualquier movimiento de sus manos, y lo mismo pasaba con sus miradas.

—¡Qué ojos, Noelia! ¿Son las nubes, o son azules de verdad?

—Muy bueno, ahí te he visto, Pablo.

—¡Mira qué pájaro se acerca! —Noelia desvió la mirada al cielo y con ello consiguió que Pablo también lo hiciera, momento que aprovechó para darle una sonora palmada sobre su mano.

—Ja, ja, ja, te he ganado, ¡me toca hacerte una pregunta!

—¡Vaya, sí que eres buena!

—¿Has estado enamorado alguna vez?

—Vaya pregunta..., pues sí, aunque no me he sentido muy correspondido. Quizás por eso estoy aquí, entre otras cosas.

Noelia no se lo pensó dos veces y se deshizo de las manos, con una amable sonrisa, y se recostó sobre las piernas de Pablo, dando el juego por terminado.

—¿Estas cómoda? —le preguntó.

La contemplaba cruzada ante él, con su esbelta figura; sus largas piernas bronceadas se dejaban ver al estar flexionadas, pues la falda del vestido quedaba recogida hasta sus muslos.

—No te lo creerás, pero nunca me he sentido tan a gusto como hoy —dijo ella alargando la mano hacia la cara de Pablo, y se la acarició suavemente.

—Yo todavía no puedo creer que este aquí contigo a solas —le dijo Pablo sincerándose, y se atrevió a poner la mano en su vientre sobre la tela del vestido.

Aprovechando el momento de confianza, Noelia le dijo:

—¿Sabes?, tu padre es un tipo interesante, y le gusta hacerse el misterioso con eso de sus investigaciones, ¿ni que estuviera buscando un tesoro!

—Bueno, siempre tiene pájaros en la cabeza, pero esta vez asegura que es algo serio, algo de un triángulo y de un mapa, y un lugar al que se llega por no sé qué pasadizos secretos.

—¿Qué me dices, Pablo? Llevo aquí más de un año y no tenía ni idea de que existieran pasadizos secretos, ¿estás seguro?

—Sí, debió de enseñárselos Kristof, el bibliotecario, están en el infiernillo.

—¿El infiernillo, dónde está eso?, le tengo que preguntar, de vez en cuando tengo que hacer de guía turística por el monasterio cuando falta alguien y nunca me han contado nada de eso.

—Debe de estar en la biblioteca, por lo visto el manuscrito que andaba buscando, el de El Triángulo de la Vida, estaba allí.

—Vaya, pues sí que me tienes intrigada, ¿de qué va todo eso?

—Pues ese manuscrito debe de servir para descubrir lugares sagrados que están marcados en unos cuantos planos, pero estos los tiene el prior en otro lugar secreto diferente y no le ha dejado terminar de ver todos los planos.

—Pablo, contad conmigo si puedo ayudaros en algo, me parece que todo esto es superemocionante.

—No sé, a mí me parece todo una flipada que no puede ser cierta, después de tantos años, pero bueno, no sé, yo le sigo el rollo, yo solo quiero hacer paseos por el monte.

—La verdad es que nunca me ha contado qué es lo que anda investigando.

—Pues igual he metido la pata.

—No, tranquilo, no saldrá de aquí, y además, me alegro por tu padre, es muy divertido, siempre que me lo encuentro me habla de algún número sagrado y me hace sonreír.

—Pues a mí de eso no me ha hablado nunca, bueno será que no le hago mucho caso.

—Pues debieras prestarle más atención, puede ser más importante de lo que crees, ese descubrimiento.

—Bien, lo haré, igual terminamos saliendo todos en los periódicos —dijo Pablo con cara de extrañeza, sentía que había hablado de más.

—Quién sabe. —Noelia no quiso dar la impresión de querer sonsacarle más cosas y cambió de tema—. ¿Has salido con alguna chica?

—Sí, sí —dijo recuperando el gesto relajado—, pero nada formal —comentó delatando su inexperiencia.

—No hay formas, solo se está bien o no se está, ¿no crees?

—Estás bellísima, Noelia —le dijo, poniéndose colorado como un tomate—. Nunca había conocido a una chica como tú.

—¿Y qué tengo yo? —preguntó ella mientras seguía acariciándole la cara.

—Te veo muy segura de lo que haces, y me gusta mucho tu mundo.

—Tú también me caes bien, eres muy paciente conmigo.

—Esto parece un sueño, no puede ser real. —le dijo Pablo en un susurro.

Noelia no necesitó más detalles ni quería ponerlo en más apuros, ella también estaba disfrutando de aquel momento, así que no se lo pensó dos veces y, aferrándose a sus mejillas, lo atrajo hasta sus labios. Los dos se quedaron unidos por sus deseos de explorar todos los rincones de sus bocas. Los suaves rayos del sol se perdían tras las montañas del San Lorenzo como telón de fondo de un primer acto que ninguno de los dos quería dar por finalizado.

Ahora sí que estaban totalmente conectados, sus cuerpos, sus labios, su saliva, sus lenguas, su piel, protegidos en aquel pequeño paraíso, donde se cumplió con todo lo que dos cuerpos amándose son capaces de hacer, sintiendo y experimentando la inmensidad del universo en un instante, en cada caricia, en cada beso.

El sonido de las ocho campanadas los sacó de aquel escondido y mágico rincón del bosque que empezaba a llenarse de oscuridad, y recogiendo las ropas extendidas por el suelo, salieron corriendo de vuelta hacia el monasterio.

CAPÍTULO 10

LA NOCHE

18 de septiembre del 2007

Sonaban las campanadas de las medias y allí no aparecía nadie, supuse que se habría entretenido con Noelia por algún lugar. “Qué mejor compañía”, pensé.

Por fin, aparecieron corriendo hacia el hall del monasterio, soltándose de la mano cuando notaron que los empezaba a ver.

—Muy buenas, chicos, ¿qué tal, lo habéis pasado bien? —Se me escapó una sonrisa quizás excesiva.

—Sí, genial —contestaron al unísono con una mirada cómplice.

—Entonces, Noelia, ¿te vienes a cenar con nosotros?

—No, gracias, ya me gustaría, pero hoy me había comprometido para cenar con mis padres y unos familiares, así que otro rato será.

Se quedaron dubitativos ante cómo despedirse, al final se tomaron de la mano dándose un beso en la mejilla.

—Espera, que subo a la habitación a cambiarme, tendré fresco con esta pantaloneta y esta

camiseta de manga corta, será un momento —dijo Pablo.

—La verdad es que sí, es lo bueno que tiene este lugar en verano.

Cuando sonaban los cuartos marchábamos por el paseo hacia el restaurante, era una distancia de unos quince minutos cerca del pueblo de Berceo, junto al camping, que, lejos de ser pesado, era muy relajante e incitaba a la charla y a la contemplación del frondoso valle de la Sierra de la Demanda.

—Bueno, parece que habéis congeniado ¿no?

—Sí, Noelia es fantástica, me ha sorprendido mucho. Pero no quieras saberlo todo, papá.

—Tranquilo, hombre, me alegra mucho que estés disfrutando de todo esto.

—Y a mí, me alegra mucho haberme decidido a venir.

—¿Sabes, hijo?, aunque esto no está en la ruta del Camino de Santiago, muchos peregrinos se desviaban del Camino para venir hasta aquí.

—No me extraña, es muy bonito este valle.

—Cuentan que aquí ocurrieron muchos milagros, quizás por eso atrajo tanto a los peregrinos.

—Sí, sí, me lo creo —Pablo se quedó recordando todo lo ocurrido poco antes, como si de otro milagro se tratara.

En cuanto nos dispusimos a cenar, la tensión era evidente. En el aire flotaba una pregunta que solo yo debía responder, no hacía falta expresarla, estaba servida en el centro de la mesa.

—Pablo, ten preparada tu mochila. Mañana saldremos de excursión.

—¿Y eso?

—Esta noche iré a buscar los otros tres pergaminos, estoy decidido, y si encuentro lo que imagino, nos iremos en busca de El Triángulo de la Vida. ¿Te apuntas?

—¡Vale, qué guay! Esto me gusta.

—Así que estás encantado, pese a que se pueda liar una gorda, ¿no?

—¡No! Solo tengo ganas de andar por el monte, y si de paso descubrimos algún secreto, pues guay.

—Bueno, eso no se sabe a ciencia cierta, pero lo quiero intentar.

—Cuenta conmigo, papá, yo te ayudo.

—Pues no se hable más, explícame cómo funciona esa aplicación del teléfono móvil que me

instalaste para que me guíe hasta la sala de los secretos.

Conocía el ritmo de vida del día y de la noche del monasterio, más o menos se regía como la orden benedictina dedicando ocho horas al trabajo manual, ocho a la oración y ocho al descanso. Empezaba a las cuatro de la madrugada con la levantada, luego las vigiliias y así acto tras acto hasta las ocho de la tarde con el gran silencio. Por tanto, debía aprovechar ese intervalo de las ocho horas de descanso para ir en busca de los tres pergaminos, hasta ahí lo tenía claro. Volvimos al monasterio ya entrada la noche con el sonido de las diez campanadas, nos dirigimos cada uno a nuestro cuarto, yo necesitaba relajarme y estar muy seguro de lo que iba hacer.

Llegué frente a mi puerta y deslicé la manilla como tantas veces, las celdas de los monasterios no tienen cerrojos. Apenas había puesto los pies dentro de la habitación, cuando alguien me agarró desde atrás, rodeándome con los brazos. Cuando quise zafarme en una rápida maniobra, sus brazos me abrazaron aún más fuerte, para no dejarme escapar, y entonces la presión de su cuerpo contra mi espalda delató su sexo, como también lo hizo su perfume, que inundó toda mi casta celda. Entonces me relajé.

—¡Gemma! ¿Qué haces aquí?

—Noelia me dijo dónde encontrarte.

—Vaya, qué extraño que te haya dejado venir.

—No, ella no sabe que estoy aquí.

—¡Ah, ya me extrañaba!

Mientras ella me hablaba sus brazos seguían rodeándome el torso y sus manos me lo acariciaban. Por un instinto de equilibrio, llevé las mías hacia atrás hasta sujetarme en sus nalgas. Me quedé inmóvil, cada vez más excitado. Sus brazos se desplazaban por mi cuerpo, sus manos me acariciaban por encima de la ropa, yo me sentía una presa fácil dejándome hacer.

—Ha sido divertido lo de esta mañana, ¿no crees? —me preguntó.

—Más que divertido, yo diría que ha sido una situación muy sensual.

Entonces Gemma deslizó el brazo por debajo de mi camiseta, su cálida mano ahora sí exploraba toda mi piel, el vello se me erizaba y mi cuerpo empezaba a arder; yo también me animé a acariciarla. Las yemas de sus dedos rozaban lugares que desconocía que fueran tan sensibles. Aquellas manos cabalgaban al trote deslizándose por mi abdomen e hicieron una breve parada, en el hoyuelo de mi ombligo, como si se detuvieran para dar de beber a los caballos. Pronto se reanudó la marcha de sus yemas, la ruta parecía tener un destino cierto, y cuando llegaron a mis ingles, mi miembro estaba totalmente erecto, no le costó agarrarlo y acariciarlo suavemente en espera de comprobar mi reacción. No pude soportar aquel placentero suplicio y, a punto de explotar, di un paso al frente, volviéndome bruscamente hacia Gemma y cogiéndome el miembro con ambas manos.

Estábamos a oscuras en la habitación. Tan solo la luz de la luna llena, que entraba por la ventana,

era suficiente para hacer brillar su pelo negro y su piel morena.

—¿No te está gustando?

—Claro, estoy a punto de estallar, ¿no lo ves?

—Pues déjame que siga.

—¡Gemma, no puedo!, entiéndelo, eres una aparición, un sueño que no podré olvidar, nunca me han ocurrido estas cosas. Pero comprende que estoy en un lugar sagrado y no me encuentro cómodo.

—Perdona, lo entiendo —dijo tras retirar sus manos y apartarse un poco de mí.

—Me atraes mucho, pero no puede ser. —Me senté al borde de la cama, crucé las piernas para disimular aquella tremenda erección e intenté recomponerme.

Gemma entonces se sentó frente a mí sobre la silla.

—Está bien, Juan, lo haremos como tú digas, te ayudaré en tu propósito, pero antes tienes que contarme lo que sabes, solo así podré ayudarte.

Dudé unos instantes, repasando en mi cabeza lo ocurrido desde el primer instante en que la conocí. Todo me parecía una enorme trampa en la que yo, ingenuo como un conejillo de indias, estaba dispuesto a caer.

—No sé más que tú, Gemma, tan solo sé lo que nos han mostrado en esos dos pergaminos y que tengo la certeza de que el manuscrito de El Triángulo de la Vida ronda por este monasterio.

—¡Claro! Estoy segura de que está en este cuarto.

—¿Cómo?

—He visto tu sonrisa esta mañana cuando mirábamos los pergaminos.

—Entonces, ¿me has registrado el cuarto?

—¿Te das cuenta de que te acabas de delatar?

—¡Qué astuta eres! Muy ingeniosa, soy un pardillo, pero debes saber que el gran secreto no es el documento del triángulo, sino descubrir la ruta sagrada que debe existir en la naturaleza y por estos lares. Solo si la descubrimos podremos comprobar si es cierto lo que dice el manuscrito.

—Tienes razón.

—Gracias, seguro que tú me podrás ser de mucha ayuda. Me da la sensación de que el padre prior sabe más de los que nos pensamos.

—Tú me dirás en qué te puedo ayudar, yo no contaré nada al prior, te lo prometo.

Justo en ese momento sonaron las doce campanadas en la clara noche de luna llena, que nos señalaba como a los elegidos para descubrir el dichoso secreto. No me quedaba otra opción que confiar en ella, y extraje de la funda de mi almohada El Triángulo de la Vida. No se me había ocurrido otro sitio mejor para ocultarlo, todos los lugares de aquel habitáculo los encontraba poco seguros.

—Mira, este es el manuscrito, está en griego, seguro que puedes ayudarme a interpretar los lugares si se hace necesario, tú sabes leer el idioma y entenderás mucho más de lo que yo he podido ver, pero no reveles su existencia todavía.

—¡Oh, qué maravilla!, no te preocupes, te guardaré el secreto hasta que tú me digas, pero ten presente que no tenemos muchos días.

Noté como le brillaron los ojos al ver el manuscrito y me sorprendió que no me preguntara de dónde lo había sacado.

—Toma, Gemma, todo tuyo.

—Tranquilo, Juan, está en buenas manos.

Gemma aprovechó para darme un nuevo abrazo. Ahora, frente a frente, nos fundimos como si fuéramos un solo elemento. La luna fue el único testigo de aquel bello y apasionado instante.

En el momento en que ella cerró la puerta, me tumbé en la cama, necesitaba recapacitar sobre todo lo que acababa de pasar. No me podía creer que en un lugar así pudieran ocurrirme esas cosas. Gemma se me estaba metiendo en la cabeza con demasiada intensidad en tan poco espacio de tiempo, y eso no era bueno, yo tenía otro objetivo, pero todo había fluido de una manera tan natural, tan espontánea, que todavía me extrañaba haber podido parar la situación de hacía un instante. A mi cabeza le costó un buen rato apaciguarse para volver a centrarse en todo lo que tenía que hacer esa noche. Si el día había sido un torbellino de sorpresas, la noche estaba siendo un cúmulo de emociones, y aún no habían terminado.

Sonaba la una con la campanada de rigor y no había pegado ojo en todo el tiempo que había estado recostado en mi cama, seguía anclado en la luz de la luna preguntándome si lo ocurrido instantes antes en ese rincón del mundo había sido lo correcto. Pero aquella era la hora, era el momento de actuar, o me lanzaba a por ello o me olvidaba para siempre de conseguir algo importante en mi vida.

Mis pies desnudos y temblorosos tocaron el suelo de cerámica, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo como un chispazo. Pensé que esa debía de ser la señal para entrar en acción. Si estaba dudoso y convulso por lo que estaba dispuesto a realizar, a eso se sumaba ahora la confusión que sentía tras la visita de Gemma. La contradicción entre el deseo y la razón me pasaba factura. Me quedé un instante sentado en el borde de la cama pensativo, pero un impulso inesperado me hizo levantarme y mi mente se centró en lo que tenía que hacer, así que activé la aplicación del teléfono móvil, salí de mi celda y, con el volumen silenciado, me dejé guiar por el móvil por los pasillos vacíos del monasterio.

Arrastraba el miedo a cada paso, que me hacía dudar cada vez que abría las manillas de las

estancias. Resultó curioso el recorrido esta vez con los ojos abiertos, pues pasaba una y otra vez por habitaciones de cuatro puertas sin luces ni ventanas que las alumbraran, y antes de que me diera cuenta ya me encontraba en aquel cuarto que podría describir como si hubiera estado toda la vida. Era la tercera vez que pisaba el lugar más secreto del monasterio, así que, ayudado por la linterna del móvil, rápidamente encontré la balda de la que el padre prior había sacado los pergaminos, y me puse a buscar los que se encontraban junto a los que ya nos había mostrado. Tras un titubeo entre varios rollos de papel, las transparencias de los poliedros me aseguraron que los tenía entre mis manos: por fin los tres pergaminos. Procedí a desenrollarlos cuidadosamente; me preocupaba que pudiera oírse el latido de mi corazón en el vacío de la sala; mi cabeza solo era capaz de escuchar el ritmo de las ciento ochenta pulsaciones por minuto llenas de emoción.

—¡Impresionante! —dije en voz baja—. ¡Mira como sí que había más! Una cruz y al final un círculo...

En el centro de la cruz se veía un animal. Me acordé de Gemma. «Si estuviera aquí, seguro que sabría leer lo que significa y todo sería más fácil», pensé. Y continué con el segundo pergamino. ¡Genial! Ahora se veían en la cruz dos anotaciones, en la vertical podía leerse «Río Oja»; en la horizontal, «Camino de Santiago». En el extremo de aquella cruz se dibujaba un triángulo, con el círculo que vimos los días anteriores. Mis manos nerviosas apenas me dejaban manipular los pergaminos para desenrollar el último.

No me lo podía creer, allí estaban los elementos, cuatro poliedros, un icosaedro, un octaedro, un dodecaedro, cada uno de ellos en un vértice del triángulo y, finalmente dentro del círculo, desde el centro el tetraedro, del que salía una flecha de radio doce que definía la circunferencia de los elegidos.

Conseguí no sé cómo sacar una foto con mi móvil a cada uno de los tres pergaminos. Ya tendría tiempo más adelante de pensar detenidamente sobre su significado, únicamente temía que las fotos salieran borrosas por falta de pulso.

Una vez hube devuelto los rollos a su estantería, solo deseaba estar de nuevo en mi cama, bajo mis sabanas, como si nada hubiera ocurrido, esperando a que se me disiparan todos los miedos y el sentimiento de culpa.

CAPÍTULO 11

LA HUIDA

19 de septiembre del 2007

Habían transcurrido tan solo dos días desde que llegó Pablo, y había pasado todo el tiempo con él, así que ya no hacía vida monacal, ya no seguía ni su ritmo ni sus horarios. Esto ayudaba a que no se notara mi ausencia, y también me evitaba encontrarme con los hermanos con los que habitualmente compartía los quehaceres del día a día. De lo contrario, mi alterado estado emocional hubiera delatado mis intenciones.

Al entrar al salón donde se servía el desayuno de la hostería, nuestras miradas se buscaron y una sonrisa me delató.

—Buenos días, papá. Has tenido una noche movidita, ¿no? —me dijo en voz baja, mirando a derecha e izquierda por si alguien le escuchaba.

—¡Vaya! ¿Tanto se me nota?

—Nos vamos de excursión, ¿a que sí?

—Sí, hijo, nos vamos nada más terminar el desayuno. ¿Tienes preparada la mochila?

—No me cuesta nada terminarla.

—Pues mete toda la ropa de abrigo que tengas para que puedas dejarme algo, yo no tengo apenas nada para llevar.

—Genial. ¿Y a dónde vamos?

—Nos vamos al pueblo de Ezcaray. Por si alguien piensa que iremos por la carretera, nosotros vamos a ir por el monte, será más seguro y te va a gustar más.

—Me parece perfecto, en cinco minutos estoy preparado, cogeré todo lo que he traído.

—Saldremos por la puerta trasera del muro del monasterio, junto al río, y seguiremos el GR-93, que nos llevará hasta Ezcaray. Vamos en busca del nacimiento del río Oja. Así que aprovecha y desayuna fuerte.

—Me gusta, creo que ya sé por dónde es —comentó con una sonrisa.

—Qué rápido aprendes, me alegra —dije—. Yo ya he terminado el desayuno, me es imposible seguirte en tus comidas, pero tú termina tranquilo, nos vemos en la recepción, voy a comprar algo de comida para llevarnos.

—Vale, me pondré otras tostadas y un poco más de café.

—Buenos días, Juan —me dijo Noelia, que ya estaba en sus quehaceres—. ¿Te vas con tu hijo de excursión?

—Así es, Noelia, nos vamos en cuanto llegue con su mochila.

—¡Vaya! ¿Os vais a perder el solsticio de otoño? Será el próximo día veintitrés. —Lo preguntó por saber si estaríamos fuera más de cuatro días.

—Bueno..., para entonces espero estar de vuelta, no me gustaría perdérmelo por nada, Noelia, es el mejor ejercicio de geometría que guarda este lugar, seguro que revela algún significado con sus dimensiones. —Supuse que si tardábamos más de tres días, no conseguiría verlo.

—Pues creo recordar que alguien me dijo que la elipse tiene un eje mayor de cinco metros y un eje menor de dos, alineados en el pasillo de la nave central justo en el crucero, ¿te dice eso algo?

—Eso es fantástico, Noelia, pues se me ocurre a bote pronto que si los multiplicas, dos por cinco son diez, significa que tenemos que recordar, si restas cinco menos dos, son tres, que representa el misterio de la Santísima Trinidad, de Padre-Hijo-Espíritu Santo, y si los sumas, cinco y dos son siete, la perfección divina.

—¡Guau, qué bueno!, ¿es posible que fuera así? —saltó Noelia.

—Pues no lo sé, pero es mucho el conocimiento que habita en este monasterio, nada es casual y todo es posible.

—Entonces no os entretengo, hoy es buen día para el número 8.

—¡Sí, exacto!, Noelia. Eso me gustaría, que después de esta excursión nada volviera a ser igual, que sea un nuevo renacer.

—Vale, no te preocupes, tomo nota. —Bajó la mirada con cara de tristeza.

En estas apareció Pablo con su mochila y, dirigiéndose a Noelia, le susurró:

—Hablamos, ya te contaré.

—¿Vais en busca del lugar sagrado? —preguntó ella también en voz baja.

—Creo que sí, pero no digas nada a nadie.

—Vale, pasadlo bien, tened cuidado —dijo ella mirando fijamente a Pablo.

Estaba despuntando el día cuando nos pusimos en marcha, y dos sensaciones extrañas se mezclaban en mi estómago y me acompañaban en mis primeros pasos, como si saboreara un terrón de azúcar y sal a la vez. Por un lado, dulce: el día era perfecto, me encontraba en plena naturaleza con mi hijo y nos íbamos a realizar una gran marcha quién sabía si inolvidable. Por otro lado, salado: me producía una gran inquietud pensar que pudieran darse cuenta de mi incursión en el cuarto prohibido y ello provocara nuestra búsqueda inmediata. Pero ese regusto salado se fue diluyendo paso a paso conforme nos alejábamos del imponente monasterio benedictino y empezábamos a saborear el dulce día.

Me concentré en aquella nueva y singular aventura con mis cinco sentidos y alguno más para no fallar. Visualizaba en mi mente el tercer pergamino, donde aparecía una cruz. El monasterio era el pie, el palo vertical hacia el norte llegaba hasta el círculo mágico, en su mitad de este a oeste lo cruzaba perpendicularmente el Camino de Santiago en Santo Domingo de la Calzada. Y eso significaba que teníamos que ir hasta Ezcaray, descender el río Oja, y luego seguir el río hasta Santo Domingo y llegar hasta el encuentro de los ríos Oja y Tirón.

Había pasado el resto de la noche dándole vueltas a aquellos tres pergaminos, los cuales dejaban claro que eran un mapa secreto del triángulo de la vida. Que en los vértices de los triángulos se hallaran las figuras platónicas, era un claro símbolo de su relación con el lugar de la naturaleza que representaba cada uno. Se trataba, por tanto, de buscar primero un lugar de agua, y luego otro relacionado con el viento; el tercer vértice debía ser el universo, que lo abarca todo, y el cuarto debía ser el más fácil de encontrar, pues estaría en el centro de ese triángulo y representaría el fuego. Hasta ahí lo tenía claro, pero ¿dónde estaban exactamente? Nunca había estado por esa zona de la Rioja Alta, más allá de Ezcaray, Santo Domingo de la Calzada y Haro, los pueblos más grandes de la zona, y menos a pie, así que tendría que encomendarme a lo más sagrado para conseguir toda la inspiración posible.

Manteníamos el paso uniforme en las primeras subidas y bajadas, sin querer hacer preguntas ni hablar de nada, todo era evidente: solo disfrutar y andar para alejarnos de los miedos. Distanciarnos de las prohibiciones. Abandonar la preocupación por el bien y el mal. Dedicarnos a nosotros mismos, al camino, a la naturaleza, al hermoso valle que teníamos por delante en

dirección al oeste, hacia donde se dirige el sol.

En las primeras rampas, nada más pasar Lugar del Río, el primer pueblo, que contaba con apenas un puñado de casas, tomé la gran mochila de Pablo, no iba a consentir que cargara por los dos. Los llanos se habían acabado y nos dirigíamos al collado del Rebollar, a mil doscientos veinticinco metros de altitud, desde los ochocientos a los que estaba situado el monasterio.

Las pendientes se empinaban y ponían a prueba mi forma física, ya no era un chaval que está entrenado, como Pablo, que marchaba primero. No quería entorpecer su ritmo y lo mandé tirar sin esperarme, ya lo cogería cuando descansáramos. Quizás los vaqueros no habían sido la mejor elección para andar aquella travesía, tenía que haber hecho como Pablo, vestir con ropa deportiva para ir más ligero.

El esfuerzo se me clavaba como cuchillos, sentía que mis músculos no querían acompañarme en ese viaje, pero ¿cómo retroceder? No cabía otra opción que avanzar, sería mi calvario particular. Pensar que, por delante, Pablo estaba disfrutando de la montaña, era lo único que me hacía seguir, paso a paso, poco a poco, piano, piano, como dicen los italianos. Por cierto, ¿quién sabía si vendrían a por nosotros? Y no precisamente con Gemma para irnos a comer o para darme un abrazo.

La dura subida resultó espectacularmente bella. En la cumbre me esperaba Pablo con una botella de agua, reponiéndose del gran esfuerzo.

—¿Qué tal, Pablo, cómo vas? —resoplé a duras penas.

—Muy bien, cañera la subida, pero chula.

—Me alegro, a mí de poco me mata, pero sí..., es preciosa.

—Habrá que almorzar, ¿no? —dijo Pablo.

—Sí, la siguiente parada será Pazuengos. Procuraremos que no nos vean al pasar, por si viene preguntando alguien, y pasado el pueblo debe haber un río, creo que se llama Espardaña. Allí almorzaremos un poco y nos repondremos.

—¿Nos sigue alguien?

—No, no lo creo. Ahora te contaré.

Aprovechamos que no había tanta subida y pudimos emparejarnos en la marcha, de modo que empecé a contarle lo sucedido.

—Entonces, ¿sabes ya lo que buscamos?

—No del todo, pero sí que se trata de una ruta perpendicular al Camino de Santiago. El eje perpendicular al Camino de Santiago es el elemento del agua, el río Oja lo atraviesa desde Ezcaray, pasa por Santo Domingo, cruce de caminos, y llega hasta un nuevo cruce que puede ser Cihuri, en el encuentro del río Oja con el río Tirón. Luego tendremos que ver cómo continua el

triángulo.

—Bien, me parece una buena marcha.

—Ya, pero eso serán muchas horas andando. Habrá que descansar en Ezcaray.

—Bien, tú sabrás, de esas cosas te ocupas tú.

—Vamos a ver cuánto nos cuesta llegar, pues en todos los marcadores pone 5 horas, pero no sé si lo vamos a cumplir.

—El sentido del GR-93 es al contrario, ¿no?

—Sí, tienes razón, es una Gran Ruta que empieza en Santo Domingo, va a San Millán, Nájera, y así cruza toda La Rioja, desde la Alta hasta la Baja. Nosotros lo estamos recorriendo a la inversa, es por eso que nos está costando un poco más de tiempo. Cuando lleguemos a Santo Domingo nos guiaremos por la intuición.

—Tú verás, pero recuerda que tenemos teléfono con GPS.

—¡Vale, es verdad! Cuando paremos para almorzar planificamos la ruta, de momento nos guiaremos por las señales del GR.

Estábamos disfrutando de nuestro pan con chorizo y de un pedazo de queso que había comprado yo momentos antes de salir, cuando oímos acercarse el ruido de unas motos.

—¿Qué es eso? —preguntó Pablo.

—Parecen motos. Podrían ser simplemente gente de la comarca o podría ser que andan buscándonos.

—Pero no te pillaron, ¿no?

—No, pero quién sabe si han detectado que alguien ha estado en la sala de los secretos. Los sistemas de seguridad de este monasterio son muy extraños. No lo habrás comentado con Noelia, por casualidad...

—No, no, yo no le dije que irías a por los planos al cuarto secreto del prior.

—Entonces algo le has contado, ¿no?

—Algo sí, pero sin importancia, no te preocupes.

—Pablo, entiende que no me puedo fiar de nadie, bueno de casi nadie.

—Pero tú no has cogido nada.

—No, tengo las fotos de los tres pergaminos, y puede decirse que también las he grabado en mi cabeza durante toda la noche.

—Pues las mandamos a un sitio seguro y las borramos del móvil.

—No, no te apures, de momento las guardamos, no vayan a hacernos falta. Si la cosa se pone fea, ya veremos. En fin, recoge rápido que nos vamos, tenemos que darnos prisa —le dije a Pablo.

Todavía quedaba una subida, la del collado de Larrizabala, luego ya sería todo bajada. Lo recogimos todo bien, sin dejar rastro de migas o cualquier pista evidente, bebimos el agua suficiente y salimos a buen ritmo cuesta arriba.

El sonido de las motos se acercaba cada vez más. Llenos de adrenalina, activamos el paso sintiendo el miedo atravesándonos el estómago.

—¡Corre! Vamos a retirarnos del camino, Pablo.

—Bien, ¿hacia dónde?

—Vamos a buscar un sitio para escondernos.

—¡Arriba, allí, a tu izquierda! Se ven unas rocas y unos matorrales muy frondosos.

—Me parece bien... Los tenemos detrás... Date prisa, sube antes de que puedan vernos.

Pasaron de largo y pudimos ver que iban de color verde, por tanto, supusimos que sería la Guardia Civil del Seprona, pues «mis colegas» Benedetto y Nicola, no se podían haber traído vestimenta de camuflaje para el bosque, o sí...

Repuestos del susto, nos pusimos en pie y retomamos la senda, que empezamos a bajar entre hayedos y robledales para recuperar el tiempo perdido. Teníamos que proseguir nuestra marcha. De pronto, oímos unos chasquidos de hojas secas al andar que se acoplaron a nuestros pasos. Se oían detrás de nosotros, así que nos volvimos automáticamente. Atónitos, contemplamos una enorme figura.

CAPÍTULO 12

LA MIRADA

19 de septiembre del 2007

Aquella aparición no la esperábamos. Un enorme ciervo se plantó a nuestras espaldas, y su cornamenta nos cerraba el paso.

No movíamos un músculo. Pablo se parapetó detrás de mí y yo me quedé frente al animal, que mantenía nuestra misma quietud.

Pensé que si lo miraba a los ojos podría ver sus intenciones. Quizás si le mostraba que no tenía miedo, se retiraría. No fue así.

Esos ojos marrones como el suelo del bosque se clavaron en los míos. Su mirada estaba penetrando en la mía. Yo me estaba sumergiendo en su mundo. Como se despeja un día de lluvia, se disolvieron mis nervios y empecé a sentir calor y paz interior. No daba crédito a poder estar los dos frente a frente, quietos y entrando en un embelesamiento, ¿Qué o quién era ese animal? ¿Qué quería decirme? ¿Quién lo había enviado? Vi como una luz rodeaba su cuerpo y me dio más confianza y seguridad. Cuando empecé a acercarme para poder tocar aquella fuente de luz, de repente el enorme ciervo saltó hacia un lado y desapareció por el bosque.

—¿Estás loco? —gritó Pablo, sacándome de mi ligero trance.

—¿Qué pasa, Pablo?

—¿Cómo se te ocurre ir hacia ese bicharraco!

—¿Pero qué dices, Pablo? ¿No has visto su mirada?

—¡Sí, hombre! ¡Estaba yo para hacerle ojitos! ¿No has visto tú la cornamenta que tenía?

—Era un gran animal. Se lo he visto en los ojos. Tenía mucha humanidad.

—Sí, hombre, pero ¿qué estás diciendo? ¡¿Estás flipando?!

—¿Acaso tú no has sentido nada?

—¡Sí, mucho miedo!

—Pues entonces voy a tener que pensar que el miedo lo creamos nosotros, depende de nuestra mirada, de nuestra actitud ante quien tenemos delante. Somos espejos de la mirada. Somos el reflejo del otro y por eso rápidamente nos conectamos unos seres con los otros.

—Vaya, no lo sabía. Me miraré bien cada mañana en el espejo.

—No seas cenutrio, Pablo, hablo de la mirada entre las personas. En verdad nos reflejan nuestra imagen y, a través de microimpresiones, casi sin darnos cuenta, captamos lo que piensan de nosotros.

—Ya, ¿y qué pensaba ese bicharraco de nosotros?

—Pues, sinceramente, me ha transmitido la paz del bosque, de la naturaleza, la armonía de las cosas que aquí habitan. También me ha dado seguridad para nuestro camino y, sobre todo, aunque no te lo creas, me ha hecho sentirme un elegido.

—Vaya, tenemos aquí a san Juan, ¡ja, ja, ja!

—No te pases. Entonces, ¿podrías explicarme por qué lo he sentido yo y tú no?

—Pues porque tú estás siempre en tus mundos y tienes mucha imaginación.

—Vale, que sepas que, aunque la imaginación es una compañera de viaje maravillosa de la que nunca quisiera apartarme, esto que te estoy contando más bien lo he sentido realmente.

—¡Está bien! Lo que tú digas.

—¿Sabes, hijo?, para llegar a conocer el mundo y comprenderlo, primero hemos de aprender a mirar en las cosas más allá de las apariencias, es decir, a mirar en su naturaleza sensible.

—Eso me suena a Platón.

—Vaya, pues me alegra que te suene.

Continuamos por la senda del bosque, ahora yo más relajado y confiado, en la seguridad de que el

universo actuaba a nuestro favor.

Llegamos al pueblo de Turza. Se veían construcciones rehabilitadas todas ellas de la misma manera, con la forma tradicional de piedra y madera de la zona, formando un conjunto muy agradable en ese escondido paraje de la naturaleza. Era un espacio precioso, deshabitado, ya que no eran fechas de estar de vacaciones y se encontraban las casas sin veraneantes.

Nos quedamos a descansar, pues ya estaba atardeciendo, buscamos un buen resguardo y terminamos de reponer fuerzas. Teníamos que planificar los siguientes pasos.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Pablo.

—Nos queda muy poco para llegar a Ezcaray, pero nuestro objetivo está mucho más allá.

—Pues tengo una mala noticia que darte —dijo Pablo.

—¿Qué pasa?

—Se me han hecho ampollas en los dos pies.

—¡Ah! Yo también estoy notando muy sensible la planta del pie.

—Cuando lleguemos a Ezcaray, compraremos gasas, Betadine, esparadrapo, vaya, todo el kit de ampollas para curarnos bien y poder continuar. La verdad es que si nos andan buscando deberíamos avanzar un poco más.

—¡Vale! Por mí no hay problema —dijo Pablo—, nos metemos más caña hoy y así mañana tendremos menos que andar.

—Bueno, eso siempre tiene un peligro: si nos pasamos hoy, mañana podemos pagarlo caro, pues los pies nos pasarán factura.

—Ya, pero me parece que no tenemos muchas alternativas, ¿no?

—Pues creo que no. Deberíamos dormir esta noche en el albergue de peregrinos de Santo Domingo de la Calzada. Allí, entre la gente, podremos pasar más desapercibidos.

—¡Mola! Nunca he estado en uno.

—Yo tampoco, pero he oído muchas cosas. Son lugares repletos de historias de fraternización, de acompañamiento, son como un oasis en la travesía de un desierto.

—Pues sí que me lo pintas bien.

—Bueno, tendremos que hacer dos etapas en un día.

Ya entrada la noche, llegamos casi desfallecidos al albergue de Santo Domingo, en pleno casco

histórico, un edificio inmenso y bien preparado, situado junto a la catedral. Nos dirigimos al hospitalero, que se encontraba por el hall, y tras los saludos de rigor, le pregunté si necesitaba los carnés de identidad, a lo que él me contestó que anotáramos nosotros mismos en la hoja de registro nuestros nombres y números de carné. Al decirme eso, aproveché para inscribirnos con otros nombres y me inventé los números. Le expliqué que habíamos empezado el camino desde Nájera, pero que se nos había olvidado sacar la acreditación como peregrinos, y que la sacaríamos al día siguiente en el pueblo. Nuestra cara de agotamiento era tan evidente que no nos dejó terminar las explicaciones y nos asignó rápidamente las literas 172 y 173 de la primera planta, para que pudiéramos tener tiempo de ducharnos, cenar y llegar a la hora de cierre del albergue.

Era muy tarde y tan solo disponíamos de media hora para salir a reponer fuerzas por los alrededores y contemplar el deambular de los peregrinos, que eran muchísimos. Nos adentramos en una tasca cercana que estaba repleta de gente.

—Fíjate en sus caras, Pablo, son todos peregrinos.

—Sí, unos chinos o japoneses, ingleses, alemanes...

—Bien, pero me refiero a que te fijes en qué tienen en común.

—No te pillo.

—La cara de satisfacción, todos están sonriendo, todos están felices y satisfechos de la jornada que han hecho de sol a sol.

—Sí, es verdad, y eso que casi todos van cojeando y con los pies llenos de tiritas.

—Creo que nuestro próximo viaje debería ser el Camino de Santiago, ¿qué te parece?

—Pues sí, la verdad es que me está gustando esto.

Nos dejamos llevar por todo lo que allí se respiraba y se sentía, que no nos impidió tomarnos una cena rápida, y disfrutar de un ambiente para quienes van en busca de algo que ni ellos mismos saben qué podría ser.

—Mañana aprovecharemos la salida temprana de los peregrinos y nos marcharemos siguiendo el río Oja hasta encontrar alguna señal que nos marque algún punto singular.

—¿Eso qué quiere decir?

—Según veo en este mapa del móvil, tenemos que ir hasta Casalarreina y continuar río abajo hasta el municipio de Cihuri, y por allí tendremos que estar muy atentos, ya que empezará nuestra búsqueda de los elementos.

—Pues ya me explicarás, porque de eso no tengo ni idea.

—No te preocupes, ya te iré diciendo.

Salíamos de la tasca por la oscura calle Mayor hacia arriba, cuando vi a dos tiarrones sin aspecto de peregrinos entrar al albergue.

—Espera, Pablo, ven por aquí. —Nos resguardamos en los soportales de la plazoleta frente al albergue—. Tenían toda la pinta de ser Benedetto y Nicola.

—Nos están buscando, ¿verdad?

—Pues sí, eso parece.

Observábamos desde la esquina de los porches la entrada del albergue y comprobamos que no tardaron ni cinco minutos en salir.

—Vamos a aprovechar cuando entre un grupo de peregrinos y pasamos entre ellos. Así, si el conserje está entretenido con la demás gente no nos preguntará.

—¿Crees que estaremos seguros aquí?

—Sí, no te preocupes, tienen muchos sitios donde preguntar y mirar. Ten en cuenta que esperan encontrar nuestros nombres en el registro o que nuestra descripción le suene a algún recepcionista.

—Pues si es por la descripción, nos pueden descubrir, ¿no?

—Hombre, nuestras pintas, un poco peregrinas sí que son.

—¡Vale! Espero que tengas razón, y poder descansar, que estoy muerto.

—¡Ya verás como sí!, a las nueve se hace el silencio y a las nueve y media se apagan las luces para el descanso; por la mañana, entre las cinco y las seis se moverá todo el mundo; a las ocho no puede quedar nadie en el albergue, tienen que prepararlo para los siguientes peregrinos.

—Vaya, nunca había madrugado tanto.

—La vida peregrina funciona como la monacal, se vive al ritmo del sol, a favor de la luz, se disfruta del día y se descansa por la noche.

—Parece que hayas hecho el Camino de Santiago.

—No, sabes que no, pero sí vida monacal. Estas cosas me las ha contado mi amigo Kristof en la biblioteca. Él sí lo hizo y lo vivió intensamente, me explicó muchas historias, ritos, costumbres, por eso sé un poco cómo funciona esto.

Antes de meternos en el cuarto de las literas nos quedamos en la sala casi a oscuras a la luz de la luna, que todavía estaba pletórica y fue fiel testigo de la cura que nos estábamos haciendo en los pies con todo el material que nos habíamos comprado al pasar por Ezcaray. Así por la mañana sería más rápida la salida.

No habíamos reparado en que estábamos en el pueblo de la leyenda del gallo y la gallina que revivió y cantó después de asada. Por eso tenían una gallina y un gallo vivos en la entrada de la

catedral. El gallo se ocupó de cantar al alba, a las cinco, a las seis de la mañana y cada tres por dos, y estuvimos oyéndolo durante toda la noche desde nuestra litera.

—Ahora caigo, ese era el animal que había dibujado en el cruce de caminos, el gallo. ¡Claro!

—O sea, que vamos bien —dijo Pablo.

—Pues parece que sí, así que démonos prisa y salgamos junto con todos para pasar desapercibidos.

—Luego desayunaremos, ¿no?

—Me temo que no, ya almorzaremos por el camino. No podemos entretenernos, pueden estar vigilando por aquí.

—Joé, papá, no fastidies, tengo mucha hambre, tengo que comer algo.

—Lo siento, Pablo, tenemos que salir pitando de aquí.

Los peregrinos seguían la calle Mayor hacia el oeste en busca del fin de la tierra; nosotros habíamos de tomar rumbo norte perpendicularmente al Camino de Santiago y descender paralelos al río Oja.

Teníamos un buen día, estaba amaneciendo y no hacía frío, tampoco parecía que fuera a llover, así que podríamos avanzar sin contratiempos meteorológicos. Solo había dos cosas que nos lastraban: una, nuestros pies malheridos, y la otra, sentir que a nuestras espaldas no cesaba la persecución de esos dos matones italianos que en cualquier momento podían dar al traste con nuestra aventura.

CAPÍTULO 13

EL AGUA

20 de septiembre del 2007

Estuvimos andando por una vía verde que nos llevó hasta Casalarreina, donde íbamos pegados al río Oja.

Cuando nos acercábamos a Casalarreina, un aroma a pan nos sacó de nuestro ritmo y nos hizo recordar que estábamos sin desayunar. Nuestras tripas ya gruñían hacía rato, así que era buena idea ir ya a saciar el hambre.

—Pablo, no podemos entrar en el casco del municipio, podrían identificarnos fácilmente.

—Entonces, ¿cómo hacemos para pillar algo de comer?

—Mira, a las afueras se ve un pabellón donde parece que pone «Panadería Conde», seguro que allí...

—¡Vale, me muero de hambre! —dijo Pablo.

—Déjame hablar a mí en la panadería.

—Faltaría más, todo tuyo con tal de llevarme algo a la boca.

Toqué el timbre del inmenso pabellón, nunca había visto un obrador tan grande.

—¡Buenos días!, ¿qué se os ofrece, muchachos? —nos dijo un corpulento joven con cara de bonachón que salió a abrirnos.

—Pues nos vendría bien comprar una barra de pan y algo más, si fuera posible.

—Tendríais que ir al despacho del pueblo, allí en la tienda tenéis de todo.

—Ya, pero no queríamos desviarnos de la ruta.

—Pues mira, os veo cara de buena gente, así que, si no os importa acompañar a mi padre en el

almuerzo, está aquí al lado en su huerta. Seguro que estará encantado de compartir un rato con vosotros, y ya de paso probaréis sus tomates y sus guindillas, aquí es mucha costumbre el picante para todo, ¿os gusta?

Pablo y yo nos miramos con cara de asombro, pero era tanta el hambre que teníamos, que aquello sonaba muy bien, así que nos metimos en el recinto junto al pabellón donde tenía aquel hombre su pequeño invernadero. Se apellidaba Conde, y nos explicó que él constituía la segunda generación de la familia de panaderos, y quien nos había abierto la puerta sería la tercera, y así empezó una larga charla de la transmisión de los oficios de padres a hijos. Una vez acopió suficientes tomates y alguna guindilla, nos adentramos en el obrador en una pequeña sala rectangular con una sobria mesa de madera en el centro para unas diez o doce personas, que hacía de merendero. Un gran botellero decoraba la pared de la entrada y, en el lado opuesto, un ventanal dejaba ver la huerta, iluminando la estancia. Nos sentamos y preparamos la ensalada con los tomates y guindillas recién cogidas, el pan estaba recién hecho, y todo ello lo aderezamos con un buen aceite de oliva de los olivos que también se encontraban allí fuera. Todo de la misma tierra que acabábamos de pisar, una auténtica delicia.

Mientras escuchaba a aquel hombre hablar de su negocio, y al ver la relación que tenía con su hijo, me vino a la cabeza algo a lo que ya había estado dándole vueltas. Tras el primer subidón de adrenalina, al escuchar el ruido de las motos, y cuando después, en Santo Domingo de la Calzada, vi a los dos italianos, sentí que el peligro era real, y que había metido a mi hijo en una situación peliaguda, y encima sin que él supiera de qué iba todo eso: qué buscábamos y por qué, y a qué nos enfrentábamos. Me asaltaban las dudas. ¿Qué diría su madre si se enterase? Sí, ya era mayorcito, y yo necesitaba su ayuda, pero... Total, que ya venía pensando que Pablo merecía conocer toda la historia y saber qué estaba en juego. Supongo que no se lo había contado antes para que no me pusiera pegas, para que no me tomara por loco; en definitiva, para que no interfiriese.

—¿Cuántos hijos tienes, Javier?

—Pues dos, este que está aquí conmigo en el obrador, Javier, y la pequeña, que está en la tienda, Natalia, que se ha especializado en pastelería.

—Tienes que estar muy orgulloso, Javier, de que tus hijos sigan con tu oficio, ¿no?

—Pues sí, no me puedo quejar, lo han cogido con ganas, yo ya estoy para jubilarme en pocos meses.

—Qué envidia me das, a mí me quedan todavía bastantes años, aunque también muchas cosas por hacer.

En estas, llamó a su hijo Javier para que viniera también a almorzar con nosotros.

—¡Vaya!, toma otro vaso de vino y cuéntanos, ¿qué son esas cosas?

—Mira, te lo contaré, pero no quisiera que saliera de aquí.

—Tranquilo, puedes confiar en mí, veo que sois buena gente.

—La ruta que estamos haciendo desde San Millán de la Cogolla, está relacionada con un manuscrito que trajo a estas tierras un antepasado nuestro, que fue prior de Montserrat, junto con un sobrino del papa Sixto IV allá por el 1482. Se trata del Triángulo de la Vida, una cuestión hasta hoy secreta. Hemos encontrado el manuscrito en el monasterio junto con planos que indican que cada uno de los vértices del triángulo es un lugar de la naturaleza situado por estos parajes, así que nos disponemos a localizarlos para comprobar la veracidad del documento. —Noté la mirada de asombro de mi hijo.

—No sabía nada de eso, nunca nos lo has contado, papá.

—Ya lo sé, hijo, era un tema que tenía olvidado hasta que murió este año tu abuelo y descubrí la carta original del Vaticano, con un sello en lacre rojo que mostraba las llaves de san Pedro y firmada por el propio papa, que ordenaba llevar a San Millán el manuscrito para comprobar su veracidad y posteriormente guardarlo en el monasterio hasta el momento en que decidieran darlo a conocer al mundo.

—O sea, que lo mismo os vemos en los periódicos como lo descubráis —comentó emocionado Javier, el hijo del panadero, sin entender muy bien todo aquello.

—¡Quién sabe, ojalá! La verdad es que, cuando éramos pequeños, mi abuelo nos contaba un cuento que nos divertía mucho a los cuatro hermanos, trataba de cómo dos personajes, uno de ellos nuestro antepasado, hicieron el viaje desde Montserrat hasta San Millán en una carreta protegidos por cuatro soldados a caballo. Poco antes de llegar; los atacaron unos jabalís, se rompieron el eje y las ruedas de la carreta, que además se incendió, y los protagonistas resultaron heridos. Consiguieron llegar al monasterio, pese a todo, con los documentos intactos, y como era ya de madrugada, los monjes no les querían abrir pensando que serían bandoleros y, bueno..., en fin..., cuando crecí, terminé pensando que todo eso no era más que un cuento.

—Qué buena historia tenéis por delante —dijo Javier—, llevaos un poco de pan y algún tomate para el camino, veo que lo vais a necesitar —añadió, dando por terminado el almuerzo.

—Gracias de corazón, ha sido un placer compartir este rato y estos manjares tan sencillos pero tan exquisitos con vosotros.

—Nada, hombre, esperamos veros en los medios, ya nos haréis propaganda de que almorzasteis aquí.

—¡Claro, hombre!—dije, y nos reímos todos.

Con el estómago reconfortado, marchamos ligeros en busca del sendero del río Oja, el cual nos llevaría hasta su encuentro con el río Tirón.

—Papá, ¿en serio es un secreto?, ¿qué va a pasar si lo descubrimos?

—Pues hasta que no localicemos todos los elementos de los vértices del triángulo y seamos capaces de activarlo desde su centro, no sabremos qué puede ocurrir. En el manuscrito se

encuentra toda esta información, pero está en griego y yo no he podido entender nada. Para esto, espero que nos ayude Gemma Bellini, que se supone que está traduciendo dicho manuscrito.

—¿Y los demás nos van a dejar que los encontremos?

—Pues sus guardaespaldas, de momento, no; el prior, tengo mis dudas.

—Noelia me dijo que si necesitábamos ayuda, se la pidiéramos —dijo Pablo.

—Enseguida descubriremos quién está con nosotros y quién no.

—Esto se está poniendo más complicado de lo que pensaba.

—Sí, hijo, siento haberte metido en este lío.

—No te preocupes, correremos más que ellos, que sepas que me lo estoy pasando bien.

—Gracias, hijo, me quitas un peso de encima.

—Papá, ¿por qué tenemos que buscar en el río?

—Quiero pensar que, en el último pergamino, los elementos se colocan en un orden: icosaedro, el agua; octaedro, el viento; dodecaedro, el cielo; y el tetraedro, el fuego. Serán los hitos que tendremos que ir descubriendo.

—Entonces, cuando vea esos poliedros, ¿ya está?

—Ja, ja, ja, no lo creo, no será tan fácil. Se podrían hacer visibles, pero me temo que nos enfrentamos a lo invisible.

—Pues tú sabrás, porque entonces yo no sé qué mirar.

—Te entiendo, hijo, no te creas, a mí me pasa algo parecido. Continuemos por el río hasta Cihuri a ver qué encontramos.

Las ampollas se hacían notar, y sabíamos que no teníamos muchas horas para andar, pero necesitábamos la primera respuesta cuanto antes.

—¡Mira, Pablo! Esto es una maravilla.

—¿El qué?

—¿No lo ves? Estamos en el encuentro de los ríos. El Oja, que da nombre a nuestra comunidad de La Rioja, se cruza aquí con el Tirón, que a su vez es un afluente del Ebro. ¡Venga, tenemos que entrar en el agua!

—¡No hemos traído bañador!

—Descálzate, tenemos que sentir y tocar el fondo de este encuentro, con los pies o con las manos, seguro que encontramos algo.

—¿Y las ampollas?

—¡Tranquilo! El frío te descansará los pies, ya verás qué bien te sienta.

El lugar era magnífico, las aguas en cada río cambiaban de color y también cambiaba la temperatura del agua de uno a otro lado, su velocidad era diferente, su paisaje, su vegetación, todo se transformaba del Oja al Tirón.

El agua nos cubría hasta las rodillas en la parte del Oja, y la zona del Tirón era más profunda, a

mí me cubría un poco más que a Pablo, pues él es más alto.

—¡Eh, papá! Voy a salirme ya.

—Bien, hijo, espérame en la orilla, yo seguiré un poco más.

Los cantos rodados del suelo se hacían sentir en las plantas de los pies doloridas, pero quería recorrer todo el espacio de aquel choque entre los ríos.

Tenía que encontrar o sentir algo, si no físicamente, sí espiritualmente, así que me coloqué con un pie en cada parte del río, en la dirección de la corriente, y me relajé, respiré lentamente, cerré los ojos y noté que mi cuerpo empezaba a fluir en aquel encuentro.

Era una sensación totalmente desconocida, notaba cómo una parte de mi cuerpo tiraba más fuerte de mí, otra se calentaba, otra se enfriaba, en cada pierna se creaba una corriente diferente y cada corriente quería vencer a la otra. Era como una lucha por llevarme a algún sitio. Y me relajé más todavía, entendí que tenía que leer su lenguaje, el lenguaje del agua, el del elemento que estaba buscando. Con una paz infinita me dispuse a fluir como el agua moviendo mis pies según la velocidad de la corriente a un lado o en el otro. Me dejé llevar por mis piernas, las plantas de mis pies se deslizaban de piedra en piedra, hasta que me situé en un lugar donde las presiones del agua se igualaron. Todo se paró y yo creí haber llegado al final del río.

Abrí los ojos lentamente repasando las orillas a derecha e izquierda. Vi a mi hijo descansando en la orilla ajeno a todo aquello, parecía que todo era normal.

Apenas había avanzado unos pequeños pasos desde mi pequeño trance cuando noté que estaba encima de una piedra muy lisa con aristas y de forma triangular.

—¡Pablo, ven, corre, tienes que ayudarme!

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto?

—Una base de piedra. ¡Quizás sea esta la marca, ven, corre!

Nos pusimos a retirar las piedras que, bajo el agua, rodeaban aquella losa, y observamos que era demasiado perfecta para que fuera obra del río.

—Hay que limpiar poco a poco los laterales. No sé si podremos sacarla, está totalmente empotrada en el río. Hemos de comprobar qué forma tiene.

—Mira, es triangular y se nota cómo continúan las caras triangulares hacia abajo.

—Sí, esto tiene toda la pinta de ser un icosaedro enterrado, debe de ser enorme. Vamos a limpiarlo un poco más.

Nos afanamos en retirar las piedrecillas de alrededor, y aunque enseguida la corriente las traía de nuevo, la ágil maniobra de las cuatro manos nos permitió descubrir la prueba definitiva.

—Mira, Pablo, he notado que hay una inscripción, pasa la mano por esta cara.

—Sí, unas rayas que se juntan.

Con el corazón de nuevo latiendo a mil por hora, me dispuse a palpar la inscripción como si fuera braille para un ciego.

—¡Ya está, un triángulo!

—¡Tus famosas geometrías!

—Sí, parece ser la inscripción de un triángulo sobre la cara del icosaedro... Pero, ahora que lo dices, ¿recuerdas los triángulos de la puerta de entrada al monasterio? Quiere ser lo mismo, aunque este es un poco más alargado. No es un triángulo equilátero sino isósceles, pues tiene dos lados iguales más largos y uno más corto. Lo más importante es que se trata del primer elemento que se marcaba en el plano. Hijo, nos encontramos ante el elemento del agua, el icosaedro como lo habría situado el mismísimo Platón. El encuentro de los ríos es el sitio perfecto para su ubicación, casi se puede palpar su mitad fluyendo con el agua, sus caras triangulares permiten que esta vaya descendiendo río abajo.

—Vaya, si tú lo dices, así será...

—No, esto que te cuento lo dijo Platón. Ya te suena, ¿no? Me lo has comentado en otra ocasión, has tenido que estudiarlo este año en el bachillerato.

—Sí, pero no me gustaba mucho y tengo que recuperarla.

—Vaya, vaya, pues ya ves, filosofía en vivo y en directo.

—Cuéntaselo a mi profe, a ver si me aprueba —dijo Pablo con una sonrisa.

—Bien, tenemos el primer vértice del triángulo, salgamos del agua.

—Sí, sí, este punto marcado con el icosaedro representa el primer vértice del triángulo de la vida. Veo que lo vas entendiendo.

—¡Mola esto! —contestó Pablo, sintiendo, ahora sí, su implicación en todo el asunto.

—Mira, Pablo, estamos a punto de descubrir si la historia del abuelo era algo más que un cuento, y la verdad es que me alegro de que podamos hacerlo juntos. No sé cómo acabará todo esto, pero intuyo que será algo que podrás contar a tus nietos.

—De verdad, papá, esto es muy emocionante.

—Ya, pero ¿te das cuenta también del peligro que estamos corriendo?

—No sé, no conozco a esos guardaespaldas italianos que dices tú.

—Bien, pues no perdamos más tiempo, vamos a por el segundo vértice.

—Se oye ruido de motos —dijo Pablo.

—Corre, salgamos pitando de aquí, vístete, cálzate y sigamos el río Tirón. Cogemos esa senda que se ve a la izquierda.

—Voy volando, ¡*mecagüen* las prisas y en los italianos! ¿Qué nos pueden hacer si nos pillan?

—La verdad es que no lo sé, pero no me apetece comprobarlo ahora.

—A mí tampoco, esto se pone emocionante —iba diciendo Pablo mientras se vestía.

Salimos río arriba por el Tirón hasta que vimos una cueva en la otra margen. Más adelante se veía un hermoso puente que tenía todo el aspecto de ser medieval, o quizás fuese romano, y junto a él, a su derecha, un impresionante edificio con un camino que bordeaba sus muros. A nivel del

agua, unos tres o cuatro metros más baja que aquel camino, se encontraba la entrada a la cueva tras unas zarzas.

—Corre, Pablo, crucemos el río y metámonos en esa cueva hasta que pasen las motos. No se atreverán a entrar con ellas en el agua, no nos verán.

—¿Y si hay animales allí dentro?

—No lo creo —dije por calmar el miedo.

—¡Vaya, menuda cueva! ¡Está perfecta y seca!

—Sí, y está toda picada a mano, ¡es una auténtica joya!

Aprovechamos que el interior de la estancia tenía un quiebro y nos quedamos totalmente quietos y ocultos. Nos pusimos en cuclillas apoyados contra la pared, mientras se oía el ruido de las motos, que se acercaban más y más.

—Están aquí —me susurró Pablo.

—Sí, tranquilo, no bajarán, no creo que nos hayan visto.

El ruido de los tubos de escape resonaba en el interior y parecía como si las motos estuvieran dentro. Pablo y yo guardamos absoluto silencio, sin dejar que el eco de nuestra respiración pudiera delatarnos. Permanecimos allí un buen rato sin pestañear, hasta que dejamos de oírlos.

—Estos italianos no sé cómo han sabido que hemos venido por aquí. No sé qué pistas estamos dejando, pero debemos ser aún más cuidadosos. Es como si supieran adónde vamos, pero no es posible, porque entonces se nos adelantarían. Pablo, ¿tú crees que acceden a nuestro móvil y eso les da nuestra ubicación?

—Me extrañaría mucho, no tienen nuestro número.

CAPÍTULO 14

LA CUEVA

20 de septiembre del 2007

El interior de la cueva era un rectángulo abovedado de unos siete pasos de fondo por tres de ancho. La luz que entraba desde el exterior por el quiebro del pasillo producía reflejos sobre la pared. Me recordó al mito de la caverna de Platón. Sabía que Pablo lo había estudiado pero que tenía suspendida la asignatura, así que aproveché para darle la clase que le faltaba, era el sitio perfecto.

—Mira, Pablo, ¿qué pensarías si viviéramos encadenados en esta cueva sin poder salir? Solo viendo lo que ves en el reflejo de la pared de enfrente, solo viendo unas sombras que nos son proyectadas en la pared, y ese sería tú día a día.

—Pues nos volveríamos locos.

—No, pues así sería nuestra vida y no conoceríamos otra cosa. Esfuérzate en ponerte en situación. Es más, solo podemos mirar a la pared, solo vemos las sombras que nos son proyectadas desde la entrada y no podemos mover la cabeza.

—Pues las sombras nos darán miedo, ¿no?

—Bueno, en el fondo son nuestros miedos, pero como nos acostumbremos a ellas pensaremos que forman parte de nosotros, de nuestra forma de vivir. Serán las apariencias, el mundo sensible, nuestro mundo, lo conocido. Sin embargo, el mundo de las ideas está fuera, pero no lo conocemos.

—¿Y si me escapo?

—Tendrás muchas dificultades. Primero físicas, para poder andar; después, no podrás levantar la cabeza, ya que el sol te cegará, y solo podrás fijarte en las sombras del suelo, luego en el

reflejo en el agua, y poco a poco podrás ir levantando la cabeza y reconociendo la naturaleza hasta que puedas mirar al sol. En ese momento habrás conocido el mundo.

—¿Y qué será el sol?

—El sol representa la idea del bien, la verdad absoluta, la que nos ha sido prohibida.

—Entonces, vuelvo, te libero y nos vamos.

—Pues no, no te creeré. Las sombras son mi realidad, lo que me cuentas serán tus filosofadas que yo no entenderé, y puesto que tu empeño en poner en riesgo mi vida será grande, te mataré.

—¿Por qué?

—Porque nos acostumbramos a nuestro mundo de confort.

—¿Cómo se puede uno acostumbrar a mirar solo la pared?

—Es lo que hacemos cuando solo vemos la televisión, pensamos que es la única realidad absoluta y nos quedamos sin conocer el mundo real, no somos capaces de salir a descubrir el mundo. Lo que quiero decir es que no hay que dejarse influenciar por las ideologías y debemos ser capaces de salir a descubrir el mundo por nosotros mismos, la verdad es maravillosa.

—Vaya, ahora sí que me estás dando la charlita.

—No quisiera, pero es que me lo has puesto muy fácil. Mira, te cuento las últimas reflexiones platónicas, que me gustan mucho, y terminamos. Dice Platón que: «El cuerpo humano es el carruaje; el yo, el hombre que lo conduce; el pensamiento son las riendas y los sentimientos son los caballos».

—Eso está muy guapo.

—Pues con eso vale por hoy, pensemos en salir de aquí.

Salíamos de la cueva sintiéndonos los «prisioneros platónicos»; nos costó adaptarnos a la luz, poco a poco subimos al camino, que se encontraba encima de la cueva y que pasaba junto a un gran edificio de piedra.

—¿Qué es esto? Le pregunté a un hombre un poco *hippie* que cuidaba un huerto pegado al edificio.

—Hola, ¿qué tal, amigos? Esto es el priorato.

—¡Anda!, y ¿de quién es?

—Ahora de unos particulares, yo cuido la bodega y este pequeño huerto, pero en sus orígenes fue de los monjes benedictinos, era la casa donde venía a veranear el prior de San Millán.

—Vaya, vaya, eso está muy bien, veo que estamos en la ruta exacta.

—¿Cómo? ¿Qué ruta?

—Nada, tranquilo, si alguien te pregunta por nosotros, tú di que no has visto a nadie.

—Yo solo veo mis hortalizas y tomates, mis cosillas, id tranquilos... Buen viaje, hermanos. Por cierto, me llamo Leandro.

—Hasta luego, Leandro, y encantados ¡buen día!

Anduvimos por el camino rodeando los muros de la casa hasta que, situados ante la puerta principal, me quedé estupefacto.

—Mira, Pablo, encima de la puerta sobre el muro, ¿qué ves?

—Dos pirámides de piedra, ¿y qué?

—Está claro, fueron los benedictinos quienes construyeron esto, y sabían algo más.

—¿El qué?

—No sé, tenemos que continuar subiendo por el río Tirón, a ver qué encontramos.

—Pero ¿vamos bien? —preguntó Pablo.

—Sí, tengo la intuición de que sí. Tenemos que atravesar el municipio de Cihuri, seguir río arriba.

Enseguida dejamos el pueblo de Cihuri, que se encontraba totalmente vacío de gente, como si todos se hubieran marchado de vacaciones. Continuamos por un camino paralelo al río hasta que divisamos un edificio perdido en los campos. Nos acercamos a un panel informativo en que ponía «Ermita de Tironcillo», y decía que pertenecía al pueblo Cuzcurrita de Río Tirón. Ya sin prisa, no sintiéndonos amenazados por nuestros incansables perseguidores, nos detuvimos en la puerta y nos dispusimos a observar su perímetro con detenimiento, pues las piedras son siempre las que más nos hablan y las que más nos pueden explicar las cosas, tan solo hay que prestarles un poco de atención.

—Mira, Pablo, en la espadaña.

—¡Ja, ja, ja! Sí, esos son los famosos triangulitos, como los que acabamos de ver en el edificio del priorato.

—Pues esto lo resuelve todo.

—¿Por qué?

—Está claro que estamos en la ruta benedictina, que define el triángulo de la vida.

—¿Estás seguro?

—Creo que sí, tenemos que ir a Cuzcurrita de Río Tirón, allí se encuentra el otro elemento, el segundo vértice del triángulo mágico, no nos queda otra opción.

—Pero está un poco lejos, ¿no crees? Mis pies no pueden más, empiezo a estar muy cansado.

—Te entiendo, hijo, yo también estoy molido, y sobre todo dolorido, por las ampollas de los pies. Ayer cometimos la gran imprudencia de andar todo un día entero.

—Pues, al paso que vamos, hoy será igual. ¿Dónde vamos a descansar?

—Sigamos un poco más, veo que en el mapa de Google hay un pueblo llamado Tirgo. Debe de estar muy cerca, vamos hasta allí.

El camino discurría entre pequeñas fincas junto al río. Vimos a un labrador afanado en sus tareas. Cuando pasamos junto a él, dejó de cavar sobre los surcos del huerto y enderezó el cuerpo para poder hablarnos cara a cara.

—Buen día —me adelanté.

—Buen día, hombre. ¿Qué tal?, ¿adónde vais?

—Pues no lo sabemos muy bien, todavía.

—Hace un rato han pasado dos tipos en moto con acento italiano, preguntando por dos chicos, así como vosotros, como padre e hijo.

—Vaya, ¿nos parecemos?

—¿No seréis vosotros? —preguntó el labrador.

—Creo que sí, pero tranquilo, solo quieren encontrar algo antes que nosotros.

—Bueno, si es solo eso, andad con cuidado, este viento de regañón va a traer agua, no faltará mucho.

—¿Cómo?, ¿viento de dónde?

—Hombre, pues del oeste, de Cuzcurrita hacia aquí.

—Nunca había oído esos nombres.

—Aquí de toda la vida, no conocemos otra forma.

—Entonces, ¿cómo se llaman los demás?

—El Cierzo es el peor, es el viento que viene del norte, ese es muy frío.

—Sí, eso lo entiendo, es normal.

—El ábrego, por el contrario, (aquí llamamos así al del sur), es muy cálido, es el que trae las tormentas de calor, puede ser insoportable.

—Claro, tiene toda su lógica.

—Y luego queda el solano, el del este, por donde sale el sol.

—Y ya que es tan amable ¿por qué sabe que va a llover?

—¡Muy fácil! Si te fijas, al oeste se ven unas nubes a las que les cuelga una fina brisa que llega hasta el suelo, eso es que están tirando agua, es decir, que llueve, y por la dirección del viento, vienen para aquí.

—Menuda clase de ciencias naturales nos ha dado, ¿has oído Pablo?

—Sí, no tenía ni idea.

—Pues esta forma de llamar a los vientos es muy particular de Cuzcurrita. Estos huertos, aunque estamos cerca de Tirgo, pertenecen a Cuzcurrita.

—Me parece perfecto, lo tendré en cuenta y seguro que no se me olvidará.

—Pero daos prisa, que en un cuarto de hora empezará a llover.

—Muy bien, entonces nos vamos rápido con el viento regañón en la cara. Es cierto que cada vez se nota más fresco.

—Venga, id con cuidado, chicos.

—Por cierto ¿cómo se llama, buen hombre?

—Yo, Sotero, para lo que gustéis.

—Un placer, Sotero, no se me olvidará jamás ni su nombre ni la clase de hoy. Adiós, hasta siempre.

Estábamos a punto de tomar el puente de Tirgo cuando una manta de agua empezó a caer sobre nosotros. En vez de seguir por el río hasta Cuzcurrita, corrimos hacia las casas del pueblo, a la izquierda. Decidimos entrar en el primer bar que divisamos junto a la carretera. Mesón Lupe, ponía el letrero. La fachada de piedra estaba finamente decorada con unas flores talladas sobre la piedra y con otras flores que colgaban del balcón del primer piso. Era un edificio de planta baja con tres alturas más terminado en una terraza a modo de tejado.

—Corre, Pablo, nos quedaremos aquí, este lugar tiene muy buena pinta.

—Sí, porque yo estoy reventado, me duelen mucho los pies, tengo mucha hambre y estoy calado, así que paso de andar más.

—No te preocupes, que sea lo que Dios quiera, cada vez estamos más cerca y cada vez más expuestos a que nos localicen.

Entramos empapados a la planta baja, que era la zona del bar. Pregunté si se podía comer, pues eran ya casi las cuatro de la tarde, y el hombre que atendía la barra me dijo:

—Sube a la primera planta y pregunta en la cocina por Merche, ella te dirá.

—Buenos días, o tardes, ¿Merche?

—Sí, la misma que viste y calza. —Salió de la cocina con la escoba, pues estaba terminando de barrer.

—No sé si podrá ser posible comer algo.

—Pero ¿adónde van estos muchachos? Con esta agua y a estas horas.

Con gesto sonriente nos reprendió con una regañina y nos hizo pasar a la sala del comedor, que se encontraba ya vacía y totalmente recogida.

—Solo nos queda paella, y os puedo hacer un filete, si os parece bien.

—Nos parece fantástico, y sentimos llegar a estas horas. No pensábamos parar, pero esta agua repentina...

Abrió la puerta de la cocina que conectaba con el comedor para cantar la comanda y continuó hablando con nosotros.

—Bueno, en esta casa nadie se queda sin comer. Somos tres hermanos: Luis, que lo habéis visto abajo en la barra, mi hermana Carmen, la cocinera, y yo, que sirvo el comedor. Mi madre, que ya nos dejó, nos enseñó bien el oficio.

—Qué bonito continuar el trabajo de los padres, seguro que fue una madre excepcional.

—Qué os voy a contar, aquí estamos, siguiendo lo que ella empezó.

—Es genial que lo sigáis con la misma pasión, sintiendo el cariño de los padres como si estuvieran a vuestro lado.

—Es verdad que mi madre siempre estuvo a nuestro lado. Mi padre murió cuando éramos

pequeñas.

—Vaya, lo siento —dije yo.

—Pero mi madre —prosiguió Merche con los ojos iluminados hablando de su madre, la Lupe, que daba el nombre a la hospedería—, mientras pudo estuvo en la cocina, y cuando ya era muy mayor se sentaba junto a nosotras viendo cómo trabajábamos, y así hasta los noventa y un años.

—Seguro que estaba muy orgullosa de vosotros.

—Bueno —dijo Merche—, mientras os cuento mis historias, seguro que mi hermana ya habrá calentado la paella, voy a la cocina a por ella.

En cuestión de segundos teníamos sobre la mesa una bandeja enorme con una paella que desprendía un aroma increíble.

—¡Qué buena, tiene una pinta espectacular!

—Pues como la de toda la vida, aquí se come comida casera.

Entramos en calor y fuimos charlando poco a poco. Dada la familiaridad que mostraba Merche con nosotros, le pregunté:

—Merche, ¿han venido unos hombres preguntando por nosotros?

—Ahora que lo dices, hoy ha habido mucha gente comiendo, pero sí que ha subido mi hermano Luis preguntando si teníamos alojados o en el comedor a un padre y un hijo como vosotros, pero hace mucho rato, eso ha sido en el primer turno.

—¡Qué bien! Los tenemos encima.

—¿Qué pasa? ¡No seréis peligrosos!

—¿Acaso nos ves pinta de peligrosos?

—No, pero en esta vida ocurren cosas muy raras, te lo digo yo que veo mucha gente.

—Te creo, Merche, pero nos tienes que ayudar, no deben localizarnos. Estamos buscando algo que no quieren que encontremos.

—¡Qué me dices! ¿Acaso hay un tesoro escondido?

—No, no se trata de dinero, pero sí de historia. Podríamos decir de historia arqueológica sagrada.

—Bueno, si es así, no os preocupéis. Si vuelven, diremos que os marchasteis hace mucho, ¿puede valer así?

—Sí, está bien.

—Tenemos habitaciones en las dos plantas de arriba. ¿Os quedaréis a dormir?

—¿Cuzcurrita queda muy lejos? —le preguntó Pablo.

—No, qué va, no llega a dos kilómetros.

—Vale, pues nos quedaremos a dormir —dije yo—, no parece que estemos muy lejos de nuestro segundo vértice.

—¿Qué vértice es ese? —dijo Merche.

—Bueno, un lugar donde necesitamos comprobar si en su día se señaló algo.

—¡Ah!, pues si subís a la terraza se puede ver Cuzcurrita y todo el valle hasta los montes Obarenes, igual no os hace falta ni moveros de aquí.

—Genial, pues igual subimos luego cuando pare de llover y más tarde saldremos para Cuzcurrita; volveremos para cenar.

Terminamos de comer y Merche nos condujo a la tercera planta, nos enseñó la habitación y nos dejó la llave tanto de la habitación como de la puerta principal, para que entráramos y saliéramos cuando quisiéramos. Al subir las escaleras sentimos la marcha del día, y sobre todo el exceso de la jornada anterior. Teníamos doloridos los músculos de las piernas, notábamos que los pies se nos habían llenado de ampollas cada vez mayores, y las agujetas nos atacaban todo el cuerpo. Aprovechamos para ducharnos y reconfortarnos con el agua tibia dejando que todo el cansancio se marchase por el sumidero.

Una vez aseado y más descansado, mientras terminaba de ducharse Pablo, miré por la ventana y comprobé que el día se había despejado, así que salí de la habitación y me dirigí a la terraza para inspeccionar las vistas. Había dejado de llover y, efectivamente, tal como nos había indicado Merche, se veían unas pequeñas colinas que daban a Cuzcurrita y, al norte, opuestos al valle, se divisaban los montes Obarenes, que separan La Rioja de Castilla. En la lejanía, varios pueblos salpicaban sus laderas, quién sabía a cuál tendríamos que dirigirnos.

La vista desde la cuarta altura permitía una amplia observación de todo el paisaje de la Rioja Alta, como a vista de pájaro. Estaba recorriendo todo su perímetro cuando, al girar por el casetón de salida a la terraza, me topé con la figura de una mujer no más alta que yo, morena, con el pelo negro revoloteando al viento. Su rostro serio me miraba, tenía las manos en los bolsillos de su chupa de cuero negro y me bloqueaba el paso. Por su pose, aquella mujer parecía que llevara esperándome toda la vida.

CAPÍTULO 15

EL AIRE

20 de septiembre del 2007

—¿Cómo has sabido que estaba aquí, Gemma?

—Os he visto llegar. Llevo toda la mañana aquí arriba. Nadie me ha visto subir.

Mi cuerpo se había quedado noqueado como el de un boxeador, el viento me azotaba queriendo espabilarme.

—¿Cómo vas con el triángulo, Juan?

—¿Cómo dices? —Por un momento dudé de sus intenciones.

—No te hagas el tonto conmigo, estamos en el mismo barco, ¿recuerdas?

—Por supuesto, Gemma.

—Supongo que la misma noche que estuve en tu cuarto fuiste a buscar los pergaminos y viste los otros tres que no nos quiso enseñar el prior. Nos llamó para preguntarnos si habíamos sido nosotros, detectaron una alarma que indicaba que alguien había estado en el cuarto secreto, y al faltar vosotros del monasterio han imaginado que fuiste tú quien estuvo. El prior terminó enseñándome los tres pliegos restantes y, como tú muy bien me insinuaste, se trata de la ruta sagrada que existe en esta zona. Daba la sensación de que el padre prior quería descubrirla

primero.

—Sí, eso pensaba yo también. ¿Y qué pretenden?

—Las órdenes del monasterio son localizarte y que regreses ante el prior para dar explicaciones, nuestras órdenes son impedir que nadie revele nada antes que nosotros. Pero yo necesito que descubras la ruta, sé que solo tú puedes hacerlo.

El viento no dejaba de merodear a nuestro alrededor, su melena rozaba mi cara y me hacía cosquillas, su perfume me atraía.

—Dejémonos de tonterías... —dije yo.

Me aproximé un poco más y me quedé muy cerca de ella con intención de intimidarla. Ella no se alejó ni opuso resistencia. Aproximé mi rostro al suyo muy lentamente, el sol se estaba poniendo a sus espaldas, y ante mis ojos podía contemplar simultáneamente una bellísima puesta de sol y a una hermosa mujer. Todo parecía tener un sentido épico, así que continúe acercándome hasta que mis labios llegaron a rozar el lóbulo de su oreja. Muy suavemente, le susurré:

—Hagámoslo juntos.

Su cara se volvió hacia la mía con una expresión entre pícara y de asombro, y me di cuenta de la confusión que había creado en ella.

—Encontremos juntos los elementos —le aclaré rápidamente, echando un pie atrás. Su expresión se volvió seria, pero no dejaba de mirarme atentamente. Noté como sus cálidas manos tomaban las mías suavemente. Ella hubiera querido haber escuchado otra cosa muy diferente que yo no podía ofrecerle.

—Mira, Juan, eres un tipo fantástico, me veo reflejada en tus ilusiones y me recuerdas mucho mis inicios, imaginándolo todo como una película de Indiana Jones. Pero date cuenta de que yo me juego mi puesto de trabajo y es todo lo que tengo, y Nicola y Benedetto no van a consentírtelo, son muy persistentes y están bien entrenados. Además, debes saber que pertenecen a la congregación de los Custodes trianguli vitae, una organización secreta independiente del Vaticano, precisamente creada para que no se revelen este tipo de secretos. Y sé que no te dejarán, si te cogen quién sabe qué te harán, los guía un deber que tiene mucha más fuerza e importancia para ellos que las obligaciones a las que yo pueda sentirme atada por mi trabajo. —Todo esto me lo decía sin soltar mis manos, y yo sentía su calor.

—¿Y qué hay de nuestro acuerdo? ¿Acaso no vas a ayudarme? Tú tienes el manuscrito.

—Claro que sí, Juan, tú sigue localizando los lugares y cuando estés en el último elemento, el fuego, contacta conmigo y te explicaré cómo proceder para, mediante un rito sagrado, activar el poder divino del triángulo. Hasta entonces, yo solo te quiero alertar de que todo el mundo te busca. Nadie sabe de nuestro encuentro, pero tras ver los pergaminos que nos ha mostrado el padre prior, deduje que pasaríais por aquí. Noelia me ha explicado cómo llegar lo más rápido posible y me ha asegurado la máxima discreción.

—Perfecto, pues ayúdame al menos un poco más para que no me vean, tan solo he encontrado el elemento del agua pero creo que estoy cerca del segundo, mañana quizás podría haber terminado.

—¿De verdad?

—Sí, hemos visto el primer vértice del triángulo de la vida, como aparecía señalado en los pliegos, estaba dentro del río, un icosaedro tallado en la piedra, solo que no pude disfrutarlo como hubiera querido, pues las motos de tus guardaespaldas nos hicieron salir pitando.

—Lo siento, pero sé que solo tú puedes conseguirlo.

—Bueno, de momento he tenido suerte, no sé qué pasará con el resto.

—Mira a tu alrededor, Juan, la inmensidad de este lugar, ¿será como buscar una aguja en un pajar!

Gemma recorrió el espacio del valle con la vista y terminó mirándome fijamente. Tenía sus ojos negros anclados en los míos y, mientras yo sentía una mayor presión de sus dedos sobre los míos, me dijo:

—¡Tú encuentra los elementos, y que sea mañana! Después no puedo prometerte nada. —Tiró de mis manos hacia ella y aterricé en sus labios. Aceptando aquel regalo, disfruté del beso pero, como la efímera puesta del sol sobre el horizonte, no podía ser eterno, así que nos separamos lentamente para despedirnos.

—Toma mi teléfono. Cuídate mucho, Juan, estaré cerca de ti, no te imaginas el poder que esconde este triángulo.

Mientras bajaba y me guardaba su tarjeta, reflexionaba sobre las últimas palabras que había escuchado, dudando del poder real que pudieran albergar aquellas tierras delimitadas tanto tiempo atrás, y a la vez sonreía, y me relajaba recordar la bella escena que acababa de vivir ante aquella hermosa puesta de sol.

Entré en la habitación y Pablo ya se había duchado y aseado, así que empecé a contarle todo lo que pude.

—Pablo, creo que ya sé cómo funciona esto.

—¿Sí? A ver qué me vas a contar.

—En la terraza me ha ocurrido algo sorprendente.

—Suéltalo.

—Pues creo que va a ser la alegoría del pozo y el ciprés del monasterio.

—¿Cómo? —exclamó Pablo, con cara de desconcierto.

—Fíjate, partimos del agua desde su nacimiento en las montañas de Ezcaray, y hemos descendido por el río hasta su encuentro con otras aguas diferentes. Este punto equivaldría al fondo del pozo.

Hemos remontado el otro río ascendiendo, como quien sale de las profundidades del pozo a la superficie.

—Te escucho, sigue.

—Pues, mientras estaba en la terraza del tejado, he estado pensando mucho en esa imagen alegórica, y al final he llegado a la conclusión de que una vez que estás fuera del pozo lo primero que percibes es el viento en la cara. El viento te indicaría que estás fuera del pozo, ¿no?

—Sí, ¿y?

—La terraza era un punto alto, por tanto, deberemos buscar en el punto más alto de Cuzcurrita, tengo la impresión de que allí encontraremos algo. Se lo preguntaré a Merche, probablemente sepa de algún lugar.

—¡Vaya, tiene buena pinta! Pero creo que nos quedan dos más...

—Sí, tienes razón. Ahora dime, ¿cuál es el sentido del ciprés?

—¿Crecer hasta el cielo?

—Bueno, no vas mal, más o menos sería llegar hasta Dios. ¿Y dónde podríamos contemplar mejor las estrellas?

—No sé.

—Pues eso espero verlo en el siguiente punto, es una cuestión de ascender continuamente, como en los ejemplos del pozo y el ciprés del claustro. Así que me voy a Cuzcurrita, tu quédate aquí descansando; yo solo, pasaré más desapercibido.

—Qué alegría me das, estoy muy cansado y tengo que curarme los pies.

—Pínchate las ampollas y ponte Betadine, luego tenlas al aire hasta mañana. Nos las protegeremos antes de empezar a caminar.

—Vale, aquí me quedo, pero ten cuidado. ¡Ah!, llévate el móvil, así estamos en contacto.

—De acuerdo. Si tardo, baja a cenar, seguro que Merche te cuidará como si fueras su hijo.

Continué río arriba y enseguida apareció la Villa de Cuzcurrita de Río Tirón. Menudo nombre más rebuscado, pensé, pero cuando llegué me agradó mucho. El pueblo se encontraba muy escondido entre los meandros del río, y supe que había llegado cuando de pronto vi una iglesia con una torre de estilo barroco magnífica. A la derecha, tras ella, había otra torre, la de un castillo. Más adelante, a la izquierda, tras el paso de un bonito puente de piedra, podían observarse unos montes en la margen izquierda del río.

Caminé por sus calles, las casas eran todas de piedra. Parecía como si me hubiera adentrado en un pueblo medieval, y llegué hasta la iglesia. Las gentes ya se estaban recogiendo en sus hogares por el aire fresco que se había levantado, y además era ya la hora de cenar, pero aún pude preguntar a

un hombre que salía del Bar Antonia -eso rezaba su letrero-. Nos encontrábamos al inicio del puente que llevaba a la otra margen del río, donde se hallaba la montaña.

—Buenas noches, ¿podría decirme cuál es el punto más alto de este municipio?

—¡Buenas, americano!

—¿Cómo?

—Buenas noches, que como no eres de aquí... Llamo así a los forasteros, no te enfades.

—Ah, vale, ya entiendo, no pasa nada. Le preguntaba cuál es lugar más alto del pueblo.

—No sé a qué te refieres, si a la torre de la iglesia o a la del castillo.

—A esos montes de ahí.

—¡Ah, vale, te refieres al Bolo! Sí, ese es el lugar más alto, sin duda. No te entendía. Pasa el puente y sigue recto, enseguida verás unas indicaciones que te suben hasta arriba, pero ahora no vas a ver nada.

—Bueno, no importa. O sea, que está fácil.

—Sí, hombre, allí sube todo el mundo a tomar el aire y el fresco, y más ahora en verano, igual te encuentras alguna parejita de enamorados contemplando las estrellas —me dijo con voz picarona.

—Perfecto, creo que echaré una ojeada, espero no molestar.

—Ten cuidado, ha llovido y estará todo mojado, te puedes resbalar.

—¡Muchas gracias! ¿Cómo se llama?

—Román, ¿por qué?

—Porque me ha sido de mucha ayuda, Román, más de lo que usted se imagina.

—Pues nada, encantado. Ten cuidado.

Salí disparado hacia el Bolo, empezaba a escasear la luz, y la noche no estaba muy despejada que dijéramos, había muchas nubes que oscurecían el camino. Enseguida me situé en la senda, que me guio sin cesar hasta la cumbre de esa pequeña montaña que arropaba al pueblo de Cuzcurrita.

Jadeando de mi ansia por llegar y castigado por la cuesta, vislumbé, con la respiración totalmente revolucionada, un enorme hito de piedra cilíndrico terminado en un cono, erguido sobre unas rocas que emergían del monte como si necesitaran destacar sobre el entorno. La verdad es que todo ello formaba un conjunto escultórico muy singular.

Me situé junto a la piedra, que era el doble de alta que yo, y empecé a hablar en voz alta, quizás a la espera de que alguna voz superior me respondiera.

—Vaya, no sé cómo voy a poder inspeccionarlo, el vértice del cono está muy alto... Tengo que encontrar un octaedro, o algo que lo represente... ¡Mierda, no se ve nada!

Me acordé de que tenía mi teléfono, así que lo saqué e iluminé con él palmo a palmo el hito de piedra. Tras un largo rato examinándolo, me di cuenta de que quizás este hito fuese más reciente, y lo que buscaba podía no estar en esa piedra, pero ¿dónde entonces?

Si antes fue el agua la que me guio, ahora debería ser el viento el que me hablara, así que me puse encima de la roca donde emergía el enorme cilindro de piedra, de cara al pueblo dejando a mis espaldas el hito y los pinos de la cumbre de la montaña. Se sentía la brisa.

Como quien invoca al viento, cerré los ojos, puse los brazos en cruz y empecé a recordar los nombres que el labrador Sotero me había dicho: cierzo al norte, o sea mirando a Cuzcurrita; regañón del oeste a mi izquierda; solano del este a mi derecha y ábrego al sur, en mi espalda.

Tenía que situarme en la pista adecuada pero mi mente se fue a ninguna parte, mi cuerpo se quedó solo con el viento. De repente, un golpe de aire me empujó desde atrás y me hizo avanzar tres pasos hacia delante. Seguidamente, otra ráfaga de viento siguió desplazándome hasta el borde de las lastras de piedra que volaban sobre el paisaje. Debía tener cuidado, ya que podía despeñarme si andaba demasiado al frente, y las piedras estaban todavía mojadas, pero estaba en manos de Eolo, dios del viento. De pronto, todo se calmó. Esa debía de ser la señal.

Abrí los ojos y saqué el móvil e iluminé el entorno, me encontraba al borde de las rocas, un paso más y habría rodado ladera abajo. Alumbré las losas de roca natural y descubrí a mis pies una rosa de los vientos, que, curiosamente, en vez de ser un círculo, era una elipse vertical. Es decir, que la línea norte-sur era más larga que la línea este-oeste. Por tanto, uniendo todos los vértices daba la forma de un rombo, dos triángulos equiláteros invertidos, lo cual me hizo pensar que si lo hacíamos girar se crearían tres dimensiones, y se convertiría en un octaedro con una letra en cada vértice: una C, una S, una A y una R, las iniciales de los cuatro vientos. Todo cuadraba, ya tenía dos elementos, allí vivía el viento. Quizás en otro tiempo estuvo el octaedro, donde ahora descansaba ese otro elemento cilíndrico terminado en forma de cono.

Me senté en el borde de la roca a disfrutar del paisaje y de la satisfacción que recorría todo mi cuerpo. Sentía no tener a Pablo para compartirlo, ahora que él ya estaba totalmente implicado en aquella aventura.

Mis pies colgaban al vacío y mi vista se perdía en el infinito, debajo de mí tenía la grandiosa torre iluminada de la iglesia, y la torre de un castillo en perfecto estado próximo a la iglesia, todo ello junto al río y al puente del municipio. En definitiva, era un enclave bellissimo, lleno de historia, por el que apetecía pasear con detenimiento, pero sería en otro momento.

Tenía que pensar en el siguiente lugar, me encontraba en una pequeña montaña, se podía considerar que ya había salido del pozo, había sentido el aire. Ahora, si tocaba contemplar el ciprés, tenía que buscar un lugar más elevado que ese.

Tras calmarse el viento todo empezaba a verse más claro, se abrió paso una cálida noche en que las nubes ya destapaban las estrellas, y justo enfrente de mí se recortaban unas montañas que emergían escalonadamente y acababan en múltiples picos. «Podría quedarme aquí toda la noche»,

pensé.

Quise revisar la foto del penúltimo pergamino, pues las llevaba en el teléfono, y como se estaba agotando la batería, me afané en abrirla rápidamente.

Empezaba a comprender aquella figura, me encontraba sobre el segundo vértice, conocía la posición del primero a mi derecha, así que coloqué el móvil en la posición del triángulo y comprobé dónde apuntaba el tercer vértice. No había la menor duda de que eran las montañas que tenía enfrente.

Me dispuse a marcharme, así que cerré las aplicaciones del móvil y mandé un mensaje a Pablo diciéndole que en media hora estaría con él. Esperaba con impaciencia su respuesta, pues el móvil ya pitaba pidiendo una recarga. Sonó un pitido diferente, era su contestación, y empecé a leer: «¡Corre, papá...!» No pude leer más, el teléfono se apagó.

CAPÍTULO 16

EL CIELO

20 de septiembre del 2007

Quise ir corriendo a la pensión, pero las ampollas se ocuparon de recordarme que no podía forzar más mis pies, pues en vez de descansar entrada la tarde, la había dedicado a seguir investigando. “Mañana seguro que lo pagaré caro —pensé—, estaré mucho peor, no habré tenido tiempo de recuperarme con tan solo la corta noche”.

Cuando llegué ya no quedaba nadie ni en el bar ni por el edificio, menos mal que Merche me había dejado unas llaves. Pese a que las ampollas me dolían, subí los tres pisos lo más rápido que pude con todo el sigilo del mundo, pues el último mensaje de Pablo me había dejado muy inquieto.

Entré en la habitación y allí me lo encontré, todo desparramado en su cama, fundido en el colchón y dormido como un tronco.

Puse el teléfono a cargar, enseguida pude activarlo y terminé de leer el Whatsapp de Pablo: «¡Corre, papá, ven cuanto antes, tengo mucho sueño! ¿Qué plan hay para mañana?».

—¡Ufff, menos mal! —suspiré. Por un momento había pensado lo peor.

El despertador sonó a las seis de la mañana, tuve que emplearme a fondo para despertar a Pablo,

estaba con Morfeo y todos sus conocidos.

—Venga, Pablo, tenemos que darnos prisa, hoy hemos de terminar con esto.

—¡¡Buaaa!! —soltó desperezándose del profundo y reparador sueño, con una voz que todavía no era de este mundo.

—¿Qué tal ayer?, ¿lo conseguiste?

—Sí, encontré el elemento del viento siguiendo las instrucciones del labrador Sotero —le expliqué con una sonrisa nada disimulada y llena de satisfacción—. ¡Volvió a ser mágico, Pablo! El universo maniobra a nuestro favor, tenemos que aprovechar el día y acabar esto como es debido. Le diremos a Merche que nos ponga un poco de pan y algo para hacernos unos bocadillos durante la marcha para pasar el día, me temo que hacia donde nos dirigimos no hay muchos lugares en que poder comer.

—Bien, no te olvides de pedirle una botella de agua.

—Sí, claro, faltaría más.

Liquidé la estancia con Merche, que ya se había levantado para estar pendiente de sus huéspedes. Nos despedimos con la promesa de que no sería la última vez que nos veríamos, ese lugar nos había hecho sentirnos como en casa, y eso siempre es de agradecer.

Nos apresuramos a salir antes de que el amanecer se esfumara, nos dirigíamos hacia las montañas, eran visibles desde cualquier punto de la zona en un día despejado. Por la misma razón, dos hombres andando por el valle podían ser vistos con mucha facilidad, así que debíamos tener cuidado y aligerar el paso.

Comprobé con el móvil que aún estábamos a catorce kilómetros de Peña Luenga, que es como se denomina ese conjunto de montañas en el final de los montes Obarenes, que hacían de barrera con el término de Miranda. También observé que a las faldas de esas montañas había un pueblo denominado Cellorigo, y debía de ser muy pequeño, pues la noche anterior no vi luces en ninguna de las casas que ahora veía dispersas por la ladera.

La mañana era fresca e invitaba a pasear, pero ya no estábamos paseando, la marcha se había convertido en un agotador viaje a contrarreloj. Éramos la presa a la que se quiere dar caza y sabíamos que las fuerzas estaban desequilibradas; nosotros llevábamos heridas en los pies, muchos kilómetros en el cuerpo y estábamos agotados, y nuestros perseguidores viajaban en moto y seguro que estaban mucho más descansados y más preparados.

—¿Qué tal vas, Pablo?

—Bien, de momento, pero tengo hambre.

—Me lo imagino, no te preocupes, almorzaremos cuando llegemos a Cellorigo, antes de ascender por la montaña.

—Bueno, ¿cuánto falta?

—No lo sé.

—Pon la aplicación del GPS en el móvil, te dará toda la información.

—Claro, qué poco aprovecho las nuevas tecnologías, menos mal que te tengo a ti para recordarme su existencia.

—Mis tripas son una orquesta, yo no puedo empezar la mañana sin tomar mi desayuno proteico.

—¡Vaya, qué especialito te has vuelto, Pablo!

—Claro. Si se quiere rendir, se necesita gasolina para quemar.

—Yo es que tengo mucha en la bodega. Me entiendes, ¿no?

—Ya, ya, tú quieres perder grasa, y yo quiero coger músculo, el que se os olvidó añadir cuando me fabricasteis.

—Vaya, eso ha sido un reproche, ¡si otros matarían por tu físico!

—Sí, pero para el deporte, ser fuerte genéticamente es una ventaja.

—Sí, en eso tienes razón; bueno, eso podrás suplirlo con mucho entrenamiento, haciendo muchas pesas y esas cosas.

—¿Qué te crees que he estado haciendo?

—Ah, vale.

—¡Cómo te cuesta contar las cosas, Pablo, hay que sacártelas con sacacorchos!

Llegamos a los pies de aquella majestuosa cordillera, teníamos que tomar el camino que subía al pueblo, y luego continuaríamos por la montaña.

Tras sufrir las primeras cuestas, ahora era Pablo quien se estaba quedando rezagado. No entendía por qué se retrasaba.

—Vamos, Pablo, tira, no te quedes atrás, nos pueden alcanzar antes de tiempo.

—Bien, pues me alegraré.

—Pero ¿qué estás diciendo, Pablo?

—Os vi a ti y a esa mujer en la terraza muy acaramelados besándoos, papá, me avergüenza lo que estás haciendo.

—¡Vale!, ¡o sea que es eso! Pues debes saber que no habido nada entre nosotros pese a que

tentaciones no han faltado.

—No me lo jures que ya lo he visto.

—Pablo, lo de Gemma no va a ir a ninguna parte. —Saqué fuerzas desde lo más profundo de mi ser, no podía dejar que lo dudara—. Tengo muy claro cuál es mi propósito, y te aseguro que nada me despistará de mi objetivo para conseguirlo. Respecto a la relación con mamá, espero que mejore tras este impás, necesitábamos darnos espacio para crecer individualmente y poder decidir qué queremos hacer con nuestras vidas.

—Vale, te creeré —dijo con la voz quebrada.

Nos miramos y nos dimos un largo y sentido abrazo, no hicieron falta más explicaciones. Luego dije:

—Bueno, pues si está todo aclarado, debemos darnos prisa, Gemma me prometió que intentará retener a los italianos, pero el resto viene detrás de nosotros para impedir que descubramos el triángulo de la vida.

—¿Quiénes son el resto, papá?

—Pues el prior, con la ayuda de Kristof, y quién sabe a quién más habrán podido recurrir, lo mismo nos han denunciado a la Guardia Civil de la zona.

Vale, papá, no perdamos tiempo y vamos a por ello, yo te ayudaré.

—Así me gusta, Pablo, ya verás como no te defraudaré, confía en mí.

Por fin estábamos en Cellorigo, el Balcón de La Rioja, lo comprobé consultando en las guías de Internet a través del móvil. Nos dirigimos a la iglesia. Frente a ella había dos bancos, un árbol, un muro de piedra a modo de barandilla y unas vistas espectaculares. El día empezaba a ser soleado, y como estaba totalmente despejado, podíamos contemplar con toda claridad la profundidad del valle.

Al fondo, pero muy lejos, se apreciaban las montañas por las que iniciamos la ruta. Parecía mentira que hubiéramos podido llegar andando desde tan lejos, habíamos pasado del sistema Ibérico a la cordillera Cantábrica, que en esa zona se denomina montes Obarenes. Dos cordilleras enfrentadas, a unos 70 kilómetros de distancia una de la otra, y entre medias toda La Rioja Alta, qué maravilla de lugar.

—Este es el sitio perfecto para almorzar, ¿no te parece, Pablo?

—Sí, ya lo creo. Además, tenemos para elegir, un banco al sol y otro a la sombra.

—Tú verás.

—Y tenemos compañía...

—¿Quién? —me sobresalté, pues no se veía a nadie en los alrededores, ni habíamos oído el ruido

atronador de las motos.

—¡El gato, hombre! Ese gato negro —dijo señalando al animal, que se estaba acercando.

—¡Ah, qué susto me has dado! Dale un trozo de queso.

Mientras estábamos almorzando me dispuse a contemplar la iglesia desde el exterior. Estaba cerrada, como es normal un jueves entre semana, pero antes de proceder a su inspección le dije a Pablo:

—¿Qué te juegas a que encuentro triángulos en algún sitio?

—Ya no me apuesto nada, seguro que sí.

De pie frente a la iglesia, avancé unos pasos a la izquierda, hasta situarme frente a la puerta. Se llamaba Iglesia de San Millán. No podía estar más claro. Y observando entre sus barrotes y las decoraciones de su forja, los descubrí.

—Mira, Pablo, no falla, dos triángulos uno a cada lado sobre la puerta de hierro, en la semiluna que decora el atrio de la puerta de entrada al pequeño porche.

—¡Pues sí, qué pasada! Tienes razón.

—Es genial, estamos en el sitio correcto.

—Entonces a por el último, ¿no? Y habremos terminado.

—No, qué va, no tan deprisa, tenemos que saber dónde se encuentra este tercer elemento. Está cerca, seguro.

—¿Cuál es?

—El dodecaedro, el que representa el universo, el éter, el todo.

—Pues ya lo ves, desde aquí se ve todo.

—Sí, ya, pero tenemos que encontrar el lugar donde lo marcaron los monjes exactamente, el punto exacto del vértice. Verás, el último punto del triángulo estará tallado sobre alguna piedra.

—¿No estará marcado en ese panel indicativo que está frente a la iglesia, papá?

Eché un vistazo y leí con detenimiento toda la información que allí aparecía, tanto de la historia como del entorno, pero nada había de lo que andábamos buscando.

—¡Venga, a escalar la montaña!, tendremos que averiguarlo allí arriba.

—Me alegro —dijo Pablo.

Recogimos los restos del almuerzo y me cargué la mochila a la espalda. Tras los primeros pasos

por la ladera sentí que me caía de espaldas. Mis pies no podían sujetarse al suelo con firmeza y la mochila me hacía de contrapeso hacia atrás.

—Pablo, tendremos que dejar escondida la mochila entre algún matorral.

—Vale, coge el agua y el teléfono, con eso ya nos vale, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

Más liberado y descansado, empecé a escalar con los pies y las manos por las rocas. Había una senda marcada, y la seguimos esperando encontrar la indicación que debía señalar el hito más alto de aquel conjunto de picos.

Mientras ascendía, pensé en el panel que acababa de leer junto a la iglesia, el cual contaba la leyenda de esos montes que tenían nombre de mujer porque cada pico representaba a una bruja, las cuales se petrificaron en un aquelarre que hubo en ese mismo lugar. Eso lo hacía más interesante, aquellas rocas empezaban a tener vida propia, quién sabía lo que ocultarían.

Pasito a pasito, ascendíamos con sumo cuidado y resbalando mucho entre las piedras, que se deshacían a cada paso. Parecían trampas, como si alguien, quizás las brujas que habitaban el lugar, protegiera el secreto mejor guardado.

—Mira, papá, ¿qué es esto?

—Sí, muy bien, eso es el buzón que marca el punto más alto de la montaña.

—Quiero un selfie aquí en la cumber, ¿eh?

—¿Cómo dices?

—Papá, una foto juntos.

—Vale, hijo, no estoy al tanto de las nuevas palabrejas.

—Mira aquí a la cámara y sonríe.

El punto donde nos encontrábamos parecía haber sido una torre de observación en otro tiempo. Debajo del hito que marcaba la altitud de aquel conjunto de montañas, había un pequeño llano.

—Pablo, yo me voy a sentar aquí un rato, si te apetece ver algo más...

—No, tranquilo, me quedo contigo, que también estoy cansado.

Los dos nos quedamos sentados frente al sol de la mañana, dejando que los cálidos rayos nos acariciaran y nos calentaran el rostro. Era un momento perfecto de relajación y disfrute, solo para quien se atreve a llegar hasta allí. La paz era absoluta, pero enseguida recordé que no estábamos de excursión, teníamos que localizar los elementos porque en cualquier momento podían venir a por nosotros. Cerré los ojos y me puse a pensar en el dodecaedro, era todo lo que podía hacer... Doce caras... Veinte vértices... Treinta aristas... Me repetía aquello como un mantra.

No sirve verlo desde fuera —pensé—, tengo que estar dentro, pues es el que lo contiene todo. Me imaginé sentado en su base apoyada en el suelo, sus caras me rodeaban y me envolvían. Era magnífico, pero inmediatamente vi que las caras pentagonales se transformaban en ventanas por las que podían contemplarse distintas escenas.

Miré por una de ellas y vi como unos potentes caballos tiraban de un carro fuertemente custodiado que ascendía por un valle, y me fijé un poco más y distinguí un arcón en la carreta. Miré por otra ventana y vi a unos monjes en una sala muy luminosa escribiendo sobre grandes pergaminos, y observé que uno de ellos estaba dibujando precisamente un dodecaedro. Quise esperar para ver algo más, pero en mi intento de acercarme, se desvaneció todo.

Contemplé por otra ventana a un grupo de monjes que hablaban acaloradamente sobre unos manuscritos. En un momento dado, uno de ellos los cogió y se los llevó fuera de la estancia.

Me asomé por otra de las caras a mi espalda y vi, entre una nube de polvo, unas motos aproximándose. No había duda, eran los italianos que nos perseguían.

Desplacé mi visión hacia arriba, a la cara superior, y una luz intensa me cegó. Sentía su calor, pese a que estaba con los ojos cerrados, y el halo se concentraba y se iba haciendo más cercano. A la espera de sentir una presencia, me asusté y abrí los ojos. ¿Qué significaba eso?

Cerré de nuevo los ojos, miré hacia abajo, hacia el suelo; había un pozo. Podía ver al fondo el agua cristalina que corría sin cesar.

—¡Pablo, ya lo tengo! —le grité.

—¿Qué pasa? Me había quedado casi dormido con este solecito.

—No me extraña, se está genial. Estamos sentados justamente sobre el lugar.

—¿Cómo lo sabes?

—He percibido todos los elementos aquí mismo; el agua de la consciencia a mis pies; el viento que nos persigue a nuestra espalda, y he experimentado una luz y una energía tan intensa como si proviniera del mismísimo Dios.

—¡Hala, esta sí que es gorda! Te has pasado un poco, ¿no?

—Ya sé que suena muy extraño, pero así es, de modo que levántate y vamos a quitar esta tierra hasta llegar a la roca de debajo de nosotros. Busca algo, una piedra afilada o así, para que no te destroces las manos.

—Voy, más vale que tengas razón, es lo más friki que he oído en todo el viaje después de lo del ciervo.

—Bueno, esto que quede entre tú y yo y que no salga de aquí, entiendo que si estas cosas las cuentas en un sitio no adecuado, pensarán que estoy un poco pasado.

—Ya lo creo.

Cogimos unas piedras afiladas y, usándolas a modo de pala, empezamos a limpiar la tierra acumulada por el paso del tiempo sobre la meseta de la roca.

—Pásame el agua, estoy sudando como un cerdo —dijo Pablo.

—Es normal, entre el sol, que no nos perdona, y el esfuerzo de mover la tierra, empieza a sobrar toda la ropa. Ten cuidado con el agua y adminístrala bien, no nos queda más que un cuarto de la botella.

—Sí, pero dame un poco o desfallezco.

Al poco empezó a verse la piedra gris de la base de aquella atalaya.

—Mira, estamos llegando, un poco más y lo tendremos limpio.

Pronto salieron a la luz unas profundas hendiduras y empezamos a ver la forma de un pentágono. En aquel momento sentí una vibración en la pierna. Era el teléfono, lo cogí rápidamente. Me extrañó mucho, dado que nadie había intentado contactar con nosotros. El número era desconocido.

—Pablo, ¿conoces este número?

—Va ser que no, ¡no lo cojas!

—Tengo que cogerlo, ¿quién sabe?

El móvil vibraba sin cesar, y si no me apresuraba, colgarían. Tenía que tomar una decisión, pero ¿cuál?

CAPÍTULO 17

EL FUEGO

21 de septiembre del 2007

—¿Sí? Dígame.

—¡Hola, Juan! ¿Qué tal estás?

—¿Pero es posible? ¡Kristof!

—Sí, amigo.

—¡Pero, hombre!, ¿qué me cuentas? ¿Me llamas para que volvamos al monasterio?

—No, qué va. Ya sé dónde os encontráis.

—¿Dónde estás?

—Tranquilo, yo en el monasterio. Ya te dije que era informático.

—¡Sí, ya! ¿Y qué tiene que ver?

—Me dedico, además de a la biblioteca, a la seguridad de las telecomunicaciones en el monasterio, por eso sé que este teléfono estuvo en la sala secreta, y luego me enteré de que era tuyo.

—¿Y cómo supiste eso?

—Todo teléfono conectado a Internet deja un rastro que se puede seguir para averiguar su procedencia. Llamé a tu casa, hablé con tu mujer, Mar, y me confirmó que era el tuyo, que te lo trajo tu hijo.

—Se asustaría, ¿no?

—Bueno, un poco, ya me dijo que te lo habías dejado en casa y que llevabas casi tres meses sin hablar con ella.

—Pues sí, más o menos, se puede decir que dejamos la relación en silencio. Y ¿cómo es que no nos ha llamado a mí o a Pablo?

—Tranquilo, no le he contado nada, hice como que se había extraviado este teléfono por el monasterio y que había llamado para confirmar su pertenencia. Por lo demás, le dije que estabais bien.

—Vaya, eres un crack, estás en todo.

—No, solo me preocupo por vosotros. El padre prior también está preocupado, tiene miedo de las intenciones de la delegación italiana. Gemma nos lo ha contado todo y tenemos claro que debes ser tú quien localice los elementos, pero los guardaespaldas de Gemma en realidad son los guardianes del secreto del triángulo, y no atienden a nuestras razones y no cesarán hasta cogerte.

—Ya, me lo temía, pero me alegra saber que los demás estáis conmigo.

—Tú me dirás qué puedo hacer por ti.

—Fantástico, pues quizás puedas resolverme lo más difícil.

—Tú dime.

—Hemos descubierto los tres vértices del triángulo con sus elementos, el agua, el viento y el cielo, que es donde estamos en este momento; de hecho, estamos casi tocándolo con la mano... Ja, ja, ja, es una broma.

—Ya veo que estás sobre el pico de una montaña.

—¿Es posible que puedas ver eso?

—¡Claro! Tengo tu rastro sobre el Google Earth y te sigo a tiempo real.

—Pues mira, Kristof, yo desde aquí tengo una vista real maravillosa, veo el encuentro de los ríos en Cihuri, veo el punto del Bolo en la montaña de Cuzcurruta, que define el aire, por lo que podría trazar la bisectriz imaginaria hasta llegar al centro del triángulo, pero necesitaría colocarme en el Bolo y hacer lo mismo, así podría tener la intersección de las bisectrices del triángulo y conocer el centro de la circunferencia que definen estos tres puntos. O sea, el último elemento.

—Eso es fácil, Juan, mira, hay una aplicación en Google con la que se puede dibujar y hacer lo que tú me dices. Lo hago, y la coordenada que me dé te la paso para encontrar ese punto.

—¡Genial! Estoy seguro de que ahí estará el último elemento, el fuego.

—Dame un poco de tiempo y te llamo, cuanto menos tiempo estemos hablando, mejor, más difícil se lo ponemos a Benedetto y a Nicola, que disponen de sistemas de rastreo de teléfonos móviles.

—Ok, no se hable más, espero tu llamada.

No había colgado cuando empezamos a percibir el atronador ruido de las motos. El valle estaba en silencio y cualquier sonido se dejaba escuchar desde nuestra posición elevada.

—¿Estás oyendo eso, Pablo?

—Sí, unas motos. Vienen hacia aquí, ¿verdad?

—Pues no era lo acordado, en el encuentro en la terraza de La Lupe Gemma me había prometido más tiempo, pero va a ser que no ha podido retenerlos.

—Un encuentro... Venga hombre, que lo vi todo, papá.

—Ya lo hemos hablado, no desconfíes de mí, Pablo, solo te puedo pedir que creas en mis sentimientos, nunca se han apartado de lo que más quiero en este mundo, y es nuestra familia. Mamá, vosotros tres, sois el verdadero proyecto de mi vida.

—Entonces, ¿por qué te beso, la italiana?

—Es una historia un poco larga, ahora no tenemos tiempo, pero tranquilo, créeme, todo está bien.

—Si tú lo dices...

—¿Acaso tú no te has besado con Noelia? —Pablo me miró con cara de asombro—. Esas cosas pasan, no hay que darles tanta importancia, solo la justa y necesaria. —Ahora Pablo se sintió pillado y, no sabiendo por dónde salir, se calló.

Una nueva llamada. Era Kristof.

—¿Qué me dices, Kristof? Dame buenas noticias, parece que vamos a tener compañía.

—Pues tendréis que daros prisa, el centro se encuentra a siete kilómetros de donde estáis vosotros.

—¿Qué? ¿Estás seguro? Llegar hasta allí nos podría costar más de una hora.

—Sí, es curioso. Coincide con una rotonda en que se cruza la carretera LR—202 con la LR—209, ¿la ves? Junto a ella hay una balsa de agua.

—Sí, pero está muy lejos. No sé si podremos llegar sin que nos cojan.

—Cruza por donde no puedan ir las motos, salís de las carreteras y caminos.

—Está bien. A ver lo que aguantamos, estamos muy mal físicamente.

—Haced lo que podáis y corred sin parar.

—¡Qué remedio! Gracias, Kristof, seguro que tendrás noticias, adiós. Gracias por todo.

—Pablo, tenemos que pensar cómo llegar hasta aquella rotonda sin que nos cojan... Vamos a estar muy expuestos.

—Enfrentémonos a ellos.

—Pero ¿qué dices? ¿Estás loco?

—Juguemos con ellos.

—¿Cómo, Pablo?

—Lo que están siguiendo es el rastro de los teléfonos. Apaguemos uno de los dos y el otro lo conectaremos a una aplicación de Internet y lo lanzaremos al otro lado de la montaña. Tendrán que bajarse de las motos y caminar, y entonces podríamos quitarles las motos.

—Tiene su lógica, y no tenemos muchas más opciones. Vale, dame el tuyo.

—Bueno, pero me tendrás que comprar otro, ¿eh, papá?

—Claro, hijo, si salimos de esta, los que quieras. No obstante, protégelo con algo, un pañuelo, y así no se estropeará cuando lo lances.

Desde la cumbre de la montaña se contemplaban los dos valles, el riojano y el castellano. Pablo lanzó el teléfono al lado castellano, y cayó sobre unos matorrales. No sabíamos si sería suficiente distancia. Bajamos corriendo por el monte hasta situarnos al pie de la montaña, casi junto a las casas del pueblo, y esperando a que llegaran con sus motos, bebimos el último sorbo de agua en aquella tórrida mañana. El sol calentaba todo el valle como siempre lo había hecho en los últimos días del verano, pero en esos instantes de espera parecía que el cuarto elemento, el fuego, quisiera revelar su presencia sobre nosotros.

—Mira, Pablo, ahí están...

—Han dejado las motos donde imaginábamos, tienen que rodear la montaña, eso nos dará cierta ventaja.

—¿Te has montado alguna vez en una moto?

—Igual más que tú, papá.

—¿Qué me dices? Pero si no tienes moto.

—Ya, pero tengo un amigo que sí, y nos deja dar vueltas por su finca.

—Cuánto me alegro, pues seguro que controlas más que yo. Solo he montado dos veces en mi vida y siempre me he caído, así que les tengo un poco de miedo.

—¡¡Ya están dando la vuelta por la montaña!!

—No había pensado en que necesitaríamos las llaves, ¡pero mira, se las han dejado puestas!

—¡Genial, venga! Pablo, rápido, coge tú una y yo la otra, arráncala, hemos tenido mucha suerte.

El ruido del acelerador a tope hizo girarse de repente a Nicola y a Benedetto, que se dieron cuenta del engaño y empezaron a correr despavoridos hacia nosotros.

—¡Vamos, papá, arranca de una vez!

—¡Eso intento, pero esta gripada!

—Presiona el embrague con la mano y dale al pedal. ¡Vamos, se nos echan encima!

—Márchate tú, Pablo, ¡ve tirando!

—¡Papá, arrastra la moto, sitúala en la calle de hormigón cuesta abajo, y lánzate con el embrague apretado, luego suelta! ¡¡¡Y venga, corre, dale gas!!!

Una fuerza sobrehumana me inundó la mente y el cuerpo. Empecé a empujar la moto como si nada me pesara, ya me estaban alcanzando en el inicio de la cuesta abajo, cerré los ojos y solté el embrague, si fallaba el intento no tendría escapatoria en aquella estrecha calle perdida de la montaña.

Un estruendo sonó quemando el gas de la motocicleta, casi me caigo hacia atrás del impulso tan inesperado, pero tenía tanta adrenalina sobre mis brazos, mis manos y mis pies, que se quedaron soldados al manillar y al cuadro de la moto. Salí volando de allí como el pajarillo asustado por el halcón que intenta darle caza con sus garras tras la embestida fallida. Pablo se resistió a dejarme solo y me esperó un poco más alejado con el motor en marcha.

Cuando llegamos a la rotonda que nos había indicado Kristof, vimos una furgoneta parada en el arcén con los intermitentes puestos. ¿Qué sorpresa nos depararía ahora el destino?, me pregunté.

Aquellos cabellos rubios eran inconfundibles, y más cuando su cara se inundaba con una enorme sonrisa.

—Kristof, ¿qué haces aquí?

—Supuse que necesitaríais ayuda y, sobre todo, herramientas. Os he traído unas palas, azadones, en fin, lo que teníamos por el huerto y sirviera para cavar. Además, mira, Pablo, quién me ha traído por el camino más corto.

—¡Noelia, qué sorpresa! —Se le iluminó la cara al verla descender de la furgoneta y corrió a

darle un fuerte abrazo.

—¿Qué tal, Pablo, estáis bien? —le preguntó mirándolo con cara de preocupación.

—Sí, bueno, nos hemos librado por los pelos de los italianos, vamos a darnos prisa.

—¿Por dónde empezamos? No tenemos mucho tiempo, Juan —dijo Kristof.

—Buena pregunta. En el agua la corriente me guio. En el aire, el viento me situó en el lugar, en el cielo, el dodecaedro se reveló. ¿Qué tengo que hacer con el fuego?

El sol se encontraba en lo alto y nos lanzaba sus rayos abrasadores con toda su intensidad. Estábamos totalmente expuestos, no había ningún árbol ni nada parecido que pudiera darnos sombra. Tendría que ser así, el fuego y yo, el sol y yo, solos el uno con el otro, nada más debía de existir en ese momento, nada más me preocupaba. Me descalcé y me quedé con los pies desnudos sobre la arena, y empecé a sentir su frescor. La conexión con la tierra me relajó y me puse a pensar en la geometría. Ella siempre me había dado la respuesta.

Pensaba en voz alta:

—El tetraedro representa el fuego, es el elemento más simple de todos. Geométricamente, si lo introducimos dentro de un cubo, sus vértices encajan perfectamente con los del exaedro. El octaedro también cabe dentro de un cubo, con sus vértices coincidiendo en los puntos medios de sus caras. ¡Es fantástico, al icosaedro y al dodecaedro les ocurre lo mismo, pueden estar ambos dentro del cubo! O sea, que todos los que ya he localizado pueden estar contenidos en la tierra.

»¿Cómo lo interpretaría Platón? Se podría interpretar como que todo lo hallado alimenta la tierra: el agua, el viento, el cielo, el fuego que está por descubrir... Tiene que estar enterrado, como el tetraedro dentro del cubo. ¡¡¡Eso es!!!

Eché un vistazo a la rotonda, la habían construido no hacía mucho y carecía de pavimento, tan solo habían colocado los bloques de los bordillos para delimitarla, pero el suelo era tierra. Menos mal, pensé. No obstante, se apreciaba una zona dentro del círculo donde crecían unos tallos más grandes y fuertes.

—¡Ya lo tengo, allí es, en esas hierbas más altas! Ese es el punto donde tenemos que cavar.

—Perfecto, si tú lo dices, repartámonos las herramientas y el terreno.

—Tú, Noelia, quédate vigilando por si vienen esos dos tipos —dijo Kristof, tomando la mayor de las azadas.

—Vale —dijo, y se quedó mirando hacia la carretera.

Empezamos los tres a picar espalda con espalda y a sacar la tierra bajo el sol abrasador, estuvimos un largo rato en el más absoluto silencio, tan solo con el sonido de la fricción de las palas y los picos sobre la tierra. Fuera se amontonaba la tierra mientras que dentro del agujero nuestro cuerpo se hundía cada vez más.

—Creo que he tocado una losa de piedra —dijo Pablo.

—A ver, límpiala bien... A ver qué es... —Nos acercamos todos.

—¡Juan, eres un genio, mira qué inscripciones tiene esta losa! —exclamó Kristof.

—Bien, bien, bien... —dije yo.

Dejamos caer al suelo las herramientas, con la sonrisa en el rostro. Una gran losa de piedra de un metro cuadrado tenía grabada en su cara superior el triángulo en la posición geográfica de los otros tres elementos encontrados, así como un punto en su incentro y un círculo donde se acotaba un radio que marcaba doce kilómetros.

Nos abrazamos los tres, sudorosos y exhaustos por el esfuerzo que habíamos realizado. Noelia nos lanzaba guiños, contagiada de nuestra alegría, reíamos, llorábamos, chillábamos, podíamos liberar por fin toda la tensión, todo era tal como lo había imaginado, la historia de mi abuelo era cierta, el documento de casa de mis padres era real, todo se estaba confirmando. Miraba a Pablo y me llenaba de felicidad verlo tan contento participando de esta historia tan familiar.

—Fijaos —dijo Kristof—, esta losa igual está tapando algo más, ¿no, Juan?

—Podrías tener razón, lo mismo quedan más sorpresas. Limpiemos bien los bordes.

—No podremos levantarla —anunció Kristof—, pesa mucho.

—¡Eh! —dijo Pablo—. ¿Cuánto crees que pesará, papá?

—No sé, espera que calcule así a ojo... Unos cien kilos por lo menos.

—Pues espera a ver si puedo con ella. Ese peso no tiene que ser un problema, he estado levantando pesos mayores. —Estaba su chica allí mirándolo, no podía fallar.

—¿Qué me dices? Pues toda tuya, tómate tu tiempo.

Se despojó de su camiseta y la partió en dos, todos sus músculos quedaron a la vista, Kristof y yo nos mirábamos sorprendidos ante aquel escultural cuerpo. Pablo se enrolló los trozos de la camiseta alrededor de las manos, para protegérselas, y, separando las piernas, las flexionó hasta que sus glúteos quedaron a la altura de sus rodillas.

—¿Estás seguro, hijo?

—Sí, tranquilo, papá, será como levantar un peso muerto, se basa en la fuerza de las piernas, no te preocupes. Si la muevo, aprovechad para apalancarla con los mangos de los azadones.

—Claro, estaremos atentos. Cuando quieras.

Todo su cuerpo estaba sudoroso y tensado por el inicio del esfuerzo. Casi no podía reconocer al niño al que yo montaba a caballito sobre mis hombros. Jugábamos sin descanso en la piscina horas y horas los veranos a que yo lo levantara por los aires, haciendo el gesto que ahora él haría

por mí.

Un grito desgarrador chocó contra las montañas y nos devolvió su eco. La losa estaba en el aire, lo justo para poder meter el mango de la azada y poder apalancarla. Se dejaba ver un espacio donde parecía haber algo más.

—Bravo, Pablo, ya lo tenemos, estás superfuerte.

—¡Ah! Me he vaciado, me estoy mareando.

—Ya está, tranquilo. Te acompaño al coche y descansas, creo que tengo una botella de agua —dijo Noelia.

—Sí, gracias, no puedo más.

—Por cierto, Noelia, avisa a Gemma y al prior de que estamos aquí.

—Sí, tranquilo, ya los he avisado hace un rato, estarán al llegar.

—Kristof, ayúdame a correr la piedra y a sacar la tierra del habitáculo, debemos darnos prisa, los italianos deben de estar al llegar.

—Toma, bebe de esta botella de agua, todavía está fresca —le dijo Noelia a Pablo, acariciándole suavemente el pelo.

—¡Ay, me he pinchado, hay una punta!, pásame ese azadón, Kristof, voy a retirar la tierra de los laterales.

—¿Qué puede ser?

—¿Acaso no te lo imaginas?

—No sé, esto está lleno de enigmas.

—Mira, es un tetraedro de hierro, está un poco oxidado, pero es magnífico, está perfecto, su vértice está marcando con total exactitud el centro del círculo, ¡seguro!

—¿Podrás cogerlo? —me preguntó Kristof—. Es muy grande y es de hierro, tendrá unos cuarenta centímetros de lado más o menos.

—Supongo que sí, intentaré moverlo. —Devolví la mirada hacia el hueco y me fijé en la losa que lo cubría—. Mira, Kristof, fijate bien en la inscripción de la losa.

—Es cierto, tiene tallado el mismo dibujo que aparece en los pergaminos. Me los enseñó el padre prior antes de venir.

—Sí, y además, al construir la circunferencia por continuación de los lados en los vértices, resultan seis vértices por los que pasa una circunferencia de un radio de doce kilómetros. Eso sí sabes lo que significa, ¿no, Kristof?

—¡Claro! Es la tierra elegida. El doce representa a los elegidos, como los doce apóstoles, supongo que esta será una zona próspera y rica, seguro que comparten muchas cosas los pueblos que se encuentran dentro de este círculo.

—Exacto, esta zona está limitada por los montes Obarenes y por los ríos Oja y Tirón, que desembocan en el Ebro. Entre medio se encuentran los pueblos elegidos, con sus campos fértiles que los ayudaron a crecer y a ser lo que hoy en día son, pueblos llenos de gente satisfecha y enamorada de su terruño, de su paisaje, a sabiendas de que nunca les fallará la tierra que los vio nacer. No sabrán explicar el porqué, pero existe una razón geométrica y sagrada que los une, y acabamos de encontrarla.

—Pero, ahora que lo pienso —dijo Kristof—, estos lugares no se han marcado hace tantos siglos.

—¿Por qué lo dices?

—¿Cuándo empezó a utilizarse el sistema métrico decimal, es decir los metros centímetros y kilómetros?

—Es cierto, Kristof, esto solo puede estar marcado desde finales del siglo xviii o mediados del mismo, que es cuando se internacionaliza el sistema métrico decimal.

Estábamos disfrutando de las conclusiones de todo aquello, cuando escuchamos unos pasos que se aproximaban cada vez más. Eran Benedetto y Nicola, a los que ahora sí veíamos acercarse corriendo con las camisas por fuera, el rostro sudoroso, totalmente desencajado, y sin intención de pararse ante nada. Cuando quisimos reaccionar, ya habían saltado sobre nosotros. Pablo y Noelia no se habían enterado, estaban en el interior de la furgoneta recostados, debían de estar a lo suyo. Nicola se abalanzó sobre mi cuello provocando que me cayera de espaldas, con la fortuna de que no me clavé la punta del tetraedro. Benedetto hizo lo mismo sobre Kristof, y como este no ofreció ninguna resistencia, lo bloqueó rápidamente y lo mantuvo paralizado sobre el suelo del foso. Al escuchar gritos, Pablo salió corriendo del coche en nuestra ayuda. Conseguí zafarme y salir del hoyo, pero Nicola fue tras de mí, me alcanzó enseguida, volvió a agarrarme el cuello con el brazo y me derribó. Me estaba asfixiando. Tumbado de espaldas contra el suelo mientras me sujetaba, vio venir a Pablo, dejó que se acercara, colocó el pie izquierdo sobre la tierra, y con ello aprovechó para impulsar la pierna derecha al aire con toda su fuerza. La patada le dio a Pablo de lleno en la cara y lo lanzó unos metros más atrás: cayó desplomado. Aproveché el movimiento para girarme y liberarme de los brazos que me apresaban el cuello, y, sin pensarlo dos veces, me abalancé sobre Pablo. Al ver que estaba inconsciente, lancé un grito desesperado:

—¡¡¡Basta ya!!!

Nicola y Benedetto pararon de inmediato mientras llegaba un gran cuatro por cuatro negro de gran cilindrada. Lo conducía Gemma y el padre prior iba de copiloto.

Nada más descender del coche, Gemma se dirigió a Nicola e iniciaron una fuerte discusión. Apenas se entendía el italiano que se gritaban a gran velocidad en tanto gesticulaban con las manos como si fueran a pegarse. No sé qué le pudo decir Gemma, pero con su fuerte carácter

acalló a Nicola, quien, bajando la cabeza, se echó a un lado. Pablo se fue espabilando y lo ayudé a ponerse de pie, ya nos encontrábamos todos alrededor del gran enigma, en el último poliedro.

—Enhorabuena, Juan —dijo el padre prior—, parece que lo has conseguido.

—Sí, padre, tal y como yo lo imaginaba.

Noelia, ajena a todo esto, salió corriendo del coche a socorrer y abrazar a Pablo, que todavía estaba recuperándose del fuerte patadón que le había propinado Nicola en el rostro.

—Felicidades, Juan —me susurró Gemma con una sonrisa de complicidad, como si no fuera con ella ese descubrimiento.

—Bien, señores —dije yo—, hagan lo que crean oportuno con este hallazgo, pero sería bueno que dejara de ser un secreto y pasara a ser compartido por todos los habitantes de estos municipios, a fin de que sepan lo que los une. ¿No cree usted, padre prior?

El prior se quedó mudo un instante, parecía que quería escoger bien sus palabras.

—Esto es algo que llevábamos muchos años intentando descubrir, Juan, pero nadie había sido capaz de interpretar los esquemas dibujados en las hojas de los pergaminos, ni de determinar los lugares de la naturaleza que les correspondían. Te agradezco tu empeño en dar con ello y tu osadía, y te pido disculpas por haber dudado en ciertos momentos de tu capacidad.

—Gracias, padre —dije con cara de haber pasado un poco de miedo.

—Lo que no sé —dijo mirando a Gemma—, es lo que opinan tus acompañantes y guardianes del triángulo sagrado.

—Tranquilos, les he dejado claro que llegaremos hasta el final.

—Por mí, ya hemos terminado —dije a modo de despedida—, gracias a todos vosotros, que me habéis empujado a descubrir la ruta sagrada hasta dar con ella. Sin la complicidad y la ayuda de Kristof no habría sido lo mismo; sin la motivación y empatía de mi hijo Pablo nunca me habría atrevido a volver a la sala secreta. A ti, Gemma, te debo el haber confiado en mí. A los guardianes del triángulo..., solo puedo estarles agradecido: con todo lo que nos han hecho correr, han conseguido que lo hayamos descifrado en un tiempo récord. Y a usted, padre prior, mil gracias por aceptarme en el monasterio, por dejarme convivir con ustedes y haber podido entender la vida monacal como la entendió san Benito. Sin ese conocimiento, este hallazgo no hubiera sido posible. Ah, se me olvidaba: a ti Noelia, gracias por cuidar tan bien de mi hijo.

—Gracias a ti, Juan —interrumpió Gemma—. Yo no hubiera sido capaz de localizar los elementos como tú lo has hecho. Tienes un don especial, como tu antepasado, para interpretar la naturaleza, yo no estoy a tu nivel en ese sentido.

—Gracias, Gemma. Me halaga mucho esto que dices, la verdad es que me he sentido un ser especial conforme iba descubriendo los puntos donde se encontraban los elementos, como si todo el universo conspirara para echarme una mano, ja, ja, ja. —Me reí de puros nervios, liberando

toda la tensión acumulada, y proseguí—. Sé que esto puede parecer una locura, pero es que no sé cómo explicarlo, lo único que sé es que lo he sentido desde lo más profundo de mi ser en conexión con la propia naturaleza, al mejor estilo platónico, y perdón por la comparación. Esto es todo lo que hemos venido a buscar y doy gracias por haberlo encontrado.

Bajé la cabeza y empecé a alejarme en dirección hacia el coche, pero la vista se me nubló y algo me paralizó, no me permitió dejar el lugar en que estaba. De repente, sentí que abandonaba este mundo, una sensación de ingravidez inundó todo mi cuerpo. ¿Debía dejarme ir?

CAPÍTULO 18

LA CATARSIS

21 de septiembre del 2007

—¡Espera, Juan! —gritó Gemma sacando de su cazadora el manuscrito de *El Triángulo de la Vida*. Serían unas veinte hojas más o menos, y tras abrirlo por las últimas páginas, se dispuso a leer unas notas que tenía apuntadas en un papel aparte, supongo que traducidas del griego. —No has terminado aún, Juan, te falta la confirmación divina de todo esto.

—¿Qué me dices, Gemma? —balbuceé, pues no sabía si hablaba para este mundo o para el otro.

—Sí, aquí lo pone, colócate de nuevo en el centro donde estaba la pirámide, cógela entre tus manos y ofrécesela a Dios. Si todo es correcto, preparaos para el acto final.

Ante la mirada atónita de todos los presentes, como un sonámbulo retrocedí torpemente unos pasos atrás y me introduje de nuevo en el agujero excavado. Me coloqué en el centro y tomé el tetraedro con ambas manos, mis dedos no llegaban a tocarse, pesaba más de lo que pensaba o yo estaba muy debilitado, y, tambaleándome, lo elevé al cielo a duras penas, bajo un sol abrasador, cerrando los ojos y sacando fuerzas de donde no las tenía.

—Ahora —me decía Gemma—, debes pensar en todos los elementos en orden inverso a como los has encontrado, y por último visualiza este, solo así se mostrará el quinto elemento, el que falta.

«La tierra» —pensé yo—, «ese es el que falta». Ya conocía la forma de conectar con los elementos, así que solo tenía que relajar el cuerpo y la mente y sentir todo lo que había descubierto, de modo que empecé por el tercero de los elementos; el éter, o el universo,

representado por el dodecaedro. El cielo se oscureció de repente, y lo que era un día de sol radiante se cubrió con un manto oscuro, el día se pintó de gris en un instante. Sin dudarlo, continué pensando en el siguiente elemento, el aire, que corresponde al octaedro, y un vendaval de viento empezó a dar vueltas a nuestro alrededor. Todos se protegieron de tan furiosa contestación de la naturaleza como si se tratara de una maldición bíblica. Escuchaba a lo lejos cómo me seguía hablando Gemma, diciéndome que debía continuar. El siguiente elemento era el agua, y cuando imaginé el icosaedro con sus veinte caras triangulares, para sorpresa de todos, empezó a llover. Todo esto pasaba en el círculo que se dibujaba en el cielo, en la distancia elegida, los doce kilómetros de radio. Podía sentir como solo ocurría dentro de esa área, tan solo allí dentro caía la lluvia, ese era el lugar elegido, esa era la manera de señalarlo, y yo era capaz de sentirlo.

Nos estábamos refrescando con aquella lluvia repentina bajo el cielo gris, cuando al centrar mi pensamiento en el fuego imaginándome un tetraedro, un rayo cayó sobre mí atraído por la pirámide que sostenía en lo alto con los brazos estirados. Se fundió en mis manos. Yo resistí de pie, pero el rayo me atravesó por completo. Desde las puntas de las yemas de mis dedos pasó por mi columna vertebral haciéndome sentir un tremendo escalofrío y, como si yo fuera un pararrayos, me conectó con la tierra, pero no me dañó; al contrario, algo ocurrió dentro de mí..., una mayor clarividencia me inundó por completo.

No veía nada, pero empecé a sentirlo todo. De repente, era capaz de intuir a todos los seres que estaban a mí alrededor y podía apreciar su voluntad de amar. Conectaba con todos los animalillos que se encontraban por el campo, a mí alrededor, y notaba su alegría por estar libres de corretear de acá para allá. Palpaba con mi alma la presencia de la naturaleza, de los árboles y de las plantas... Escuchaba su intensa respiración, su esfuerzo por procurarnos bienestar, afanándose en inspirar profundamente el aire contaminado y expirar todo el oxígeno posible para que nunca nos falte el aire puro. Sentía el agua que fluía por las riveras, era un agua clara y cristalina, cuya melodía resonaba al romper contra las piedras como timbales de una afinada orquesta.

Era capaz de fluir en el río de la vida como pez en el agua, de contemplar las riberas y, como una recta paralela a las dos orillas, deslizarme a gran velocidad. Me hallaba sobre el primer elemento. Era una sensación de libertad sin miedos, sin tiempo ni espacio, con una ingravidez plena. Notaba el descenso del torrente como quien cae a un pozo, y reconocí el lugar: estaba en el encuentro de los ríos. Con una velocidad no conocida en este mundo, ascendí de nuevo por el agua como por una pista de despegue, recorrí el lado del triángulo de la vida, y al llegar al segundo elemento, en un pequeño salto, como si entrara en un tobogán de abajo arriba, este me sacó del agua, y volé y volé hacia el cielo. Me sentí un pajarillo entre el cielo y la tierra, mis alas se agrandaban hasta convertirse en las de un águila inmensa, majestuosa, y el viento, el segundo elemento, me llevó lejos de la tierra. Estaba sobrevolando por debajo las nubes dentro del

inmenso círculo, donde podía contemplar todo lo que allí sucedía... «El elegido»..., y empecé a descender formando una espiral áurea como lo hacen estas aves para dar caza a sus presas, con círculos descendentes cada vez más pequeños, hasta posarme con total precisión sobre un punto: el tercer elemento, los picos de aquellas crestas de los montes Obarenes.

Por un momento pensé que no tendría capacidad para asimilar lo que estaba viendo y sintiendo, pero no existía la preocupación, se resolvía a la misma velocidad en que se cuestionaba. ¿Qué significaba todo eso? La respuesta no se hizo esperar, un fuego estalló en mi interior y su calor se convirtió en puro amor..., el amor a la vida, a la naturaleza, al lugar que habitamos, todo conspira para que nos sintamos amados, y el amor es la única fuente para regar nuestra vida.

Como a la hora de regar un huerto, en nosotros está cómo lo vamos a hacer, cómo vamos a amar: podemos hacerlo con una pequeña regadera, o con una manguera, o puede ser a manta como se desborda un río, y todavía podría ser más grandioso, como las olas de un inmenso mar que llegan a la playa, y siempre cabe más agua, nunca se desborda, nunca se vacía, siempre está llegando agua nueva que alimenta la orilla. Y así debería ser nuestro amor, infinito.

Ahora sí, caí de rodillas al suelo con un deseo inmenso de romper a llorar. Dentro de mí sentía un mar embravecido arrojando mis lágrimas en todas direcciones, salpicando con mi emoción a todos los seres que se encontraban a mi alrededor, haciéndoles sentir lo que yo acababa de experimentar. Entonces empecé a ver pedazos de tierra impactando sobre el suelo, como si se tratara de granizo, pero en este caso era tierra que se deshacía. El resto del grupo, con las manos sobre la cabeza, se protegieron de tan extraña lluvia. Aquello no parecía ser de este mundo, una verdadera respuesta de la naturaleza promovida por su creador. ¿Por quién, si no?

Nos quedamos atónitos, contemplando cómo en unos instantes aquella sucesión de acontecimientos se desvaneció, y se restableció el maravilloso día en el que nos encontrábamos instantes antes de realizar aquel acto final de confirmación.

Pablo, que se hallaba junto a Noelia, no dudó en salir corriendo hacia mí para abrazarme como nunca lo había hecho. No había nada que explicar... Lentamente se acercaron los demás y, sin mediar una sola palabra, nos fuimos abrazando profunda y silenciosamente, y se creó una gran comunión entre todos los presentes.

Poco a poco retomamos la conciencia de lo acontecido.

—¿Qué tal, papá?, ¿cómo te encuentras?

—Vaya, un poco aturdido, pero bien. ¿Lo has visto? Esta vez no ha sido una flipada mía.

—No, papá, parecía como un gran truco de magia pero a lo bestia, como los de David Copperfield.

—Yo diría que se trataba del mejor truco del mundo, el del amor.

—Tienes razón, papá, también yo he sentido algo en mi interior que no sabría explicarte, pero me ha dejado mucha paz y mucha claridad.

—¡Qué bien, Pablo! No te tengo que explicar nada, has sido un privilegiado al poder presenciarlo, siempre podrás contar lo que has visto, pese a que muchos no te creerán. ¿Te acuerdas de quién dijo esto?

—¡Sí, sí! Platón en el discurso de la caverna.

—Por mí, estás aprobado en filosofía, ja, ja, ja...

—Has derrumbado mi incredulidad ante tus fricadas, veo que tengo que aprender a escuchar un poco más, que sepas que quiero ser siempre cómplice de tus grandes o pequeños descubrimientos.

—Gracias, hijo, será un honor para mí, veo que has aprendido a ver con la mirada y a sentir con el corazón, y es razón más que suficiente para sentirme orgulloso de toda esta aventura.

Volvimos a fundirnos en otro fuerte abrazo. Sentí su piel, los músculos de su espalda desnuda manchada por el barro, recordé por un instante la pelea, cuando Pablo había acudido en mi defensa, y cómo se había resuelto todo, y me invadió una inmensa felicidad.

CAPÍTULO 19

EL REGRESO

8 de octubre del 2007

El verano se terminaba, todo resultaba cálido y gratificante, las entrevistas en los periódicos, radios, y hasta en la televisión, eran constantes. La llegada a casa resultó ser un grato reencuentro con lo más querido, mi familia. Habíamos recuperado la comunicación y atrás quedó en el tiempo la ausencia de las palabras como método para no entrar en discusiones absurdas. Tras el regreso, Mar y yo habíamos dado paso al deseo de hablarlo todo, de comunicarnos que estábamos aquí

juntos en el presente, y nuestra emoción se hacía visible compartiendo y disfrutando el día a día que se nos regala para vivir, ninguno de los dos quería desaprovecharlo.

No faltaban las anécdotas y las risas, Pablo y yo contábamos un montón de situaciones vividas a sus otros dos hermanos y a Mar, y mis cuñados también nos hablaban de su verano.

Estábamos en pleno mes de octubre, caían las hojas de los árboles recordándonos que ya era otoño, y las rutinas del curso normal empezaban a sucederse. Una mañana llegué a casa después de una buena jornada impartiendo conocimientos e historias geométricas, cuando mi mujer me dijo:

—Te ha llegado esta carta, parece que viene de Italia.

—Vaya, ¿qué se habrán dejado? Ya les expliqué todos los secretos, les conté todo lo que sabía.

—¿Acaso vamos a perderte otra vez? —me dijo con cara de preocupación.

—Querida, por lo que veo me piden que vaya a ayudarles a descubrir otro triángulo de la vida en la zona de la Toscana, algo relacionado con Leonardo da Vinci.

—¡Vaya, Italia! ¡Qué suerte tienes! ¿Cuándo te vas?

—¡Perdona, cariño! Querrás decir «cuándo nos vamos», las rutas geométricas secretas ya no son secretas para mí, pero tú y yo, juntos, tenemos muchas cosas por descubrir. La bella Toscana en otoño debe de ser un lugar maravilloso para descansar, ¿no te parece?

Sus ojos se iluminaron, su sonrisa relajada y feliz era su mejor secreto de belleza, la felicidad le sentaba muy bien.

—Pero, ¿y los niños? —dijo ella.

—¿Qué niños? Yo no veo niños por casa, si son mayores para estar todo el verano por ahí también podrán sobrevivir en casa solos un mes más. Creo que ya es hora de que hagamos un viaje solos, ¿no crees? Hace más de veintidós años que no estamos en plan novios. Además, en el instituto, seguro que no tienen problema para encontrar un sustituto en el departamento.

Los días volaban como las hojas secas, había momentos en que parecían quedarse flotando, suspendidos en el aire, revoloteando con el viento, dejándose acariciar por los rayos del sol, en aquellas tardes, cuando dejaba a un lado las obligaciones. Vivíamos en medio de la Toscana, en una casa rural de una finca que nos habían dejado como alojamiento mientras realizaba la investigación. Era uno de los lugares más bellos de aquel entorno, cerca de Monterrigioni, pueblo medieval amurallado donde rodaron *La vida es bella*, película favorita de mi mujer, y *Gladiator*, mi película preferida, ¡qué casualidad! Pero ahora era el tiempo de vivir nuestra propia película.

—¿Qué tal te ha ido el día? —me dijo ella. ¿Tienes que seguir trabajando?

—Podría seguir toda la tarde y toda la noche, siempre hay cosas que revisar. ¿Por qué lo dices? —La miré relajadamente, intuyendo su respuesta.

—Se acerca la hora de la puesta de sol —me contestó con una sonrisa.

—Tienes razón, salgamos a disfrutar del atardecer; con tranquilidad, sin prisa.

—Pues estamos de acuerdo.

La tomé de la mano y comenzamos a pasear alejándonos del edificio pradera abajo. Teníamos localizado el mejor lugar para compartir aquel momento crepuscular único e irrepetible.

El agua se dejaba oír con su tintineo al caer entre la rocalla del pequeño estanque situado al pie de la pradera; el viento nos refrescaba la piel del fuego que empezaba a prender en nuestro interior tanto tiempo apagado; el cielo, siempre presente, perfilaba con su paleta de colores blancos, azules y cada vez más anaranjados los límites de las onduladas montañas.

Los cipreses del jardín, que nos protegían, empezaban a sentirse inquietos. Sabían que las pasiones olvidadas perviven ocultas en los recovecos más profundos de nuestro corazón, y que, por fin, las nuestras estaban a punto de brotar de nuevo.

Fin

AGRADECIMIENTOS

La primera persona a quien le comenté la singularidad de este triángulo, coincidiendo con los municipios donde trabajo, fue a mi siempre admirado amigo Julio Hontana, gran maestro escultor y pintor madrileño, al que tenemos la suerte de tener por tierras riojanas. Le faltó tiempo para expresarme que tenía que buscar un motivo que relacionara esos pueblos, había que encontrar algo para justificar esa unión, me decía. Bien, Julio, unos cuantos años más tarde, aquí está la respuesta. Espero que sea de tu agrado.

El casual hallazgo del discurso de la Lección Inaugural del curso 2000-2001 de Luis Javier Hernández Paricio (como Catedrático de Geometría y Topología del Departamento de Matemáticas y Computación de la Universidad de La Rioja), en el que narraba el origen de la primera copia impresa en latín de *Los elementos de Euclides*, que terminó en el monasterio de Yuso allá por el 1482, fue el desencadenante de todo lo demás. Espero que nos tomemos pronto ese café pendiente para hablar de todo esto, interrumpido por este confinamiento debido a la dichosa COVID-19. Gracias por el aporte de inspiración necesario para construir toda una aventura alrededor de nuestras pasiones geométricas.

Pero si a alguien le debo la razón de haber llegado hasta aquí, es a mi siempre generoso amigo, y sabio como ninguno, el escritor Francesc Miralles. Una tarde inolvidable en su antigua casa de Gràcia me mostró cual debía ser el mejor guión de lo que hoy vemos aquí. Y, como desde un trampolín, me lancé sin frenos a escribir, dejándome llevar por la emoción ingrávida hasta el salto al vacío, donde hubo vientos de todas clases pero siempre volando hacia adelante, pues Francesc siempre me sopló para que llegara a buen puerto. Gracias por creer en mí, con eso me bastó.

En ese vuelo incierto me ha acompañado Ariel Vándor, corrector inagotable de mi efusiva ansia de contar. Mil gracias por tu paciencia y compromiso, ha sido un disfrute este largo viaje

volando y soñando juntos.

Va también mi agradecimiento para todos los que se prestaron a leer y opinar. El primero de ellos fue mi querido amigo Fran Echevarría, periodista riojano conocedor del mundo monástico como nadie, que me abrió los ojos sobre lo que pasaba en el mundo benedictino de San Millán de la Cogolla cuando llegaron los libros de Euclides. Gracias por aquel divertido vermut torero en el bar del Grillo de Cihuri, donde se nos olvidó comer, pues nos alimentamos de numerología, chismes y secretos de otros tiempos.

Han sido muchos más, como Noelia Olmos, acompañante en este viaje, corrigiendo, opinando y haciéndose merecedora de un personaje, como no podía ser menos. Gracias, querida amiga.

Eva Permanyer Varela, prestigiosa correctora, que sumó su granito de arena con el mejor corazón y siempre estaré agradecido por tu generosidad. Como nos decimos siempre, muchos *petons*.

Gracias también a Pedro Merino, actual prior del monasterio de San Millán, quien desde el primer momento me abrió las puertas de su casa escuchando mis ilusiones y enseñándome todos los secretos del monasterio a su alcance. En las innumerables visitas que hice a posteriori todavía pudimos descubrir juntos alguno más.

En este último trance de edición, publicación y promoción, estoy felizmente agradecido con Axel Cardona, de la agencia Aquí tienes la solución, y disfrutando de su profesionalidad porque su compromiso y cariño hacen que lo pequeño parezca más grande.

No puedo olvidarme de mi mejor lectora, mi madre, ni tampoco de mi hermana Pili, de mi sobrino Jesús y de mi amigo Fernando, que me han acompañado y escuchado, y que han aceptado la lectura siempre con la idea que era la definitiva. Gracias por vuestra paciencia, pues la definitiva llega en este momento. Gracias a todos por estar ahí.

ACERCA DEL AUTOR

Francisco José Mir Brusel

Arquitecto técnico e ingeniero de la edificación y profesor de Geometría, compagina la profesión liberal con la impartición de clases en la academia de Geometría Descriptiva Punto de Fuga.

Esta última década aglutina la pasión con la profesión, manteniendo un lenguaje continuo con la geometría ya sea en la academia, en la aventura de esta novela o en los diseños de sus construcciones. Entre ellas, se pueden visitar la Barandilla de la vida en el cementerio de Zarratón, o la Ermita de la Esclavitud en Cihuri, como la gran obra de Geometría Sagrada destinada al culto cristiano a la Virgen de la Esclavitud. En la consagración de la misma, el obispo de la Diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño, Carlos Escribano, dijo: *“Es una pequeña joyita de la arquitectura contemporánea donde todo tiene una explicación”*.

La novela que tienes en tus manos discurre por los escenarios en los que el autor lleva trabajando más de 30 años y que te invita a visitar.

Accede a información ampliada de esta obra y del autor en su web: **www.franciscomir.es**